

SOCIOGÉNESIS. REVISTA DIGITAL DE DIVULGACIÓN
CIENTÍFICA

Segunda Época
Año 7, Número 7
Octubre 2024

Sociogénesis

Universidad Veracruzana

Dr. Martín Gerardo Aguilar Sánchez
Rector

Dr. Juan Ortíz Escamilla
Secretario Académico

Mtra. Diana Karent Sáenz Díaz
Directora de la Facultad de Sociología

Sociogénesis

Revista Digital de Divulgación Científica
de la Facultad de Sociología

Dr. Gualberto Díaz González
Director

Mtro. José Carlos López Hernández
Área Directiva

Daniela Migoni
Área de Dictaminación

Mtro. Aldo Colorado Carvajal
Lluvia Edith Hernández Ramos
Área de Comunicación

Mtra. Diana Karent Sáenz Díaz
Lic. Dulce Angélica Márquez Mendoza
Mtro. Jesús Argenis Muñoz López
Mtro. José Manuel Pedroza Cervantes
Dulce Yoseline González Vázquez
Área Editorial

Dra. Flor Mercedes Rodríguez Zamora
Universidad Autónoma de México

Dra. Gloria Tirado Villegas
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Dra. María Guadalupe Moreno González
Universidad de Guadalajara

Dr. Miguel Ángel Ramírez Zaragoza
Universidad Nacional Autónoma de México

Mtra. Amanda Ramos García
Universidad Veracruzana Intercultural

Dr. José Alfredo Zavaleta Betancourt
Universidad Veracruzana
Consejo Editorial

Sociogénesis. Revista Digital de Divulgación Científica. Publicación semestral editada por la Facultad de Sociología, Región Xalapa de la Universidad Veracruzana. Francisco Moreno, Esq. Ezequiel Alatríste, C.P. 91026, Colonia Francisco Ferrer Guardia, Xalapa, Veracruz. Correo electrónico: sociogenesis@uv.mx. Editor responsable: Gualberto Díaz González. No. de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2023-050413532800-30. ISSN: en trámite. Esta revista no cobra a sus autores o autoras por publicar. La opinión expresada en los artículos firmados es responsabilidad del autor o la autora. Se autoriza la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes, siempre y cuando se cite la fuente y no sea con fines de lucro.

La revista Sociogénesis es una publicación digital de divulgación científica de la Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana. En su séptimo número de 2024, ofrece una serie de artículos que analizan temáticas interdisciplinarias, las cuales, muestran la vinculación entre la sociología y otras áreas del conocimiento. En esta edición se abordan temas que giran en torno a la estética del paisaje, las políticas públicas y la sociología cultural, con un enfoque que devela la relación entre el ser humano y su entorno, así como, la forma en la que las representaciones culturales y sociales conforman nuestra realidad.

El séptimo número de Sociogénesis, abre con la sección Debate Interdisciplinario, en la cual, se publicaron cinco ensayos:

Paisaje y estética: un vínculo entre geografía y arte es una propuesta que explora la relación histórica entre la geografía y las artes visuales, destacando cómo la representación del paisaje ha sido un elemento clave tanto para las ciencias naturales como para las ciencias sociales. Los autores, Julio César Urbina Bustamante y David Pablo Cruz Daza, argumentan que el análisis del espacio geográfico requiere una perspectiva interdisciplinaria, donde la estética y el arte se integren en los estudios geográficos. El paisaje es tratado no sólo como una realidad física, sino también como una construcción cultural influida por la percepción estética humana.

En el artículo titulado Las omisiones ontológicas de las políticas públicas del sistema de agua Yuribia, la autora María Elena Roca Guzmán, reflexiona sobre las deficiencias en las políticas públicas dirigidas a la gestión del agua en Tatahuicapan, Veracruz. Roca Guzmán sugiere que el diseño de estas políticas no ha considerado las cosmovisiones de las comunidades indígenas, lo que ha llevado a conflictos sociales y ecológicos. Al ignorar las ontologías locales, como el respeto por los seres míticos vinculados al agua, se han generado tensiones y movimientos sociales en torno a la gestión de este recurso vital.

Mercado Alcalde y García: una mirada sociológica, es un texto que presenta la estudiante de tercer semestre de la licenciatura en sociología Lluvia del Cielo Palacios Guatzozón, en el cual, ofrece un análisis sociológico del Mercado Alcalde y García, conocido como Mercado San José en Xalapa, Veracruz. A través de la observación participante que realizó en dicho lugar, la autora examina la organización social y las dinámicas económicas de este espacio urbano. El mercado es visto no sólo como un lugar de intercambio económico, sino también como un espacio cultural que refleja las interacciones sociales, las jerarquías y las relaciones de género. La historia del mercado también es abordada, destacando su evolución y su papel en la vida cotidiana de la ciudad.

En el artículo Aportaciones pedagógicas de Heinrich Pestalozzi y Friedrich Fröbel en la educación infantil del Porfiriato, se analizan las contribuciones de los pedagogos Heinrich Pestalozzi y Friedrich Fröbel en el contexto de la educación infantil durante el Porfiriato. Las autoras Amira Salvador Avendaño, Laura Rubio Hernández y Emma Montuy Jiménez exploran cómo las ideas educativas de estos pensadores europeos influyeron en las reformas educativas en México, y cómo sus propuestas pedagógicas se integraron en el desarrollo de la educación infantil en el país.

El artículo titulado El programa fuerte de sociología cultural: esfera civil, performances e íconos, explora la propuesta del sociólogo Jeffrey C. Alexander sobre la autonomía de la cultura dentro de la sociología cultural. El autor del ensayo, Nelson Arteaga Botello, retoma el argumento de Alexander, el cual, sostiene que la cultura no es simplemente un reflejo de esferas como la economía o la política, sino que posee una capacidad de influencia independiente sobre ellas. El artículo también introduce el concepto de performance como una herramienta para entender cómo los actores sociales, a través de sus acciones, expresan situaciones de vulnerabilidad o demandas de justicia. Finalmente, el análisis de los íconos, retomado de la obra de Durkheim, se presenta como un nuevo enfoque dentro de la sociología cultural para explorar la materialidad del mundo moral en las sociedades contemporáneas.

En la sección de Reseña se presenta un texto que expone un panorama general en torno al libro Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco de Gualberto Díaz González (2022). La autora de la reseña, Daniela Rodríguez Contreras, analiza el libro, donde se explora el uso del testimonio y la fotografía como herramientas esenciales para documentar y comprender los eventos del 2 de octubre de 1968 en México. En dicha reseña, Rodríguez Contreras destaca cómo el autor propone una nueva manera de entender estos elementos dentro de la investigación social. Él plantea que ambos, testimonio y fotografía, son fundamentales para narrar y comprender la historia, sobre todo en contextos de represión y violencia. Asimismo, sugiere que el testimonio permite a las y los actores marginales representar sus experiencias, desafiando así las versiones oficiales y proporcionando una narrativa alternativa desde los oprimidos. Rodríguez elogia la manera en la que Díaz González retoma el testimonio y la fotografía para revalorizar la historia de las y los marginados, especialmente en un contexto de violencia estatal como el de Tlatelolco.

La sección de Traducción presenta el Capítulo 7: La comunidad estratificada. Conociendo a diferentes tipos de personas: diferenciación social, en el cual, se aborda la diferenciación social y la estratificación como fenómenos clave en la sociedad. A medida que las y los individuos crecen, aprenden a identificar que las personas no sólo son diferentes como individuos, sino también como tipos sociales basados en características comunes, tales como, el género, la clase, la profesión o la raza. La diferenciación social clasifica a las personas en grupos según estas características, mientras que la estratificación asigna un valor jerárquico a estos grupos, creando rangos sociales.

La traducción también nos permite comprender cómo la estratificación varía según el contexto geográfico, por ejemplo, en una ciudad grande, una pequeña o un suburbio. Finalmente, se discuten diferentes enfoques sociológicos para estudiar la estratificación, ya sea a través de criterios objetivos (como ingresos o educación), subjetivos (cómo se percibe una persona a sí misma) o mediante la percepción de los demás. Estos enfoques pueden dar lugar a discrepancias, ya que la percepción de una persona sobre su propia posición social no siempre coincide con la realidad objetiva o con la opinión de otros.

En resumen, el séptimo número de Sociogénesis logra articular diversos temas sociológicos a través de una mirada interdisciplinaria. Los artículos muestran cómo las intersecciones entre la estética, la cultura y las políticas públicas evidencian nuevas formas de entender los problemas sociales contemporáneos. También, algunos artículos de este número nos ayudan a identificar la importancia de los vínculos entre teoría y práctica, especialmente, en cuanto a la operacionalización de las reflexiones sociológicas durante el diseño y la implementación de políticas públicas cada vez más inclusivas y conscientes de las realidades locales.

Índice

Debate interdisciplinario

Paisaje y estética: un vínculo entre geografía y arte

Julio César Urbina Bustamante
David Pablo Cruz Daza

8

Las omisiones ontológicas de las políticas públicas del sistema de agua Yuribia

María Elena Roca Guzmán

15

Mercado Alcalde y García: una mirada sociológica

Lluvia del Cielo Palacios Guatzozone

23

Aportaciones pedagógicas de Heinrich Pestalozzi y Friedrich Fröbel en la educación infantil del Porfiriato

Amira Salvador Avendaño

Laura Rubio Hernández

Emma Montuy Jiménez

32

El programa fuerte de sociología cultural: esfera civil, performances e iconos

Nelson Arteaga Botello

39

Reseña

Reseña del libro Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco de Gualberto Díaz González (2022)

Daniela Rodríguez Contreras

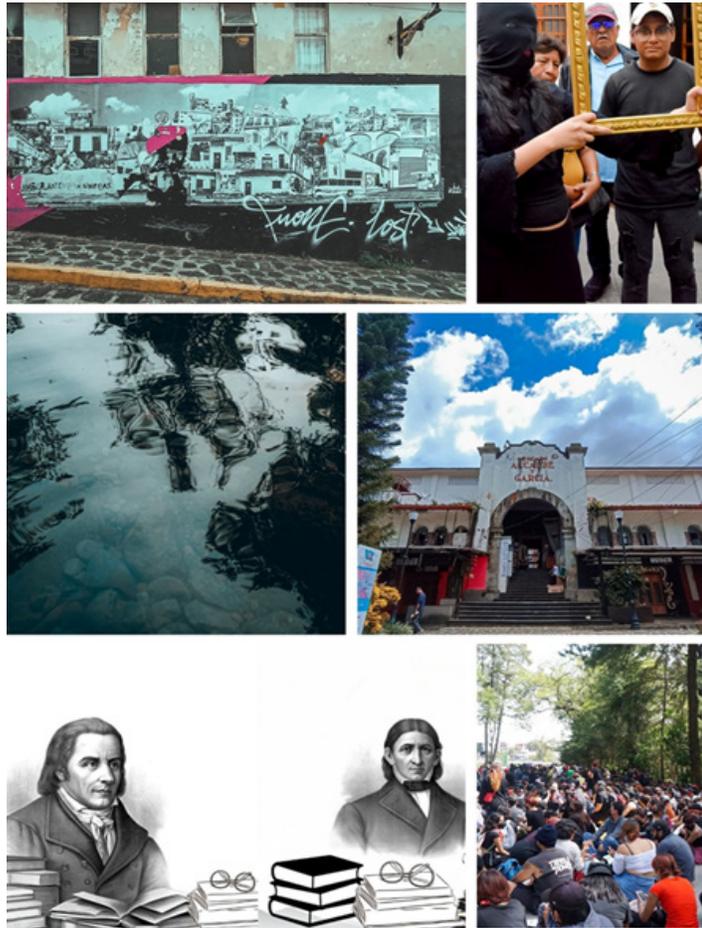
49

Traducción

The stratified community
La comunidad estratificada

Miguel Ángel Vásquez Montano

55



Collage: Martha Ramírez Landa, 2024

Debate Interdisciplinario

Paisaje y estética: un vínculo entre geografía y arte

Julio César Urbina Bustamante*
David Pablo Cruz Daza**

La geografía conserva una relación histórica con disciplinas como las artes visuales, la literatura o los lenguajes del arte posmoderno. Este ensayo sostiene que la interdisciplina entre arte y geografía se hace evidente en las reflexiones sobre el paisaje. El análisis científico del espacio y el tiempo requieren una mirada estética que en las artes se ha desarrollado para exportarse a las ciencias naturales y sociales. Asimismo, el estudio del espacio geográfico requiere un análisis de las actividades antropogénicas que transforman la Tierra, entre las cuales el arte y la estética juegan un papel fundamental. Concluimos que la observación del paisaje debe incluir una metodología interdisciplinaria.

Palabras clave

Arte

Paisaje

Geografía

Cultura

*Mtro. En Geografía Humana por el Colegio de Michoacán (COLMICH). Asistente del Rector de la Universidad Veracruzana (UV). juliurbina@uv.mx

**Mtro. En Artes visuales por la Universidad Autónoma de México (UNAM). Doctorando en Artes y Diseño por la Universidad Autónoma de México (UNAM). dcruzdaza@fad.unam.mx

Abstract

Geography retains a historical relationship with disciplines such as the visual arts, the literature or the languages of postmodern art. This essay argues that the interdiscipline between art and geography is evident in reflections on landscape. The scientific analysis of space and time requires an aesthetic gaze that has been developed in the arts to be exported to the natural and social sciences. Likewise, the study of geographic space requires an analysis of the anthropogenic activities that transform the Earth, among which art and aesthetics play a fundamental role. We conclude that the observation of the landscape must include an interdisciplinary methodology.

Keywords: Art, landscape, geography, culture

Paisaje y estética: un vínculo entre geografía y arte

Entre el arte y la geografía ya poco se habla de su relación y de su constante intercambio. El espacio geográfico siempre ha indicado una necesidad de representación que deviene de diversas formas y maneras de hacerlo; hoy en día los satélites artificiales nos proporcionan una imagen del territorio, a diferentes escalas y a un nivel de detalle impresionante. Pero no hace mucho, la pintura fue la encargada de representar un espacio: actual para su tiempo, a una escala humana y con importantes niveles de detalle.

En el análisis del espacio-tiempo, de los fenómenos naturales y sociales, el arte ha estado ahí desde los inicios del pensamiento científico como artefacto para la representación e interpretación del conocimiento. Impensable abocarse extensamente al estudio del espacio geográfico sin recursos de registro documental (fotografía, video, ilustración, etc.), desarrolladas originalmente desde el campo de la investigación y la producción artística.

En esta relación, destacan históricamente figuras como Alexander von Humboldt (fundador de la Geografía moderna y paisajista), Anna Atkins (la primera mujer fotógrafa y botánica) o el Dr. Atl (reconocido geógrafo y pintor mexicano), por ejemplo. La labor de representación y diseminación del conocimiento, aún con la automatización de la tecnología para el registro, hoy en día requiere la intervención de un ojo educado en una mirada estética de la realidad.

En otras palabras, lo que es capaz de ver el ojo humano tiene un elemento que lo atraviesa y del que poco se habla en la ciencia: la estética. El paisaje es la prueba de ello, no sólo como concepto sino también como realidad. Es bien sabido que el paisaje dentro de las artes visuales ha representado escenarios solicitados o elegidos por el artista; sin embargo, la esencia y sustancia de lo material (lo representado) tiene una decodificación subjetiva antes de pasar al plano de lo colectivo. El origen de este concepto y la manera en que se ha construido académicamente, desde finales del siglo XIX, marginó importantes aportes que las artes visuales (en especial la pintura) han tenido en los estudios paisajísticos.

El concepto Paisaje, desde su aparición en la modernidad temprana, hasta los planteamientos más recientes en la llamada posmodernidad, se ha definido en términos de categoría de análisis científico y tópico en las artes. Entre las artes, las ciencias y las humanidades, se ha resignificado para definirlo, en primer lugar, como una forma estética que retrata la belleza natural, después como una forma de representación y análisis científico del espacio físico en la Tierra y un tercer lugar, como un modo de ver el espacio físico representado en la cultura y las artes, interiorizado como patrimonio histórico cultural y natural.

Pensadores como el geógrafo Agustín Berque o el filósofo Alain Roger, señalan el origen del concepto en el Renacimiento europeo, con antecedentes en la

antigua Roma, por su etimología y representaciones culturales, principalmente en artes visuales y literatura:

[...] es muy probable que la primera significación de la palabra 'paisaje' –*landschap*, literalmente, 'trozo de país' en neerlandés–, apareciera en la segunda mitad del siglo XV, designara esta porción de espacio delimitada por la ventana pictórica. (Roger, 2008, p. 71)

Es menester señalar sin embargo, que en contextos ajenos a Europa y a la modernidad, también pueden encontrarse notables representaciones artísticas y científicas sobre el espacio geográfico; como en el trabajo de los tlacuilo en las antiguas civilizaciones mesoamericanas (sabios y hábiles dibujantes dedicados a la escritura pictográfica de documentos y mapas). No obstante, el origen occidental del concepto tiene legitimidad por la particularidad de forma y contenido del llamado por vez primera *landschap* y después paisaje.

El concepto Paisaje proviene históricamente de una forma específica de entender el espacio y el medio natural en Occidente, desde una perspectiva estética enmarcada por las disciplinas artísticas hegemónicas. Por lo tanto, este concepto desde sus primeras manifestaciones artísticas contiene una historia que pone en evidencia el entendimiento de un medio natural intervenido por la actividad humana.

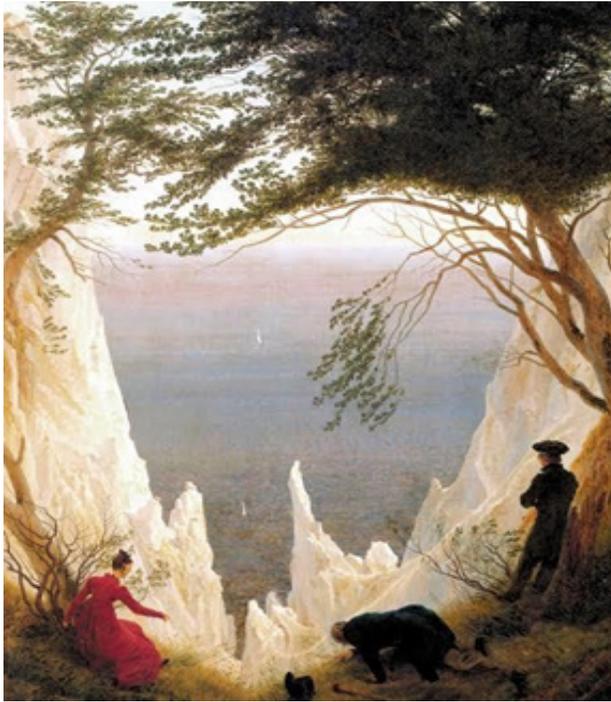
No obstante, tiene dos raíces lingüísticas diferenciadas: “la germánica y la romance. La primera da origen a los términos *landschaft* (alemán), *landskip* (holandés) y *landscape* (inglés); de la romance derivan los términos *paesaggio* (italiano), *paysage* (francés), *paisagem* (portugués) y paisaje (español)” (Urquijo y Bassols, 2005, p. 223).

Estos trozos de país comenzaron a delimitarse en Occidente con una estética particular que se institucionalizó en el arte moderno, siguiendo

los rígidos cánones en los que se clasificaron las Bellas Artes. “El paisaje perteneció con mayor peso al ámbito de la pintura, mucho antes de que pasara al quehacer académico de la geografía” (Ramírez y López, 2015, p. 72), es decir, antes de pasar al quehacer científico. Podemos sostener entonces que una de las primeras funciones del paisaje fue, ante todo, una experiencia estética.

En la estética pictórica del paisaje destaca la recurrencia a formas bidimensionales y composiciones horizontales. Planos generales que enmarcan diversos elementos compositivos y descriptivos del contexto: rasgos visuales generales tradicionalmente orientados a representar el espacio con figuración realista (un ejemplo de ello está en la imagen 1 que, como muchas otras obras del romanticismo alemán, expresa los conocimientos científicos y filosóficos naturalistas de la Ilustración y la Revolución científica). En literatura, la narrativa describe también elementos visuales del espacio, sin dejar atrás otros aspectos de la sensibilidad humana: el transcurso del tiempo, temperatura, aromas, ritmos de vida y la carga emocional del medio ambiente sobre el sujeto.

Figura 1. *Acantilados blancos en Rügen.*



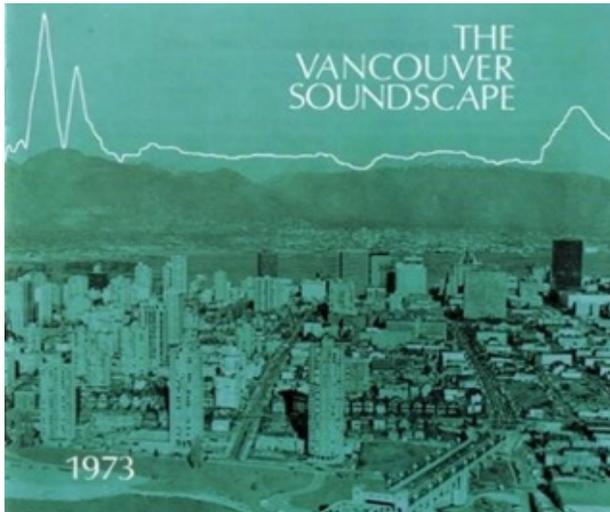
Nota. Autor: Kreidefelsen auf Rügen (1818).

El paisajismo artístico de la modernidad temprana correspondía con los imaginarios e ideologías dominantes en Europa. La geopolítica era un tema de vital importancia en el proceso de expansión territorial de los imperios coloniales hacia nuevos mundos, había que asignar valores éticos y estéticos a la terra nullius (tierra de nadie) para poder conocerla, definirla e integrarla al contexto, es decir, al imperio. El paisaje aparece como juicio estético sobre el espacio geográfico que deviene otros modos de análisis, aplicándose a métodos científicos en el estudio del espacio y su relación con las personas, desde la llamada Revolución científica. Los pensadores de la

modernidad temprana se aproximaron al conocimiento del espacio, desde la imagen (no precisamente visual), toda vez que sólo existían técnicas artísticas para su representación. Incluso hoy en día, miradas, técnicas y tecnologías derivadas del quehacer artístico (como la fotografía) prevalecen en las metodologías para acercarse a lo desconocido en la naturaleza.

Por supuesto, en la modernidad tardía son muy distintos y diversos los modos de ver y representar paisajes, en contraste con las clásicas pinturas del Renacimiento y el Barroco; no sólo por los paradigmáticos descubrimientos científicos sobre el espacio-tiempo, sino también por la diversidad técnica, figurativa y conceptual desarrollada en el arte. Ya desde el movimiento impresionista, en el siglo XIX, se hacía una severa crítica a las formas canónicas de representar el espacio en Occidente. Asimismo, en el siglo XX la búsqueda de nuevas formas de paisajismo se extendió a los terrenos del expresionismo, la abstracción, el arte conceptual y otros horizontes sensoriales (se puede señalar una propuesta de paisaje sonoro, imagen 2).

Figura 2. Carátula del disco “The Vancouver soundscape”.



Nota. Autor: Murray Schafer (1973).

Durante el siglo XIX, por otro lado, el paisaje se afianza en la disciplina geográfica como un modelo integrador del medio ambiente (Frovolá y Bertrand, 2006). Desde el punto de vista de Ortega (2000), este vocablo pasa de las artes a la ciencia y se desarrolla en ésta capitalmente, lo que permitió a Humboldt y Ritter, sentar precedentes para la configuración de una geografía alternativa al interior del campo científico en el devenir de los años 1800.

El paisaje en la geografía, se afianzó a finales del siglo XIX como concepto con orientación física, cuando el análisis del espacio geográfico no se enfocaba en procesos culturales o estéticos; es en este punto donde se transformó la percepción y estudio del paisaje; de sus orígenes poéticos (subjetivos), se pasó a la objetividad del positivismo científico. Dado el impacto de las ciencias naturales en la cultura contemporánea, pero principalmente por su influjo político en los imperios coloniales y el neo-

imperialismo occidental, la cátedra de paisajismo geográfico físico eclipsó las disertaciones sobre el tema desde la filosofía y las ciencias sociales.

De cualquier forma, con la entrada del siglo XX el paisaje se iba a consolidar en el quehacer académico de la geografía con nuevos enfoques (Ortega, 2000). La geografía alemana había desarrollado, en el tránsito del siglo XIX al XX una discusión en torno a la relación naturaleza-sociedad, un proyecto geográfico que se enuncia como *geografía humana o antropogeografía* –concepto propuesto por Friedrich Ratzel– (Urquijo y Bassols, 2009).

El geógrafo e historiador francés Vidal De la Blache (1908) impulsó esta geografía humana y definió el paisaje como un todo; para él, los elementos que lo conforman están vinculados y coordinados, la percepción de éstos requiere de un análisis razonado y de una síntesis de lo que uno observa del espacio. Dentro de esta perspectiva, la actividad humana es importante porque es la que modifica y humaniza el espacio.

En los primeros 30 años del siglo XX, a la vez que se habían separado los elementos sociales y naturales del paisaje (existiendo tendencias paisajísticas con un papel dominante en la geomorfología), emergieron geógrafos que ponían atención al factor humano. El ejemplo más representativo lo tuvo la escuela de Berkeley y la primera generación de geografía cultural (1930-1960), encabezada por Carl Sauer.

El uso de esta categoría espacial pasó de ser un conjunto mensurable de formas materiales en un área geográfica, para convertirse en espacios “[...] deseados, recordados y somáticos de la imaginación y los sentidos” (Cosgrove, 2002, p. 64). En definitiva, la noción de paisaje en el transcurso del siglo XX, tuvo conceptualizaciones en la geografía que partieron de elementos naturales y culturales, donde el aspecto humano se incluyó hasta el punto de llegar a

considerar percepciones y valoraciones simbólicas de la investigación paisajística (Urquijo y Bassol, 2009).

Metodológicamente existen muchas rutas para interpretar el paisaje. Todas están definidas por la disciplina que lo estudia; pero en temas de carácter más social, es importante conocer un lugar no sólo por sus elementos abióticos y bióticos, sino también por los elementos antropogénicos que manifiesta.

Esto nos obliga a considerar que la percepción de un paisaje, está mediada por la cultura y que en ésta podemos identificar prácticas colectivas, significaciones y valores estéticos. La observación del paisaje, donde la cultura sea un elemento para el análisis, debe ser acompañada de una metodología que considere en el espacio, un puente indiscutible entre las formas naturales y las antrópicas.

La percepción del concepto del que hemos hablado, depende también de los valores estéticos representados mediante el arte. Aunque éstos son mencionados por algunos estudiosos del espacio, dichos valores actualmente no han creado el puente interdisciplinario que permita recuperar el diálogo entre arte y geografía. La importancia de reflexionar los problemas socioespaciales a través del paisaje involucra elementos de análisis muy valiosos que, hasta ahora, parecen pertenecer solamente al área de la investigación y producción artística.

El espacio es una realidad social, y su análisis se encuentra en relación con otras realidades. Es decir, se necesita de la comprensión, por un lado, de los objetos geográficos existentes y, por otro, de quienes los cargan de vida. El paisaje se puede considerar parte de una categoría de análisis que toma en cuenta el todo como parte de la interrelación entre realidad-proceso-movimiento (Santos, 2000). Es la cara visible de un territorio, pero sucede en un tiempo y un lugar determinado en el espacio, cambios en la materia, la energía, en la ideología o en las relaciones de poder,

tienen repercusiones que pueden reforzar un paisaje, destruirlo o transformarlo.

Referencias bibliográficas

Cosgrove, D. (2002). Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista. *Boletín de la A.G.E.*, 34, 63-89.

De la Blache, P. V. (1908). De l'interprétation géographique des paysages. http://classiques.uqac.ca/classiques/vidal_de_la_blache/inter_geographique_paysages/inter_geo_paysages.html

Frolova, M., y Marina, B. G. (2006). Geografía y paisaje. En D. Hiernaux & A. Lindón (Eds.). *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos Editorial-UAM.

Ortega, J. (2000). Las condiciones de la geografía moderna. En Ortega, J. Los horizontes de la geografía (pp. 115-136). Ariel.

Ramírez, B., y López, L. (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. UNAM-Instituto de Geografía (IG).

Roger, A. (2014). *Breve tratado del paisaje*. Editorial Biblioteca Nueva, S. L.

Santos, M., y Silveira, L. (1988). Más allá de las metáforas... una geografía de la globalización. *Estudios Geográficos, LVIV* (230), 99-112.

Urquijo, P., y Bassols, N. (2009). Historia y paisaje. Explorando un concepto geográfico monista. *Andamios*, 5(10), 227-252.

Las omisiones ontológicas de las políticas públicas del sistema de agua Yuribia

María Elena Roca Guzmán*

El presente ensayo tiene como fin reflexionar sobre el conjunto de omisiones ontológicas que he podido identificar en el diseño, la implementación y la evaluación de las políticas públicas del sistema de agua Yuribia, lo cual, nos ayuda a observar, describir, comprender, interpretar y tratar de explicar la relación que guarda con el origen de la acción colectiva, la protesta y los movimientos sociales, tal es el caso, de la organización y resistencia producida por las y los habitantes de la localidad de Tatahuicapan, Veracruz. Por lo anterior, sostendré que existe una relación entre el diseño, la implementación y la evaluación de una política pública y el origen y desarrollo de un movimiento social.

En ese marco, he decidido estructurar mi ensayo a partir de una introducción, dos capítulos y un apartado de reflexiones finales que me permitirán operacionalizar los conceptos de políticas públicas, imaginario colectivo, Antropoceno, modernización.

Palabras clave
Políticas públicas
Imaginario colectivo
Antropoceno
Modernización

*Doctora en Historia Regional por el Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana (UV). Maestra en Sociología Política por el Instituto Mora. Licenciada en Antropología Social por la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV). Docente de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV). mitosycuentos45@gmail.com

Abstract

The purpose of this essay is to reflect on the set of ontological omissions that I have been able to identify in the design, implementation and evaluation of public policies of the Yuribia water system, which helps us observe, describe, understand, interpret and treat to explain the relationship it has with the origin of collective action, protest and social movements, such is the case of the organization and resistance produced by the inhabitants of the town of Tatahuicapan, Veracruz. Due to the above, I will maintain that there is a relationship between the design, implementation and evaluation of a public policy and the origin and development of a social movement.

In this framework, I have decided to structure my essay based on an introduction, two chapters and a section of final reflections that will allow me to operationalize the concepts of public policies, collective imagination, Anthropocene, modernization.

Keywords: Public policies, collective imagination, Anthropocene, modernization.

La madrugada del tres de octubre de 1994, los líderes de la localidad de Tatahuicapan, Veracruz, llamaron al pueblo y los habitantes de otras comunidades a congregarse alrededor de la presa Yuribia, para exigir justicia y equidad política.

“Los agravios congregaron a cinco mil habitantes de la Sierra de Santa Marta” (Roca, 2013, p.1), que luchaban por un reconocimiento político y la posibilidad de acceder a ejercicio presupuestal.

En asamblea se acordó dejar sin agua a las ciudades que abastecía el manto acuífero. En otro momento esta estrategia ya había sido utilizada para obtener obras públicas, en este caso, la decisión se tomó para obtener la municipalización de la comunidad. El cierre de las válvulas de conducción del vital líquido, afectó a quinientos mil habitantes del Corredor Industrial, a colonias de Cosoleacaque; y las poblaciones de Minatitlán y Coatzacoalcos. Entonces era otoño en el Istmo Veracruzano, lo que

significa meses de calor y pocas lluvias. El cierre de válvulas propició una afectación inmediata.

La presa Yuribia se encuentra ubicada en estado de Veracruz, específicamente en la sierra de Santa Marta y abastece a las poblaciones del Corredor Industrial, Coatzacoalcos, Minatitlán y Cosoleacaque en un 100, 70 y 40% respectivamente. Su aforo inicial en la década de los ochenta era de aproximadamente 1.5 m³/s. El estrato acuífero se transformó en el principal elemento de lucha de quienes lo detentan, desde los orígenes del proyecto del sistema de agua.

Las acciones colectivas alrededor de la presa, luego de la municipalización de Tatahuicapan de Juárez en marzo de 1997, prosiguieron. El cierre de la conducción de agua se hizo recurrente, sobre todo en época de estiaje, cuando la ausencia de lluvias genera bochorno y la tierra luce ajada y sin cultivos. En la última década del siglo XX, era difícil imaginar que unas décadas después, en el siglo XXI, la devastación de la sierra llegaría a propiciar carencia de agua al interior de la misma; mientras que, en las ciudades del Corredor Industrial, la sobrepoblación aumentaría los requerimientos del vital líquido, es decir, un recurso que parecía ser suficiente para las dos regiones, se volvió un bien escaso para ambas.

El cierre de las válvulas de la presa en el siglo XXI, se ha utilizado para solicitar recursos económicos al gobierno del estado y para obtener un porcentaje del vital líquido. En agosto de 2010, los tatahuicapeños dejaron sin suministro de agua a las ciudades del Corredor Industrial, además, el aforo había disminuido a 725 litros por segundo; alrededor de 600 mil personas carecieron del líquido por cinco días. Los cierres subsiguientes tuvieron la misma exigencia al gobierno del estado, por ejemplo, el 5 de enero del 2017, la demanda en recursos económicos fue de 2.5 millones de pesos. Dos años después, el 11 de marzo de 2019, plantearon que un porcentaje de agua cada vez mayor, prevaleciera en la sierra.

En este texto se plantea que: A) En los sustentos culturales y filosóficos de las políticas públicas prevalece una visión occidental fundamentada en la lógica racional y la racionalidad instrumental -que se manifiesta en la capacidad del ser humano para modificar la naturaleza-; dos elementos que son nodales de la modernización, en la que el desarrollo tecnológico y el recurso económico son considerados como los núcleos fundamentales para propiciar el progreso de las poblaciones, en tanto que en la geopolítica, son parámetros que los gobiernos han usado para ubicar políticamente a algunos países con relación a otros.

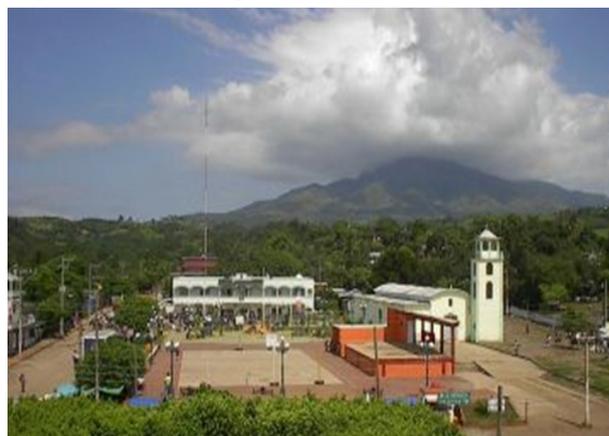
Esta visión utilitarista ha dado forma a un conjunto de ideas que se reproducen al interior de los países y que genera que algunas regiones sean consideradas polos de desarrollo. Desde esta perspectiva, es como los gobiernos han ubicado al Corredor Industrial de esta zona del estado; en tanto que otros espacios como Santa Marta -en donde habitan pueblos originarios-, son señalados como subdesarrollados; por lo que sus posibilidades de decisión política son restringidas y deben luchar de forma recurrente para ampliarlas.

B) Relacionado con lo anterior, se considera que los conflictos y acciones colectivas alrededor de la presa Yuribia, en Tatahuicapan de Juárez, se originaron con la construcción de ésta y del sistema de agua del mismo nombre, porque los habitantes de las zonas aledañas percibieron que los seres míticos acuáticos, fueron afectados por la maquinaria y la introducción de tubería. Posteriormente, las movilizaciones han tenido como centro de sus demandas, la construcción de obra pública, el reconocimiento político, los recursos económicos; y actualmente, la distribución del agua, que se volvió un bien escaso.

C) La carencia de agua actual, obedece en gran medida a que las políticas públicas están

sustentadas en la lógica racional, que dejó de lado los aspectos cognitivos de los pueblos originarios que habitan en Santa Marta, en los que pervive una articulación entre la naturaleza y la cultura, que se manifiesta en la idea de que en el entorno natural, habitan seres míticos que son dañados cuando se atenta contra ella. La omisión propició efectos negativos porque generó deforestación y daños al imaginario colectivo.

Figura 1. *Tatahuicapan de Juárez*



Nota. Autor: MERG. Febrero de 2013.

La ausencia de las ontologías de los pueblos originarios en la política pública

La presa Yuribia se construyó en los años ochenta del siglo XX, en el periodo de la administración pública estatal que encabezó Agustín Acosta Lagunes durante el periodo 1980-1986. Etapa en la que se realizaron gran parte de los sistemas de agua de la entidad veracruzana, a partir de una estructura mecánica que utilizó la fuerza gravitatoria, por lo que, la planeación de la estrategia contempló que el abastecimiento del vital líquido estuviera en la parte alta, para emplear electricidad solamente para clorar el agua, lo que propició una reducción

considerable de los costos. La inauguración de la obra fue efectuada en 1987, en la gestión posterior.

En la política pública del sistema de agua Yuribia, desde su proyecto ejecutivo, estuvo presente una lógica que sólo tuvo en consideración los aspectos tecnológicos y una prospectiva que en el corto plazo buscó beneficiar a las poblaciones de las ciudades medias del Corredor Industrial, mismas que fueron favorecidas por el abastecimiento de agua.

Sin embargo, el gobierno dejó de lado ontologías que se sustentan en la herencia mesoamericana que, de forma periférica y fragmentada, prevalecen entre los pueblos originarios. Algunas de estas, guardan relación con seres del imaginario que habitan y protegen al agua y la tierra, tal es el caso de los Chaneques o el carácter sagrado que tienen algunos animales, a partir de lo cual, generan relaciones complejas como la que los especialistas tradicionales, denominados como Culebreros, establecen con las víboras al generar campos de energía para alejarlas de grandes extensiones de tierra y así evitar que piquen a los humanos y al ganado.

Las construcciones culturales de los pueblos originarios, en las que existe un vínculo estrecho con la naturaleza, además de un sentimiento comunitario, también fueron dejadas de lado por la ganadería extensiva; otra política que inició en la década de los cincuenta del siglo pasado, pero que tuvo múltiples impulsos en diversas coyunturas, por ejemplo, en los años ochenta del mismo siglo, contó con apoyo gubernamental, a través de asesorías y créditos de Banrural; su implementación generó la tala de gran parte de la Sierra de Santa Marta, además de múltiples conflictos por las compras utilitaristas de grandes extensiones de tierra, por parte de los ganaderos a los campesinos y el cambio de los usos colectivos de los espacios (Martínez, 1991), que expone la forma en que los terrenos dejaron de ser comunales y se parcelizaron, así, las repercusiones trascendieron a los aspectos cognitivos, debido a que entre los pueblos

originarios prevalece un sentimiento de comunidad que se manifiesta en su vida cotidiana, un ejemplo entre varios, es el tequio en las reparaciones de una escuela o casa familiar y las festividades realizadas a través de una organización barrial.

Las políticas públicas, generalmente se inician a partir de un conflicto o diagnóstico que establece la necesidad de planear su diseño, implementación y desarrollo, son estrategias para resolver los asuntos públicos: “Curso de acción colectivos, deliberadamente diseñados y calculados, que implican decisiones que se deben de adoptar” (Aguilar, 2000, p. 25). La anterior definición establece las posibilidades a considerar: los nexos entre el Estado y la sociedad o los vínculos entre ambos como una misma entidad, en sus distintas fases.

El análisis del conflicto es importante para las políticas públicas: “Ofrece un modelo relacional, establece la posibilidad de conocer los motivos por los que las personas entran en este y la forma en la que lo hacen, la construcción de sus reivindicaciones, propician diversos análisis” (Tilly, 1998, p. 30). En el caso del sistema de agua Yuribia, esa perspectiva vinculada con otras, como las intersubjetivas, establecen la posibilidad de un diagnóstico sobre la necesidad de la reelaboración de la política pública, para propiciar un carácter integral, lo que minimizaría la confrontación y el uso de la presa como un instrumento de lucha. Las intervenciones fallidas en las políticas públicas son enunciadas por Aguilar (2000), quien alude que:

El esfuerzo intelectual y práctico ha de centrarse en el proceso de la política en sus condiciones de consenso, corrección y factibilidad, en su formación, implementación, impacto y evaluación. En averiguar y depurar la manera como ciertos problemas sociales o grupales devienen públicos y agenda de gobierno, la manera

como se obtiene y depura la información acerca de los problemas, se les define y explica. (p. 22)

En las políticas públicas desarrolladas en Santa Marta, fueron dejados de lado los aspectos culturales vinculados al contexto en el que se realizan, lo que se manifestó en la confrontación entre la esfera gubernamental, la sociedad y en la normatividad emanada de las demandas sociales, las cuales forman parte de los procesos históricos, pero también obedecen a lógicas externas a los territorios, es decir, tomaban en consideración aquellos señalamientos de sectores que viven en las ciudades metropolitanas del sur de Veracruz.

Morales (2008, p. 101) argumenta que, en las políticas territoriales, son de suma importancia: “Los actores y las relaciones entre ellos en la definición de la agenda de políticas públicas y sus repercusiones en la planificación territorial”, y agrega que: “El debate en torno a las redes de políticas públicas ofrece lineamientos útiles para fortalecer institucionalmente las instancias u organismos dedicados a la planificación de territorios” (Morales, 2008, p. 101).

En la política pública orientada a la ganadería, fue nula la participación de quienes habitan en Santa Marta; esa circunstancia se reprodujo en el manejo político del sistema de agua Yuribia. En ella está ausente la voz de quienes detentan la presa, tanto en la ubicación de los problemas, como en el desarrollo de esta. Su influencia actual, generalmente se reproduce, a partir de algunos foros y talleres de los Consejos Populares de Gobiernos, que tienen poca incidencia en las agendas políticas regionales; generalmente inciden más sus acciones colectivas.

En las movilizaciones se reproduce gran parte del imaginario colectivo. Durante los conflictos, las expresiones culturales de los participantes generan impactos que son inmediatos en las zonas urbanas, tal es el caso de las ciudades del Corredor Industrial; su ubicación geográfica y manejo de recursos, así

como el uso de los medios de comunicación, se utilizan para confrontar de manera inmediata al poder. Sin embargo, la falta de agua en estos espacios, por el cierre de las fuentes de abastecimiento, llega a tener los mismos o mayores resultados.

El peso del imaginario, debido a su fuerte carga simbólica ha sido mostrado por los pueblos originarios, como los tatahuicapeños. En sus acciones colectivas muestran la posibilidad de una transformación política, toda vez que en sus construcciones culturales prevalece como fundamento una relación de equilibrio entre los seres vivos y su entorno. En las imágenes colectivas que muestran, dan forma a rituales cuyos sustentos se encuentran en sus narraciones míticas, así, las redes de significados grupales son representadas de forma simbólica, a través de metáforas, que en algunos casos, cobran mayor sentido al integrar otros elementos generalmente producto de las reivindicaciones sociales.

Figura 2. Presa Yuribia. Fotografía



Nota. Autora: MERG. Enero de 2017.

La reconstrucción del escenario territorial a partir del Antropoceno

Los efectos de procesos internacionales, como la modernización, en la política pública que se desarrolla alrededor de la presa Yuribia, pueden ser analizados desde el Antropoceno. El concepto posibilita la realización de un diagnóstico para establecer algunas de sus repercusiones, por ejemplo, las que suceden al dejar de lado ontologías que tienen como sustento una relación armónica entre los seres humanos, otros seres vivos y el cosmos; unidad que se encuentra entre los pueblos originarios por sus matrices mesoamericanas -anteriores a la Conquista-, las que de manera fragmentada y periférica se siguen manifestando en el imaginario colectivo.

La racionalidad instrumental con efectos globales y geológicos, da forma a un tiempo designado como Antropoceno. Paul Crutzen sitúa el origen del concepto hacia 1780, en la era Industrial, coyuntura que propicia el análisis de los límites de la naturaleza: “Cuestiona las estrategias de desarrollo dominantes, así como el paradigma cultural de la modernidad” (Svampa, 2019, p. 5), cuyos sustentos establecen una fragmentación entre las articulaciones sociales y el entorno ambiental, por tanto, genera las opciones de un análisis integral.

Los inicios de la modernización se articulan con la modernidad, un proceso cuyo centro original se ubica en Europa desde comienzos del siglo XVI, su lógica racional, sigue siendo el sustento de gran parte de los proyectos estatales, que tienen como núcleo fundamental, el beneficio económico y la tecnología como las posibilidades de progreso, para así generar confort para la vida humana. Generalmente se omiten sus efectos negativos, aspectos que podrían minimizarse con diagnósticos adecuados y con la participación de los

habitantes de las regiones en las que se desarrollan, en muchos casos, los pueblos originarios.

La población de Tatahuicapan de Juárez, cuenta con 15,044 personas, de las cuales, más de 7,618 son hablantes del náhuatl. La lengua es un elemento fundamental en la construcción cultural, subraya la diversidad en las percepciones del ser humano y el cosmos, y expresa las diferencias que están presentes entre los hablantes de español en México. Las diversidades culturales dan forma a gran parte del territorio veracruzano, tal es el caso del sur.

La distribución de los pueblos originarios en Santa Marta es diversa: “Históricamente esta región ha sido habitada por pueblos de lengua náhuatl y popoluca, esta última destacó, en municipios istmeños como Soteapan” (González, 2009, p. 40).

González, al referirse a los integrantes de poblaciones originarias que habitan en el Corredor Industrial, comenta que “[...] las posibilidades de trabajo atrajeron a un número importante de zapotecos del Istmo oaxaqueño, mismos que se presentan como dominantes en los municipios altamente urbanizados” (2009, p. 40).

En el Corredor Industrial, prevalece el desarrollo económico y tecnológico; y es generalmente de donde parten las políticas públicas que inciden en Santa Marta, mismas que dejan de lado los elementos culturales e intereses de los pueblos originarios. En muchos sectores populares del sur de Veracruz prevalecen construcciones culturales que trascienden la lógica dual y la fragmentación, sin embargo, esta visión fragmentaria y parcial, es una constante entre muchos grupos urbanos, tal es el caso, de los funcionarios gubernamentales y algunos académicos.

Descola (2015), sitúa los orígenes de la visión parcial de las construcciones mentales en el racionalismo, que planteó categorías binarias para el ordenamiento del mundo, lo que considera que debe ser sometido a una revisión, porque no en todas las culturas existe una división radical entre lo humano y lo no humano y enfatiza que esa división ha sido validada por el pensamiento hegemónico occidental-capitalista, que deja de lado las consecuencias del despojo a la naturaleza.

La desarticulación de la naturaleza y la cultura, guarda relación con la racionalidad instrumental, que obedece a una serie de procesos históricos, en cuyo interior, se dejan de lado los vínculos de la humanidad con otros seres vivos, o se plantean estos en una circunstancia desigual, esta percepción occidentalizada para Descola (2005) se justifica a partir de un sustento en el que solamente los seres humanos están dotados de propiedades anímicas -de alma y espíritu-.

Conclusión

Las carencias de servicios públicos en Santa Marta y las poblaciones medias del Corredor Industrial son múltiples, aunque también existen logros en la ampliación de sus derechos políticos como la municipalización de Tatahuicapan de Juárez en 1997. Sin embargo, la falta de políticas públicas integrales se sigue reproduciendo, a pesar de los daños generados por los proyectos modernizadores, uno de los más significativos: la escases de agua.

La sustentabilidad en las políticas públicas es indispensable para la preservación del entorno y las culturas. En las ontologías de los pueblos originarios se encuentran algunas ideas que propician un mayor equilibrio entre el ser humano y la naturaleza, mismas que sustentan acciones y representaciones

cotidianas, que adquieren una mayor densidad simbólica en los rituales que son la representación consciente o inconsciente de sus relatos primigenios.

Tal fue el caso de las acciones colectivas realizadas por los tatahuicapeños, cerca de la presa Yuribia en 1994, en ese entonces, un grupo de personas armadas con palos y piedras, arcos y flechas (utensilios para cazar Mazates, venados de la región), dieron forma a una valla circular, una barda humana alrededor de los policías que fueron a impedir su movilización. El evento sucedido un 3 de octubre de hace treinta años, anunció un cambio en las representaciones y fuerzas políticas de los habitantes de Santa Marta; también puso en evidencia un conflicto que subsumió a muchos otros de origen ancestral con repercusiones contemporáneas.

Referencias bibliográficas

Aguilar Villanueva, L. F. (2000). *El estudio de las Políticas Públicas*. Porrúa.

Descola, P. (2005). *Más allá de naturaleza y cultura*. https://professor-ruas.yolasite.com/resources/Descola%202010%20-%20M%C3%A1s%20all%C3%A1%20de%20la%20naturaleza%20y%20la%20cultura_105.pdf

González Martínez, J. (2009). *Organización territorial indígena*. Atlas etnográfico. Gobierno del Estado de Veracruz, México: INAH

Martínez Lorenzo, I. (1991). *Agricultura tradicional y conflictos agrarios en Pajapan, documentos 7, Acayucan Veracruz, México: Culturas Populares (URSUVE)*.

Morales Barragán, F. (2008). *Redes de políticas Públicas para la planificación territorial*. En A. Abardía y F. Morales (Coords.), *Desarrollo regional*.

Reflexiones para la gestión de los territorios
(pp. 101-121). Alternativas y capacidades.

Roca Guzmán, M. E. (2013). Tradición y Modernidad: Conflictos y Movilizaciones en Tatahuicapan de Juárez, 1984-2010, [Tesis De doctorado en Historia y Estudios Regionales, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana]. <https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/32576?locale-attribute=fr>

Svampa, M. (2019). *Antropoceno. Lecturas globales desde el Sur*. Editorial Cartonera de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.5176/pm.5176.pdf>

Tilly, C. (1998). *La desigualdad persistente*. Manantial.

Mercado Alcalde y García: una mirada sociológica

Lluvia del Cielo Palacios Guatzoón*

Xalapa Veracruz, mejor conocida como la Ciudad de las Flores, se caracteriza por su nítida naturaleza y variable entorno cultural. Xalapa te abraza con su neblina, sus colores cálidos, olores tropicales, música, tradiciones y amplia gastronomía. Los pasillos y alrededores de Xalapa hacen de la ciudad, un espacio significativo social e históricamente hablando, por ello, sociológicamente, es apasionante adentrarnos en su historia como parte de las coordenadas para comprender los cambios o permanencias de su presente. Para ello, abordaremos la fundación del Mercado Alcalde y García previa a los años 50.

Este ensayo fue producto de un ejercicio sociológico en la clase de Planeación, el cual, tuvo como objetivo visitar un espacio social, cultural, económico y político, con la finalidad, de llevar a cabo una observación participante y no participante, así como, un trabajo de descripción que me permitió adentrarme en la historia del Mercado Alcalde y García, también conocido como Mercado San José. Si bien este barrio forma parte de los cuatro barrios históricos de Xalapa, se destaca su influencia con el desarrollo de la ciudad. El enfoque de este ejercicio sociológico comienza por conocer la historia del Mercado Alcalde y García, así como, el papel que el Mercado ha desempeñado a lo largo del tiempo. A partir de la observación que llevé a cabo, pude reflexionar... pude reflexionar sobre su población, organización social, organización política, los servicios y las actividades económicas. Pero también, observé la relación entre las y los comerciantes, la estructura social, los procesos de jerarquización y estratificación social, así como, las relaciones de género y las principales actividades matutinas. Al término del análisis como resultado de la observación, conversaciones y búsquedas documentales pude identificar problemáticas y plantear preguntas de interés.

Palabras clave

Mercado

Espacio

Actividades

Organización social

Comerciantes

*Estudiante de tercer semestre de la Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana (UV). El pasado 10 de octubre de 2023, durante la Semana de la Sociología, participó como moderadora en la presentación del libro *Misceláneas Pandémicas. Ensayos sobre la COVID-19*, en el Salón Azul de la Unidad de Humanidades de la Universidad Veracruzana (UV). cielopalaciosguatzozon@gmail.com

Abstract

Xalapa Veracruz, better known as City of Flowers, is characterized by its clear beauty and vibrant cultural life. Xalapa embraces you with its mist, warm colors, tropical scents, music, traditions, and diverse gastronomy. The corridors and surroundings of Xalapa make the city a significant social and historical space. Sociologically, it is fascinating to delve into its history as part of the coordinates to understand the changes or continuities of its present. To do this, we will address the founding of the Mercado Alcalde y García prior to the 1950s.

This essay is the result of a sociological exercise in the Planning class, which aimed to visit a social, cultural, economic, and political space to conduct both participant and non-participant observation. It also involved a descriptive work that allowed me to delve into the history of the Alcalde y García Market, also known as San José Market. Although this neighborhood is part of the four historical neighborhoods of Xalapa, its influence on the development of the city stands out. The focus of this sociological exercise begins by understanding the history of the Alcalde y García Market and the role the Market has played over time. From the observation, which included the physical environment, I was able to reflect on its population, social composition, political organization, services, and economic activities. I also observed the relationships among the merchants, the social structure, processes of hierarchy and social stratification, as well as gender relations and main morning activities. At the end of the analysis, as a result of the observation, interviews, and documentary searches, I was able to identify problems and raise questions of interest.

Keywords: Market, Space, Social organization, Activities, Merchants.

Introducción

Techacapan uno de los cuatro barrios indígenas en la ciudad de Xalapa, el cual, después de la llegada y conquista española se convirtió en el Barrio de San José, nombre que se le designó por la Parroquia de *San José* edificada en 1535. En el interior de esta hermosa Parroquia, la cual, responde a una construcción colonial, podremos observar una combinación de estilo mudéjar, gótico y barroco, pues, presenta aspectos y características representativas de esos tres movimientos (Xalapa Veracruz, s.f.).

En dicha catedral se pueden apreciar una cantidad de estatuas y pinturas religiosas, así como, columnas que soportan arcos en forma de herradura. En ella se presenciaron muchos acontecimientos, tales como: el bautizo del presidente Sebastián Lerdo de Tejada, y aunque se cree que el bautizo de Antonio López de Santa Anna también tuvo lugar ahí, este último queda en un mito. Dentro de los acontecimientos se encuentra la historia del archiduque austriaco Fernando Maximiliano de Habsburgo, pues dentro del templo se alojó su cadáver cuando era conducido a Veracruz para embarcarlo a Europa. Sumado a estos acontecimientos, destaca un incendio ocurrido en 1931, por el cual, la Parroquia sufrió un gran deterioro y pérdida de documentos importantes (V. Espino, comunicación personal, 27 de octubre de 2023).

Por otra parte, algunas de las historias para destacar en el Mercado Alcalde y García, que antes de ser mercado fue parque, es justamente el origen de su nombre. Por lo que, su historia y varios de los elementos que identifiqué del contexto en torno al espacio donde llevé a cabo la observación, los pude ubicar, gracias a este breve trabajo de investigación documental y la entrevista que realicé al Cronista oficial de Xalapa, Vicente Espino Jara, así como, las conversaciones que mantuve con trabajadores del mercado. No obstante, el trabajo de observación

fue clave -metodológicamente hablando- ya que:

[...] se ajusta perfectamente “al análisis de lo no verbal y de lo que éste revela: las conductas instituidas y los códigos de comportamiento, la relación con el cuerpo, los modos de vida y los rasgos culturales, la organización espacial de los grupos y de la sociedad, etcétera”. (Quivy y Campenhoudt, 1988, citado en Giroux y Tremblay, 2008, p. 179)

El origen del nombre del Mercado Alcalde y García

Si tenemos presentes las intervenciones extranjeras que han ocurrido en México, entenderemos entonces porque la ciudad de Xalapa recuerda a dos grandes tenientes que hicieron frente a la invasión estadounidense de 1847. Es decir, me refiero a los tenientes del 11° regimiento de infantería, Ambrosio María Alcalde y Herrera (1827-1847) y Antonio García (-1847), quienes lucharon con osadía contra el ejército de los EEUU. Sin embargo, en el transcurso de esta lucha fueron capturados, por el ejército estadounidense, en las cercanías de Jalcomulco, Municipio de Veracruz, México. En ese lugar, los oficiales quienes tenían el mando de las tropas invasoras les advirtieron a los tenientes que de volver a levantarse en armas contra el ejército de los EEUU se enfrentarían con la muerte. Haciendo caso omiso a esta advertencia, los tenientes Alcalde y García, se suman a las guerrillas para expulsar al ejército norteamericano. Desafortunadamente vuelven a ser capturados y el miércoles 24 de noviembre de 1847 fueron fusilados en la plaza del cuartel de *San José* (Castro, 2019).

Posteriormente, los tenientes se sepultaron en el Panteón Municipal de Xalapa. En la actualidad, sus placas se ubican dentro del Centro Recreativo, lugar donde pasaron su última noche, debido a que en la antigüedad este centro Cultural Xalapeño era una de las pocas posadas que existían. De esta

manera, el Mercado Alcalde y García hace honor a los nombres de estos tenientes que unieron su vida en la lucha por la libertad del pueblo de México.

La construcción y desarrollo del Mercado Alcalde y García

El crecimiento y desarrollo de Xalapa en los 60 se debe en gran medida a la influencia de los barrios, por lo que el Barrio de San José tuvo gran peso en lo social y económico dentro de la ciudad. Al recorrer este barrio, nos encontramos con el Mercado Alcalde y García, o Mercado San José, ubicado dentro de la colonia Centro, específicamente, al norte de la calle Justo Sierra, al sur de la avenida Xalapeños Ilustres, al este de la calle Cuauhtémoc y al oeste de la calle Lic. Benigno de Nogueira Iriarte. Como se aprecia, es un mercado famoso no sólo por su pasado, sino también, por sus flores, frutas y verduras, artesanías y una suma diversificada de comercios.

El 14 de abril de 1948, se acordó la construcción del Mercado Alcalde y García que antes “[...] fue durante mucho tiempo el sitio donde se adquirían las frutas y verduras que se distribuían en la capital veracruzana y localidades cercanas; pero fue decreciendo cuando se abrió la Central de Abasto” (Xalapa Antiguo, Análisis y opinión, 2020, párr. 1) en 1982. En el presente no quiere decir que haya desaparecido por completo este proceso de distribución; no obstante, pude observar que el mercado se ha convertido en un centro de distribución y consumo local, es decir, las personas que viven cerca son quienes forman parte de la visita y consumo, tal como es el caso de algunos otros mercados de la capital, por ejemplo, el Mercado Jauregui, el cual, en 1952, después de un incendio fue remodelado.

Por otra parte, es crucial abordar que entre la década de los 80 y 90, Xalapa atravesó una línea de crecimiento poblacional con una cifra de 431,539 habitantes, que, a su vez, permitió el crecimiento económico en los medios de producción. Para el 2000, Xalapa tenía

554,990 habitantes lo que incitó a buscar alternativas de crecimiento económico. A partir de este contexto, es más fácil abordar porque los mercados tienen gran peso en el ámbito económico (Fernández, 2012).

Años más tarde, de los primeros proyectos de intervención en el Mercado Alcalde y García, estuvo involucrado el Gobierno Municipal de Xalapa, ya que en 2011 se llevó a cabo el Proyecto de la Plaza Gastronómica San José, con una inversión superior a los 28 millones de pesos. Lo anterior, tuvo como objetivo, activar la economía local a través del establecimiento de comercios de gran atracción turística. Es decir, durante el gobierno de Javier Duarte y la alcaldesa de Xalapa, Elizabeth Morales, se concluyó el proyecto de la Plaza Gastronómica, a la cual, se le asignó una placa con el siguiente texto: «Plaza Gastronómica “San José” Homenaje a un lugar con historia que refleja la tradición de un barrio colonial y la identidad de una bella Xalapa y un estado próspero que va hacia adelante. Xalapa, Ver., septiembre de 2011» (Hernández, s.f., p. 3).

Posterior a ello, con una inversión de casi 5 millones de pesos, el segundo proyecto consistió en la modernización del mercado, en donde se involucraron más de 160 locatarios. La alcaldesa puntualizó “[...] vamos a seguir impulsando y perfilando el renacimiento cultural y turístico de la ciudad” (El demócrata, 2012, p.10). Con este proyecto se buscó la rehabilitación de la fachada y los módulos comerciales, por ejemplo, se colocó piso cerámico en pasillos locales, estructuras de acero y se rehicieron prácticamente todos los módulos comerciales tomando en consideración la opinión de las y los locatarios.

Sin embargo, todas esas renovaciones apenas y tienen presencia hasta nuestros días. A partir de este punto, puedo identificar un problema en la infraestructura, ya que percibí la falta de mantenimiento, puesto que dentro y fuera del mercado hay basura y las paredes tienen un aspecto abandonado, acabado y sucio.

Por otra parte, el piso parece olvidado, cubierto mayormente de basura orgánica resultado de las verdulerías, florerías o locales de comida. Así mismo, el espacio experimenta problemas de humedad que se pueden percibir gracias a la flora que sobresale de las letras del mercado, este problema no sólo tiene que ver con la basura, sino también, abarca las condiciones de infraestructura en las que se encuentra el mercado. Aunque las autoridades deberían formar parte del mantenimiento y mejoramiento de la infraestructura, la realidad muestra que, últimamente, no se ha establecido una relación entre locatarios, locatarias y autoridades gubernamentales.

Observaciones generales sobre el espacio y las principales actividades matutinas de las y los comerciantes en el Mercado Alcalde y García

Durante el ejercicio sociológico que realicé tuve la oportunidad de acudir tres veces al mercado, y de ese modo tener mayor noción de las actividades que se realizan en dicho lugar. Para la recaudación de datos, recurrí a herramientas de apoyo como lo son: notas de voz, que me permitían narrar en tiempo real lo que observaba. Por otro lado, el uso de cámara fotográfica profesional que me ayudó a capturar el medio físico y posterior a la visita pude describir dicho espacio a manera que podía analizar la imagen capturada. Es importante tomar a consideración que las tres visitas las llevé a cabo por la mañana, ya que pude notar que es en ese momento cuando hay más actividad en el espacio.

Por ejemplo:

En la tercera visita que realicé, observé que la jornada de actividades comienza desde que las personas abren sus locales, posterior a ello, desempacan las herramientas, comida, material, entre otras cosas, que van a utilizar o serán de apoyo para su venta. El Mercado San José nos da la bienvenida a partir de las sazones de cada local de comida, por ello, considero relevante mencionar el papel que juega

la gastronomía dentro del mercado, ya que en el lugar se cuenta con una variedad de comida: chiles rellenos, empanadas, elotes, antojitos, tortas, caldos, entre otros. Algunos de estos locales se ubican en medio del mercado y la gran mayoría cuenta con una placa, la cual, lleva el nombre o apellido de las familias dueñas de dicho lugar. Los precios de los alimentos varían entre \$15 hasta \$50, dependiendo de la comida que se consume. Alcancé a percibir que los locales gastronómicos son atendidos por mujeres de entre 30 a 65 años, quienes comienzan a organizar el establecimiento con base en actividades de limpieza, acomodo de productos y preparación de alimentos.

El ejercicio de observación sociológica que llevé a cabo también centró su atención en las actividades productivas, entre ellas, presté atención al asunto de la producción y venta de flores, en la cual, identifiqué -de manera general- que hay aproximadamente entre 12 y 15 florerías, de las cuales, 3 de ellas se encuentran al cruzar la calle Lic. Benigno de Nogueira Iriarte, esquina con Justo Sierra, aproximadamente 8 de ellas distribuidas dentro del mercado y finalmente el resto de las florerías ubicadas detrás de este, donde justamente se lleva a cabo la descarga de ellas. En el caso de las flores de temporada existe una gran variedad de precios que van desde los 30 y hasta 120 pesos, por lo que, dependiendo de la temporada, las ventas son mayores.

Cabe aclarar que existen dos fechas relevantes, una de ellas es el 14 de febrero y la otra el 10 de mayo. La importancia de la producción y venta de flores radica en que esta actividad durante mucho tiempo se ha convertido en una de las más favorables, ya que, una porción de la población compra flores para decorar la casa, mientras que otra parte de ella, decide regalarlas. De esta manera, se obtiene una importante derrama económica gracias a la demanda que se genera en el mercado tanto nacional como internacional. Por ende, es importante mencionar que varias de estas flores son productos traídos de Atlixco, Puebla.

Por otra parte, la observación espacial que realicé me permitió identificar diversos murales realizados por Martha Eugenia Reyes de Méndez, y Teodoro Cano García, este último, considerado el más grande artista de la ciudad de Papantla, Ver. Cano nació justamente en dicha ciudad el 29 de mayo de 1932, y falleció en Xalapa el 23 de abril del 2019 (Güemes, s.f.). Dentro de su trayectoria académica podemos destacar su formación como maestro en Artes Plásticas en la Academia de San Carlos de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1947 a 1951. Un año más tarde, se le otorgó la Medalla Justo Sierra, y a lo largo de su vida Teodoro realizó murales en Veracruz, Campeche, Yucatán, Tamaulipas, Coahuila, Sinaloa, Quintana Roo y Colima.

Al recuperar una de las conversaciones, pude saber que los murales del mercado reflejan el conjunto de las actividades cotidianas en este espacio, pero también, los murales en sí mismos, forman parte del patrimonio cultural del mercado. Por ejemplo, el mural del señor Apolonio mejor conocido como Apolito representa el arduo trabajo que realizaba dentro del mercado, en su caso, la venta de tomates (Anónimo, 2023). Cabe mencionar que durante la mañana hay tranquilidad dado que las y los consumidores llegan más tarde, por lo tanto, hay poco movimiento y de cada 5 locales 2 están cerrados, lo cual, me hace pensar que las mañanas son ocupadas como momento de preparación de la jornada que les espera. Otro de los elementos que observé y llamé mi atención -desde una mirada sociológica- fue el tipo de relaciones que se establecen al interior del mercado. Desde el punto de vista de Goffman (1959) estas relaciones pueden ser estudiadas a partir del interaccionismo simbólico, ya que “[...] un individuo proyecta eficazmente una definición de la situación cuando llega a presencia de otros, cabe suponer que dentro de la interacción quizá tengan lugar hechos que contradigan, desacrediten o arrojen dudas sobre esta proyección” (1959, p. 24).

Desde esta perspectiva teórica, podemos estudiar el

discurso público y privado, con el cual los comerciantes intentan no evidenciar aspectos como la violencia o inseguridad u otro problema que se puede presentar en el mercado. Al no evidenciar estos problemas, las y los comerciantes protegen la imagen del mercado, evitando que las y los clientes cambien sus patrones de compra o busquen alternativas percibidas como más seguras. Por otro lado, la proyección de seguridad puede atraer a proveedores que ofrecen productos de mayor calidad, mejorando la oferta disponible en el mercado. Por tal motivo, parece ser que las relaciones mantienen un estigma para la producción, comercialización y consumo de los productos.

En mi caso, la relación que tuve con las y los locatarios fue satisfactoria, es decir, percibí un trato amable, el cual, se caracterizaba por un buenos días o tenga buen día, es decir, el trato fue muy cordial, por ejemplo, las señoras entre 40 y 50 años soltaban el famoso muchacha o ¿qué vas a llevar corazón? Cabe mencionar que este tipo de trato no sólo era para conmigo, ya que pude observar, pese a que cada uno de las y los comerciantes se ocupaba de su negocio, un trato ameno entre ellos y ellas, pues se saludaban y se preguntaban cuestiones como las siguientes: ¿ya llegó Don Roberto? ¿a qué hora vas a cerrar? ¿será que llueva? Tales preguntas, a su vez, nos muestran parte de la cotidianidad del espacio.

En ese marco, es interesante identificar que generalmente quienes tenían el dominio de las conversaciones eran los locatarios de las florerías, pero más específico aun, eran las mujeres de dicho espacio, en ellas se podía percibir la fluidez de sus conversaciones, con sus risas a flote y su sentido del humor muy presente, que muchas veces no comprendí.

Observaciones generales sobre la organización social de las y los comerciantes en el Mercado Alcalde y García

Con base a la organización social, la mayoría de las personas -si no es que todos y todas- hablan

español y se visten con ciertas particularidades, por ejemplo: en el caso de las mujeres la mayoría porta blusas de algodón o poliéster, pantalón de mezclilla o terciopelo y sandalias o tenis. En el caso de los hombres, de igual forma, aunque algunos de ellos llevaban la gorra hacia atrás, playeras deportivas o camisas de manga larga, sin embargo, una similitud entre ambos grupos era el uso de mandil, el cual, representa, simbólicamente, una multiplicidad de significados y sentidos que puede tener, para las y los locatarios, la jornada laboral al interior del mercado.

Por otra parte, hay que señalar que el Mercado de San José refleja una diversidad de discursos, experiencias y prácticas que nos muestran situaciones como la siguiente: las y los dueños, y las y los trabajadores se involucran únicamente en las tareas que tienen relación con su local y aunque gran parte de ellas y ellos comparten el mismo concepto de venta, su realización es de diferente manera; la mayoría de las y los comerciantes se conforma por mujeres de entre 30 y 70 años y hombres entre 20 y 60.

Desde otro ángulo de análisis, logré percatarme -a partir de las conversaciones que tuve con las y los trabajadores- de lo siguiente: los locales son familiares, pero, también integran a trabajadoras y trabajadores externos. Me gustaría destacar que, me enteré que todos los locales se sustentan de las propias ventas que adquieren, esto quiere decir que dependiendo de lo que vendan pueden mejorar su establecimiento, así también, cubrir las necesidades básicas que cada uno presente, es decir, la ley de la oferta y la demanda es crucial para entender los intercambios económicos que se dan en el Mercado de San José, lo cual, evidencia, de manera local, el funcionamiento sistémico-estructural del modo de producción capitalista bajo un modelo económico neoliberal. Por otra parte, algo que llamó demasiado mi atención es que dentro de los establecimientos se encontraba una similitud peculiar, cada uno de ellos tenía al menos una fotografía o escultura religiosa, lo que, a su vez, muestra el peso

sociocultural de la religión católica en México

También, identifiqué procesos de jerarquización al interior del mercado, especialmente, dos muy presentes: las edades y el género. Por ejemplo, en el caso de las edades se puede notar la siguiente fórmula social: a mayor experiencia, mayor poder; en el caso de los procesos de jerarquización heteronormativa, se puede percibir, que una gran parte de los hombres son quienes están al mando de las actividades. Además, es importante mencionar que varias mujeres mayores de aproximadamente 60 años poseen tanto autoridad material como simbólica, como es el caso de la señora Bertha, propietaria de una florería y reconocida por su firme personalidad. Su posición de liderazgo se fundamenta no sólo en la propiedad del negocio, sino también en su capital simbólico. Su carácter no sólo influye en cómo se relaciona con los demás, sino que también establece una jerarquía basada en la percepción de su fuerza y capacidad de liderazgo. Los símbolos de poder, como la propiedad de un negocio respetado como la florería y la reputación personal de ser una persona de carácter fuerte, juegan un papel fundamental en la estructura jerárquica que Bertha mantiene y ejerce. Estos símbolos son herramientas que legitiman su estatus dentro del mercado.

Como he mencionado durante este ejercicio de observación y descripción sociológica, dentro del Mercado San José, el género es un punto de estudio fundamental, por ejemplo, una distinción de género que se observa es que la mayoría de las mujeres realizan un trabajo que no requiere de fuerza física y los hombres lo contrario, lo que, a su vez, se traduce en una estructura organizativa que separa a las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. Pero si bien esta es una relación entre los locatarios, la relación que existe entre ellos con las personas que llegan a comprar o consumir productos es igual de importante. Dado que el trato por parte de los vendedores (hombres) a las mujeres, es más cordial, atento y se puede sentir en algunas ocasiones como el famoso coqueteo, esto

último, queda a la percepción de cada persona. Por el contrario, en el caso de las vendedoras (mujeres) brindan el mismo trato a hombres y mujeres, aquí, si me gustaría agregar que, en ambos géneros, el que llegue primero y consuma más es al que su atención se le enfocará con mayor rapidez. Por otro lado, las mujeres tenían en primer momento el trato con el cliente, y los hombres realizaban tareas de carga, movimiento o mando dentro del proceso de venta.

Diremos entonces que, todos los cambios que ha tenido el mercado forman parte de la historia del espacio, su gente, su fachada, la comida, sus olores y colores. Pero incluso, todo lo que pude observar no permanecerá notoriamente siempre, ya que lo que ahora se vive, en unos años más, pasará a formar parte de la historia social, cultural, política y económica del lugar. En este sentido, con estudios posteriores se podrá contrastar la construcción de la identidad del mercado, a partir de los lazos que se crean en el interior de este espacio y el papel que continúe efectuando en la capital.

Consideraciones finales

Durante la carrera, he aprendido la importancia sociológica de superar el sentido común, y llevar a cabo lo que Bourdieu (2002), denomina la *ruptura*, que se logra por medio de una vigilancia epistemológica entendida como parte de la actividad que desarrolla un investigador o investigadora, en la cual, se tiene clara la importancia de la separación entre el discurso científico y la opinión común. Por ello, debo confesar que cuando inicié esta breve investigación documental sobre el Mercado de San José, así como, la observación sociológica en dicho espacio, no tenía expectativas y tampoco consideré el impacto que tendría en mi modo de pensar el hecho de relacionarme con un ambiente al que no frecuento. A partir de ser consciente de lo que observamos, entonces, aparece la incomodidad, el cuestionamiento y la duda, elementos que a su vez, se vuelven cada vez más presentes durante el quehacer sociológico. Es decir, cuando me enfrento a

estas situaciones, involuntariamente, mantengo un lente de análisis y crítica que me permite identificar aspectos no visibles, de los cuales te cuestionas e indagas, construyendo problemáticas para estudiarlas desde diferentes enfoques.

El contrastar un espacio como lo es un mercado, donde las interacciones están presentes, me permitió reflexionar acerca de los comportamientos de las personas, en este caso particular, las y los locatarios del Mercado de San José, y en este sentido, considero que confluyen realidades individuales y colectivas, que a su vez, denotan una serie de condiciones que conforman cotidianidades que evidencian el peso de las estructuras actuando sobre las y los sujetos, pero también, el papel de las acciones, las interacciones y los discursos de las personas en los procesos de transformación y cambio que experimentan las dinámicas estructurales de los espacios sociales. Si bien, esta cuestión me resultó una pregunta de investigación documental, también el tema de la infraestructura de un mercado denota interés, pues esto incluye cosas como electricidad, agua potable, alcantarillado, seguridad, redes de internet, comunicaciones y más. Por eso es importante reflexionarlo, porque la infraestructura de un mercado puede determinar los agentes económicos y su posibilidad de desarrollo. Por otra parte, las relaciones de género también son un punto de reflexión, dado que estas se refieren a la manera en que los roles y las expectativas sociales son asignadas a las personas basado en su género. Esto puede tener una gran influencia en la jerarquización en un mercado, en tanto que puede limitar la participación de personas de un género u otro.

Por lo tanto, llevar a cabo esta breve investigación documental sobre el Mercado de San José, conjugada, con una serie de observaciones en dicho espacio, me permitió conocer un fragmento más de Xalapa, pero también, alentar mi curiosidad y capacidad de asombro sobre la

historicidad de los espacios de interacción social.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., y Passeron, J. C. (2002). Primera parte: La ruptura. En P. Bourdieu, J. C. Chamboredon, y J. C. Passeron. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos* (pp. 27-50). Siglo XXI.

Castro, J. (2013, 17 de julio). *Ambrosio Alcalde y Antonio García* [Página de Facebook]. Facebook. <https://www.facebook.com/groups/516959671700163/posts/543997432329720/>

Dux. (s.f.). Barrio de San José I. TURISMO XALAPA. [Sitio web]. <https://www.xalapaveracruz.mx/barrio-de-san-jose-i/>

Lahire, B. (2004). *Sociología de la lectura* (H. H. García, Trad.). Gedisa.

Espino Jara, V. (s.f.). El Barrio de San José. *El estridente, Historia/Cultura/Turismo*, (7). https://elestridente.com/revista/#dearflip-df_7232/1/

Giroux, S., y Tremblay, G. (2008). VII. La observación. Más allá de las apariencias. En S. Giroux y G. Tremblay. *Metodología de las ciencias humanas* (pp. 179-194). FCE.

Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. (G. Santayana, Ed., & H. B. Setaro, Trad.) Amorrortu editores.

Güemes Jiménez, R. (s.f.). *Teodoro Cano y su amor*. ORFIS.

Hernández, J. Á. (2012). *Proceso de periurbanización en una metrópoli media mexicana: la zona metropolitana de Xalapa 2000-2010*. [Tesis de Maestría, El Colegio de la Frontera Norte] <https://>

www.colef.mx/posgrado/wp-content/uploads/2014/03/ TESIS-Fern%C3%A1ndez-Hern%C3%A1ndez-Jos%C3%A9-%C3%81ngel-MDR.pdf

Hernández Quiñones, L. (s.f.). La Plaza Gastronómica San José: entre tradición y modernidad. https://www.academia.edu/23892929/La_Plaza_Gastron%C3%B3mica_San_Jos%C3%A9_entre_tradici%C3%B3n_y_modernidad

Sosa, F. (2006). *Alcalde, Ambrosio. Biografías de mexicanos distinguidos* (4ª edición). Porrúa.

Vanguardia, Veracruz. (2023, octubre). Mercado de San José, en Xalapa, lleno de colorido por ventas de Día de Muertos. Vanguardia de Veracruz. <https://vanguardiaveracruz.com/mercado-de-san-jose-en-xalapa-lleno-de-colorido-por-ventas-de-dia-de-muertos/>

Xalapa Antiguo, análisis y opinión. (2020). *Memoria fotográfica volumen XX*. [Página de Facebook]. Facebook. <https://www.facebook.com/XalapaAntiguo/posts/>

Xalapa Antiguo, análisis y opinión. (2023). *Xalapa y sus transformaciones*. [Página de Facebook]. Facebook. <https://www.facebook.com/XalapaAntiguo/posts/>

Aportaciones pedagógicas de Heinrich Pestalozzi y Friedrich Fröbel en la educación infantil del Porfiriato

Amira Salvador Avendaño*

Laura Rubio Hernández**

Emma Montuy Jiménez***

Con base en el capítulo publicado “La enseñanza de historia en la escuela primaria. Una mirada a través de las disertaciones de las y los normalistas de la Escuela Normal Primaria de Xalapa” en la obra titulada *Las disertaciones. Certificar y titular al alumnado de la Escuela Normal Primaria de Xalapa, 1890-1911. Una ventana a la cultura escolar*, este artículo, tiene como fin, delinear y puntualizar los aspectos pedagógicos más relevantes del proyecto educativo del Porfiriato, para después, analizar las aportaciones de Johann Heinrich Pestalozzi y Friedrich Fröbel en el marco de la educación infantil, todo ello, desde la dimensión pedagógica en vinculación con el contexto mexicano.

Palabras clave

Educación Infantil

Porfiriato

Kindergarten

Primaria Elemental

Educación Moderna

* Licenciada en Educación Preescolar. Maestra en Ciencias de la Educación. Profesora de Tiempo Completo de la Escuela Normal Urbana de Balancán, Tabasco (ENUB). Docente frente a grupo en el trayecto formativo psicopedagógico. Coordinadora del trayecto formativo de práctica profesional. Responsable de la Comisión de Seguimiento y Evaluación e integrante del CAF-3 de la ENUB *Planeación didáctica y evaluación de la práctica docente*. amira-sagitario@hotmail.com

** Licenciada en Ciencias Sociales por la Escuela Superior de Ciudad Madero, Tamaulipas. Maestra en Ciencias de la Educación por el Instituto de Estudios Universitarios. Profesora de Tiempo Completo de la Escuela Normal Urbana de Balancán, Tabasco (ENUB). Integrante de la Comisión de Titulación y responsable de la Comisión de Seguimiento y Evaluación. Integrante del CAF-3 de la ENUB *Planeación didáctica y evaluación de la práctica docente*. laurarubio2214@gmail.com

*** Licenciada en Educación Preescolar por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Maestra en Ciencias de la Educación por el Instituto de Estudios Universitarios con especialidad en Formación de Formadores (CREFAL). Profesora de Tiempo Completo de la Escuela Normal Urbana de Balancán, Tabasco (ENUB). Coordinadora del trayecto formativo de práctica profesional. Integrante de la Comisión de Titulación. Representante del CAF-3 de la ENUB. emj1209@hotmail.com

Abstract

Based on the published chapter “La enseñanza de historia en la escuela primaria. Una mirada a través de las disertaciones de las y los normalistas de la Escuela Normal Primaria de Xalapa” in the work titled: *Las disertaciones. Certificar y titular al alumnado de la Escuela Normal Primaria de Xalapa, 1890-1911*. Una ventana a la cultura escolar, this article aims to outline and point out the most relevant pedagogical aspects of the educational project of the Porfiriato, and then analyze the contributions of Johann Heinrich Pestalozzi and Friedrich Fröbel in the framework of early childhood education, all this, from the pedagogical dimension in connection with the Mexican context.

Keywords: Child education, Porfiriato, Kindergarten, Elemental School, Modern Education

La educación primaria en el Porfiriato: de las escuelas de párvulos a la enseñanza primaria

Los avances en materia de educación en el periodo porfirista (1876-1911) se dieron con mayor fuerza en el plano ideal y teórico, dadas las complejas y diversas realidades que se vivían en las distintas regiones del país, y los retos que esto representaba para el sistema educativo en su conjunto, así como para las maestras y maestros a quienes se les encomendó la tarea de enseñar en todos los rincones de México en la época de estudio. En este contexto, la formación infantil fue concebida como uno de los elementos que llevarían a México a la modernidad deseada, en tanto que, el contexto experimentaba cambios y transformaciones en el área de comunicaciones. Lo anterior, implicó la realización de diversos congresos y discusiones en materia educativa. La pertinencia de la creación de escuelas para párvulos se planteó desde el Primer Congreso de Instrucción en 1889, estas se identificaron como necesarias en la formación de los niños y niñas que aún no estaban en edad de cursar la primaria (3 a 6 años), donde se les enseñaría aspectos relacionados

en materia física, intelectual y moral. Por lo anterior, se estableció que “[...] estarían dirigidas por mujeres, y que se basarían en juegos libres y gimnásticos, dones de Fröbel, conversaciones maternas, cantos, trabajos manuales y jardinería” (Bazant, 2006, p. 26).

La primera escuela para párvulos en México fue creada por Enrique Laubscher en el puerto de Veracruz, en 1883 (Bazant, 2006). Como maestro normalista, trabajó en distintas escuelas tanto públicas como privadas del estado, y como discípulo directo de Fröbel puso en marcha sus procedimientos de enseñanza, con buenos resultados (Campos, 2011). Sin embargo, uno de los primeros maestros mexicanos en recuperar el trabajo de Fröbel fue Manuel Guillé, que equiparaba la enseñanza objetiva con el método froebeliano, y criticaba lo que para él era la incorrecta interpretación que se hacía del pedagogo en nuestro país, al implementar su doctrina en las escuelas primarias (Campos, 2011).

En el Primer Congreso de Instrucción, también se discutió la importancia de federalizar la enseñanza para llegar a todo el territorio nacional. En ese congreso se estableció que el objetivo de la enseñanza era el desarrollo de las facultades físicas, morales e intelectuales de niñas y niños, y no sólo la repetición mecánica de letras y números para aprender a leer y contar. De acuerdo con Martínez (1973), la enseñanza primaria se dividió en elemental y superior; quedó establecida para todas las niñas y niños entre 6 y 12 años de edad. La duración de la primaria elemental se estableció en 6 años (cuatro de elemental obligatorios, más dos de superior obligatorios), y la superior en dos, con las respectivas diferencias de la escuela de artes y oficios, además de las formaciones diferenciadas por el sexo (Bazant, 2006).

Es importante mencionar que, la formación femenina tuvo marcadas diferencias respecto a la recibida por los varones, ya que las materias que unas y otros tomaban como obligatorias, estaban orientadas de acuerdo con las capacidades naturales que se reconocían

como propias de cada sexo. De manera que, las niñas recibían cursos relacionados con economía doméstica, la gimnasia, dibujo y manualidades, por mencionar algunas; lo cual, permite tener un panorama de los roles y funciones establecidas en la época respecto al sexo. Además, en diversos discursos, se reconocía a las mujeres como el *ángel del hogar*, si consideramos la época histórica, a pesar de las transformaciones ideológicas y la incorporación paulatina de las mujeres al magisterio, se identifica un discurso patriarcal que deja marcadas las diferencias de los roles y funciones para las mujeres y los varones.

Aportaciones de Pestalozzi y Fröbel en el corpus pedagógico de la educación infantil

Con la aparición de las escuelas de párvulos, se comenzó a prestar atención a las necesidades específicas de las niñas y niños que aún no estaban en edad escolar, y se hizo imperativo generar una metodología particular para abordar su enseñanza. Los pedagogos Pestalozzi y Fröbel, tuvieron gran difusión en la prensa especializada y también en las escuelas normales, estos realizaron grandes aportaciones al método intuitivo. La *enseñanza objetiva* comprendía las doctrinas de ambos pensadores, unidas en un paquete pedagógico. Por ejemplo, siguiendo a Campos (2011) “Pestalozzi daba el fundamento teórico pedagógico y Fröbel el método práctico del mismo” (p. 7). Desde estos pedagogos, puede entenderse la importancia del jardín de niños, no sólo desde la mirada pedagógica sino también del impacto que representó su puesta en marcha para el orden público y político, sin perder de vista, la intención de recuperar sus planteamientos en el contexto mexicano y sobre todo en la época que nos ocupa. De forma que, la educación materna que planteó Pestalozzi en combinación con la propuesta institucional a través del jardín de niños que propone Fröbel, nos permite comprender que ambos enfoques articulan una trama compleja que pone de relieve el fomento de virtudes públicas de ciudadanía como las privada a través de la educación materna (Taylor, 1989). Lo anterior, se

ilustra a partir de un breve recuento de sus principales postulados, los cuales se enuncian a continuación.

Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827) fue un pedagogo de origen suizo que se interesó en erradicar la educación memorística, árida e intelectual. Emilio Castelar describe en el periódico *El Liberal*, a Pestalozzi como un reformador y defensor de la igualdad; en dicho artículo, da cuenta de la dedicación que demostró hacia la infancia atropellada por los impactos de la guerra contra Francia. Castelar presenta a Pestalozzi como un redentor cultural, con firmes convicciones en la educación, donde sus recursos más recurrentes fueron la naturaleza y el universo (Montes y Beas, 1998). Propuso la teoría de la educación intuitiva (Vilchis, 2012), dicha teoría, propone que:

[...] todo conocimiento debe proceder de la intuición y poder ser reconducido a la intuición [...] reconociendo en la intuición el fundamento absoluto de todo conocimiento, de lo que deriva un planteamiento clave en la propuesta de Pestalozzi, esta es, la que refiere la enseñanza de las cosas antes que las palabras, es decir, la experimentación y manipulación de los objetos antecede a la explicación y descripción de las mismas, juntamente con la revolución de la impresión que el objeto produce en los sentidos. (Pestalozzi, citado en Rodríguez y Martínez, 2005, p. 935)

Como puede verse, la experiencia sensorial resulta un principio importante en la teoría de la educación intuitiva, ya que es el contacto con los objetos y las cosas el punto de partida para su comprensión y análisis. Por otro lado, se reconoce que este pedagogo basó sus planteamientos en la teoría de la educación materna (Taylor, 1989), de forma que la concepción del jardín de niños fungía como una extensión del proceso formativo en casa.

Es por ello, que las virtudes cívicas parecieron un puente importante con los ideales de la educación

porfiriana, ya que conducían a la formación de la ciudadanía. En una de sus contribuciones titulada *Cartas de Pestalozzi dirigida a las madres*, publicado en la Revista *Educación Moderna*, el autor, propone un conjunto de recomendaciones a las madres destacando su función mediadora en el desarrollo de virtudes morales bajo la lógica religiosa. Desde este escenario, el papel de las mujeres estaba orientado hacia la “[...] sumisión, humildad, cariño, trabajo, piedad, abnegación [...]” (Montes y Beas, 1998, p. 168). Más adelante, podremos observar un contraste en lo enunciado sobre la educación como vehículo para la formación ciudadana, ya que mientras Pestalozzi lo plantea como una tarea de las madres del hogar, Fröbel coloca a la institución pública como respuesta ante la esfera privada que representa la familia.

El movimiento continuó siendo sólo para un pequeño sector de mujeres, reconociendo únicamente sus necesidades, provocando que éste pasará desapercibido; no fue hasta los años 60 y 70 que gracias a la propuesta teórica de Simone de Beauvoir en su obra *El segundo sexo* (1949), se sentaron las bases para impulsar una segunda ola feminista. Con la aparición de la categoría de género y los “[...] movimientos sociales de lucha por los derechos civiles de la población afroamericana, los movimientos pacifistas, movimientos estudiantiles, la nueva izquierda y el auge del Black Power” (Díaz y Torrado, 2018, p. 293) se buscó señalar e investigar las diferentes formas de violencia por razones de raza (color de piel) y género que atentaban contra las mujeres.

Estas ideas tuvieron gran repercusión en Friedrich Fröbel (1782-1852), pedagogo nacido en Alemania, quien las retomó de manera crítica. Cabe destacar que su formación científico naturalista le permitió reflexionar que la naturaleza es la integradora de los organismos en un todo ordenado por la divinidad (Taylor, 1989). Es importante advertir que, tanto para Pestalozzi, como para Fröbel, la figura materna representó un personaje clave en sus postulados,

ya que su historia de vida nos permite entender la feminización del espacio escolar en los primeros años de vida en conjugación con los valores religiosos. Para ambos preceptores, el ambiente religioso promovía el orden y el trabajo, además de valores asociados con la humildad, la piedad y la devoción, sin embargo, carentes de afectividad y libertad. Es por ello, que sus propuestas apelaron por el fomento en dichos valores incorporando el cuidado y acompañamiento de la dimensión socioafectiva. Es preciso recordar que, su propuesta emana de un contexto convulso en Alemania en donde el proyecto del Kindergarten tuvo poca aceptación a diferencia de los Estados Unidos que aceptó con mayor éxito la puesta en marcha de estos centros escolares. Esta diferencia, fue estudiada por el sociólogo alemán Ralf Dahrendorf quien demostró que, más allá de las cuestiones pedagógicas, en Alemania hubo resistencias para la implementación del Kindergarten, debido a cuestiones de orden político. Puesto que:

[...] la tradición conservadora destaca virtudes privadas o de introversión, como la piedad, profundidad y el respeto, y mantienen límites rígidos entre lo público y lo privado, las sociedades liberales (entre las que incluye a Estados Unidos) tratan de abrir la esfera privada a las virtudes públicas de la sociabilidad, la buena ciudadanía y la responsabilidad política. (Dahrendorf, s.f., citado en Taylor, 1989, p. 114)

La vinculación entre el desarrollo integral y lo lúdico fue desarrollada en el siglo XVIII y en el XIX por Fröbel a quien se le atribuye haber acuñado el término *Kindergarten* (Jardín de niños). Propuso una pedagogía centrada en la individualidad de las y los infantes, con procedimientos y materiales específicos, y adecuados a su edad, con los que pudieran desarrollar plenamente todas sus facultades. Consideraba que, desde los primeros momentos de su vida, la niña y el niño precisaba ser puesto en contacto con la naturaleza, y tener ocupados sus sentidos y su mente, para lograr distinguir su mundo

interior del exterior. Fröebel se preocupaba tanto por el desarrollo integral de niñas y niños, que da consejos a las madres para que les velen todo el tiempo, que no les dejen solos, e incluso menciona qué es lo que deberían comer y cómo vestir (Vilchis, 2012). En los textos *La hoja de doblar de Fröebel* y *El Noveno Don de Fröebel* rescatamos las siguientes argumentaciones respecto del proceso formativo en las escuelas y el seguimiento en casa para el desarrollo de las capacidades volitivas:

En los niños más pequeños que empiezan a jugar, se mueve una inclinación para medir el espacio; ya la mayor parte de sus juegos son basados en medir espacios. Observando un pequeño niño, vemos cómo junta sin ninguna dirección especial, tablitas, piedrecitas y otras cosas, formando círculos y otras figuras. Sobre todo, es necesario despertar temprano en el aprendizaje la libre voluntad, lo que casualmente se aprende por medio del juego. Si tomamos severo interés en llenar en nuestras escuelas el referido vacío, entonces es necesario que tales juegos sean recomendados a las madres y a las personas a quienes están encomendados nuestros hijos y que los profesores sigan con empeño edificando sobre este cimiento. (*La Escuela Moderna*, 1981, citado en Campos, 2012, p. 3)

La implantación del Kindergarten comprendió el desarrollo de siete objetivos propuestos por Fröebel: 1) encargarse de cuidar a los infantes en edad no preescolar, 2) ejercer una influencia benéfica en su desarrollo y naturaleza individual, 3) promover el desenvolvimiento de sus facultades corporales, 4) ejercitar sus sentidos, 5) agilizar la cognición y mantener el interés, 6) vincular a los infantes con el mundo que les rodea, con la naturaleza y con el ser humano y 7) guiar su corazón y alma según los preceptos divinos (Pineda, 1964). Respecto a los métodos pedagógicos, estos tenían la función de

despertar la conciencia a través de la manipulación de los objetos, ya que esta acción “[...] representaba simbólicamente la relación del individuo con el todo y de la diversidad con la armonía” (Taylor, 1989, p. 115).

Reflexiones finales

La introducción de la pedagogía moderna y el fortalecimiento de la educación superior en la época porfirista, permitieron concebir a la educación como elemento unificador del sentimiento patriótico y la moral de los buenos ciudadanos. El proyecto educativo se enfocó en el desarrollo de las facultades intelectuales, físicas y morales de las y los educandos. La educación de las primeras letras, se consideró que debía estar a cargo exclusivamente de mujeres, ya que ellas eran las únicas que podían brindar los cuidados maternos y delicados que se necesitaban: “[...] era un sobreentendido que ciertos rasgos de su carácter, como el amor, la bondad y la paciencia, la capacitaban mejor que al hombre para desempeñar el magisterio” (Bazant, 2006, p. 133). Como parte de la reflexión en torno a la educación infantil, hubo también debates sobre las escuelas para párvulos, que se identificaron como necesarias para iniciar la formación de los niños y niñas que aún no estaban en edad de cursar la primaria. Aunado a estas se reconoce que, desde el periodo porfirista, la feminización del magisterio cobra sentido, desde aquella época, hasta la actualidad, los jardines de niños poseen una estructura feminizada de manera predominante.

Tomando en cuenta lo anterior, resultó relevante hacer un breve análisis de las propuestas teóricas y metodológicas hechas por Pestalozzi y Fröebel. A pesar de la difusión que tuvieron las ideas de ambos pedagogos en nuestro país, Pineda (1964), menciona que no fueron puestas en marcha de la manera más adecuada en la mayoría de los casos, ya que no se conocían a fondo los postulados que las sustentaban, además, que se adecuaron a las características y necesidades que prevalecían en

nuestro contexto. En México fue la sistematización del juego libre y de las técnicas didácticas con lo que se buscaba que la disciplina y el orden rigieran el desenvolvimiento al interior del jardín. Sin embargo, el juego libre, espontáneo y natural era sometido y condicionado por las limitaciones y reglas de las escuelas, cuestión que escolarizaba la propuesta de Fröbel. Esta apropiación, así como las discusiones expuestas en torno a los postulados metodológicos, se dieron al interior de las escuelas normales, en las que se formaron las maestras que se harían cargo de esta *primera educación* (Vilchis, 2012).

Las coincidencias o el apego a los preceptos y metodología de estos pedagogos en el contexto mexicano pueden ubicarse por la importancia del juego al aire libre y los paseos escolares, que, en ambos casos, buscaban la vinculación con la naturaleza y el fomento del pensamiento intuitivo a través de la observación y la manipulación de los objetos. No obstante, su puesta en marcha tuvo algunas limitaciones en tanto que uno de los preceptos de Fröbel apuntaba al rechazo de toda forma de coacción y autoritarismo por parte del educador, cuestión que difícilmente pudo ser resuelta en la época del porfiriato. Además, recordemos que, bajo las ideas del positivismo, el orden, el control y la disciplina fueron elementos que se trasladaron al campo educativo. Con todo ello, es preciso advertir los alcances de estas propuestas pedagógicas tanto en su dimensión teórica como en la operativa.

Es relevante reconocer los avances en los postulados filosóficos y pedagógicos de Pestalozzi y Fröbel sobre la formación infantil, ya que, para su época, fue importante romper con la tradición enciclopedista emanada de la Escuela Lancasteriana. También, fue de suma relevancia proponer un espacio previo a la escuela primaria, en tanto que, el jardín de niños representó para estos pedagogos un peldaño para el fomento de la socialización y el desarrollo de capacidades cognitivas y sensoriales acordes con su

desarrollo evolutivo. Por otra parte, se descoloca que la formación inicial es tarea de los centros escolares, lo cual promovió la interacción entre las escuelas y las familias, puesto que ambos promovieron recomendaciones para las madres de familia sobre la alimentación, el juego, los ritmos y tiempos para el aprendizaje en casa. Lo anterior, obedece no sólo a las transformaciones para la educación preescolar, sino también a los cambios en la estructura de la familia y las pautas de crianza. Como se mencionó líneas arriba, la propuesta de los jardines fue importante para romper con la dicotomía de lo privado y lo público. Esta reflexión, nos lleva a destacar el cuarto punto sobre, la transición que representó esta propuesta con una amplia orientación moral, orden y disciplina.

Finalmente, lo que podemos destacar de los planteamientos tanto de Pestalozzi como de Fröbel es la centralidad del niño en el proceso educativo, en tanto protagonista de su propia educación. Esta cuestión es sumamente importante, ya que pone la atención en una etapa evolutiva del ser humano que no había sido considerada cultivar y más allá de su instrucción, concebirla como una etapa diferente a la vida adulta. Aunado a ello, la consolidación de virtudes se planteó como un proceso libre y armónico, no como un proceso inducido o forzado. En nuestro país, su implementación se correspondió con los ideales del proyecto porfirista, lo cual, tuvo un sesgo orientado al orden y el progreso. En donde la disciplina condicionó la puesta en marcha de los dones de Fröbel, pero fortaleció la participación de mujeres educadoras y el papel de los valores cívicos y públicos.

Referencias bibliográficas

Bazant, M. (1993). *Historia de la Educación durante el Porfiriato*. El Colegio de México.

Campos E. L. (2011). Federico Fröbel y la educación en México. *Memoria electrónica del XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*. http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v11/docs/area_09/1306.pdf

García, A., Arcos, J., y Sáenz D. (2022). *Las*

disertaciones. *Certificar y titular al alumnado de la Escuela Normal Primaria de Xalapa 1890-1911. Una ventana a la cultura escolar.* Biblioteca Digital de Humanidades.

Martínez, A. (1973). La educación elemental en el Porfiriato. *Historia Mexicana*, 22(4). 514-552.
<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2931/2438>

Montes, S., y Beas, M. (1998). Presencia de Pestalozzi en la Escuela Moderna (1891-1934). *Revista Complutense de Educación*, (9), 1, 165-176.

Pineda, Z. (1964). *Educación de párvulos en México.* Fernández Editores S. A.

Rodríguez, Ma. de los A. y Martínez, S. G. (2005). En el umbral de la pedagogía mexicana. José Manuel Guillé 1845-1886. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, (10), 26, 931-950.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=140/14002615>

Taylor, A. (1989). Vivamos con nuestros hijos: Los movimientos en defensa del jardín de infancia en Alemania y en Estados Unidos. 1914. *Revista de Educación*, 290, 113-134.

Vilchis, M. I. (2012). *Federico Fröebel y el surgimiento del Jardín de Niños durante el Porfiriato*, [Monografía de Licenciada en Pedagogía, Universidad Pedagógica Nacional Unidad Ajusco].

El programa fuerte de sociología cultural: esfera civil, performances e iconos

Nelson Arteaga Botello*

El presupuesto del trabajo del sociólogo norteamericano Jeffrey C. Alexander (Centro de Sociología Cultural, Universidad de Yale) es que la cultura es una esfera que posee autonomía con respecto a otras esferas de la vida social -tales como la economía, la política y la estructura social- y que, además, tiene efectos de causalidad sobre ellas. Este planteamiento que sugirió Alexander hace ya algunos años le permitió tomar distancia de las interpretaciones de la llamada *sociología de la cultura* que se asume como un programa débil de sociología. Es débil porque afirma que el mundo de los símbolos y sus significados, así como de los sentidos que produce, son en realidad variables dependientes o están apuntalados fuera de la cultura: como en la economía, el poder o las relaciones de fuerza. Con la propuesta de Alexander el mundo de la cultura logró una autonomía que le permitió no quedar sujeto invariablemente a las estructuras, siempre consideradas como *más reales y objetivas*, de las esferas económicas y políticas, como si fuera el último eslabón de las relaciones causales pautadas por el poder y la producción económica.

Palabras clave

Sociología cultural

Esfera civil

Performances

Iconos

*Profesor investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-México). Doctor en Sociología por la Universidad de Alicante. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel III. Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias desde el 2011. Colaborador en el Centro de Sociología Cultural de la Universidad de Yale. Entre sus publicaciones más recientes está el libro *Semántica de la violencia: revuelta y asesinato político en México*, publicado por Palgrave-Macmillan en la colección Cultural Sociology. nelson.artea@flacso.edu.mx

Abstract

The assumption of the work of the American sociologist Jeffrey C. Alexander (Center for Cultural Sociology, Yale University) is that culture is a sphere that has autonomy with respect to other spheres of social life -such as the economy, politics and social structure- and that, in addition, has causal effects on them. This approach that Alexander suggested some years ago allowed him to distance himself from the interpretations of the so-called *sociology of culture*, which is assumed to be a weak sociology program. It is weak because it affirms that the world of symbols and their meanings, as well as the meanings they produce, are actually dependent variables or are supported outside of culture: as in the economy, power or relations of force. With Alexander's proposal, the world of culture achieved an autonomy that allowed it not to be invariably subject to the structures, always considered more *real and objective*, of the economic and political spheres, as if it were the last link of the causal relationships guided by power and economic production.

El presupuesto del trabajo del sociólogo norteamericano Jeffrey C. Alexander (Centro de Sociología Cultural, Universidad de Yale) es que la cultura es una esfera que posee autonomía con respecto a otras esferas de la vida social —tales como la economía, la política y la estructura social— y que, además, tiene efectos de causalidad sobre ellas. Este planteamiento que sugirió Alexander hace ya algunos años le permitió tomar distancia de las interpretaciones de la llamada *sociología de la cultura* que se asume como un programa débil de sociología. Es débil porque afirma que el mundo de los símbolos y sus significados, así como de los sentidos que produce, son en realidad variables dependientes o están apuntalados fuera de la cultura: como en la economía, el poder o las relaciones de fuerza. Con la propuesta de Alexander el mundo de la cultura logró una autonomía que le permitió no quedar sujeto invariablemente a las

estructuras, siempre consideradas como más reales y objetivas, de las esferas económicas y políticas, como si fuera el último eslabón de las relaciones causales pautadas por el poder y la producción económica.

Más que un planteamiento que pretende sumar un enfoque complementario o distinto al universo de las teorías sociológicas de fin siglo, la propuesta de la sociología cultural es el resultado de un proyecto de reflexión, en el ámbito de la lógica teórica, destinado a resolver de forma innovadora la pugna entre las posiciones centradas ya sea la acción o el orden social, por un lado y, por el otro, las aproximaciones micro-sociales o macro-sociales. Al reconocer que la cultura tiene una autonomía relativa se asume que debe interpretarse como el resultado de una reflexión crítica sobre el problema del orden y la agencia que permite superar de manera exitosa esta dicotomía.

Alexander retomó en un sentido muy particular las discusiones en sociología relativas a la distinción y relación —referidas ciertamente al modelo parsoniano— entre acción, cultura y sociedad, al tomar en cuenta que cada uno de estos conceptos refieren al modelo parsoniano de patrones de sentido (el sistema cultural), necesidades psicológicas (sistema de personalidad) y reglas de interacción e institucionales (sistema social) (Alexander, 1998).

Si bien el modelo parsoniano buscaba dar cuenta de la interpenetración entre lo subjetivo y lo objetivo, el yo y la sociedad, así como entre la cultura y la necesidad, Parsons no desarrolló, a juicio de Alexander (1998), suficientemente un modelo multidimensional de análisis y se limitó a construir una teoría macrosociológica sobre las micro-fundaciones del comportamiento, ignorando el orden que emerge de la interacción. Alexander considera que el problema del proyecto de Parsons y de sus críticos no estuvo en el orden de las macro o micro fundaciones del comportamiento, sino que el concepto de acción confunde actores [*actors*] (las personas que actúan)

agencia [*agency*] (libertad humana, libre albedrío) y agentes [*agents*] (aquellos que ejercen el libre albedrío).

Esta confusión llevó en su momento a pensar la agencia como la capacidad que tiene cualquier sujeto racional para tomar decisiones a partir del conocimiento que posee y de las motivaciones que reconoce. En ese marco, la sociología se orientó a entender a los actores como personas que enfrentan la cultura y sus normas, así como la sociedad y sus interacciones como extrañas y ajenas al propio actor (Alexander, 1992). Para Alexander los actores [*actors*] no son sólo agentes [*agents*] en el sentido tradicional, las estructuras no son sólo fuerzas que constriñen a los actores [*actors*] desde fuera. La cultura y la personalidad [*personality*] son estructuras y fuerzas que confrontan la agencia desde dentro y se vuelven parte de la acción en sentido voluntario [*voluntary*]

Si existe, a decir de Alexander, una estructura que pueda ser localizada por afuera del actor es el sistema social, como conjunto de relaciones económicas y políticas que las personas recrean en las interacciones. Sin embargo, su funcionamiento depende de ser activadas por la acción. De tal suerte que “[...] esta reformulación de la teoría de la acción pone un énfasis particular en el ambiente de la acción cultural, la cual debe ser entendida como una estructura organizada interna al actor en un sentido concreto” (Alexander, 1998, p. 216). Así, la acción es “[...] un constante proceso de ejercicio de la agencia dentro, no contra, la cultura” (1998, p. 218). Esto significa que la agencia es una dimensión continua, no en vez de sino a un lado de las dimensiones de la creatividad y la invención: la agencia involucra la cultura, no es un proceso que se encuentra fuera de ella.

Desde esta perspectiva, la sociología cultural planteó una posición con respecto a la cultura muy diferente a la que desarrolló Parsons. Para este último, la cultura era una estructura que formaba parte de la acción y la organización social, pero no como un ambiente

de la acción en su sentido concreto. Parsons falló, según Alexander (1998), en conectar la cultura con el actor porque en su aproximación del sentido no pudo entender que los actores socialmente situados construyen valores a través de los actos del habla. De hecho, los valores resultan para Alexander una referencia limitada para entender la acción, en tanto siempre se deja fuera cualquier explicación sobre su naturaleza y los mecanismos que permiten entender cómo funcionan para orientar la acción. Esta falla que Alexander atribuye a Parsons no se debe a que este último no haya registrado la revolución de las perspectivas culturales en los años setenta —particularmente el giro dramático y discursivo—, cuyas principales cabezas fueron, entre otros, Kenneth Burke, Clifford Geertz y Paul Ricoeur. Alexander (1998) cree más bien que dicho soslayo obedeció en realidad a la poca simpatía que Parsons tenía por la cultura como sistema.

Al incorporar el giro dramático y discursivo de la antropología al debate sociológico, Alexander prestó atención al concepto de acción simbólica sugerido por Kenneth Burke (1941) y difundido posteriormente por Clifford Geertz. Para el primer autor, la acción simbólica es cualquier acción que proyecta una actitud o estado mental -en otras palabras, que representa algo- y que somete al cuerpo a una actuación sujeta a interpretación. En tanto que la acción humana es simbólica, sugiere Geertz, pierde sentido la cuestión de saber si es una conducta estructurada, o una estructura de la mente, o hasta las dos cosas juntas o mezcladas, ya que es una acción que significa algo, “[...] lo mismo que la fonación en el habla, el color en la pintura, las líneas en la escritura o el sonido en la música” (Geertz, 2003, p. 24). De esta manera, la acción termina por ser un proceso permanente de externalización o representación que está conectada naturalmente con la agencia.

Este planteamiento implica, siguiendo una línea de reflexión del filósofo francés Paul Ricoeur (1971), que

las acciones -en tanto manifestaciones cargadas de sentido- deben ser tratadas como textos, explorando los códigos y narrativas, las metáforas, valores y rituales que se manifiestan en los distintos espacios de dominación institucional, como la religión, la clase, la raza, la familia, el género y la sexualidad. De esta manera -a decir de Alexander y Mast (2017)- la posición del filósofo francés resultó relevante para el proyecto de la sociología cultural, ya que permitió establecer qué es lo que hace importante el significado y qué hace que algunos hechos sociales estén tan llenos de sentido. Si la agencia está inherentemente conectada a la capacidad representacional y simbólica, la acción humana debe leerse a partir de sus propias reglas de enunciación e interpretación. Esas reglas se dan en el mundo de la cultura como un emplazamiento organizado de parámetros simbólicos entendidos significativamente. Esta reformulación que plantea Alexander enfatiza el ambiente cultural de la acción, la cual debe ser concebida como una estructura organizada interna al actor en un sentido concreto.

Esto garantiza que la acción pueda ser interpretada como una experiencia de sentido entre otros actores. Pero, sobre todo, hace posible que la acción simbólica adquiera una forma cultural que se sustenta así misma, independiente de las presiones que aparentemente ejercen otros sistemas -político y económico- sobre el propio mundo cultural. Este último debe ser entendido como socialmente relevante en el análisis sociológico porque está constituida de una narrativa y códigos particulares que la sustentan en sí misma. Esto es lo que permite afirmar a la sociología cultural que existe una autonomía de la esfera de la cultura con relación a otras esferas de la vida social. Así, la sociología cultural puede sostener que las acciones no son totalmente racionales y estratégicas, y que las instituciones no son tampoco coercitivas por necesidad. Una vez que se comprende el sentido de la acción social en términos culturales es posible intentar dar un paso más allá y observar cómo la cultura se conecta o imbrica con el poder, la razón estratégica y

las estructuras del mundo de la producción económica. Esta forma de pensar la acción y la cultura tiene implicaciones relevantes para examinar los sistemas sociales y sus partes. La acción colectiva e institucional expresan la presencia de una red de códigos, narrativas y símbolos que se encuentran en el fondo de la sociedad y que permiten la cohesión de esta última. De esta manera, Alexander deja claro que su propuesta de sociología cultural se encuentra vinculada estrechamente con los últimos trabajos de Durkheim, en la medida en que pretende colocar el significado y los sentimientos en el centro del análisis social. Pero, por otro lado, también de Weber, quien mostró que la cuestión del significado es central para entender las dinámicas detrás de la organización de la sociedad, los motivos, las emociones y las creencias de los actores. Sin embargo, Alexander retomará el planteamiento de Durkheim sobre la sociología de la religión para señalar cómo los individuos y colectivos mantienen la división del mundo entre espacios sagrados y profanos, incluso en las sociedades modernas. Por otro lado, retomará de Weber el peso que tiene la definición del bien y el mal social en la definición de lo justo y lo injusto en las sociedades contemporáneas. Para la sociología cultural estos son temas centrales que se encuentran pautados en las sociedades democráticas por las disputas que se dan en la esfera civil.

Por esfera civil Alexander entiende el campo en el que se sostienen de forma crítica e integrada las aspiraciones y capacidades universalistas de solidaridad, pertenencia, así como los procesos emocionales que se derivan para que las personas estén conectadas en colectividad. Es un campo de subjetividad y moralidad independiente, empíricamente diferenciado y moralmente más universal que las esferas no civiles, como el mercado, la religión o el Estado. La esfera civil, al ser un campo al mismo tiempo crítico e integrado de solidaridad, se convierte en un espacio en el que las acciones de personas y grupos están sujetos constantemente a interpretación abierta, lo que genera al interior

de la esfera civil disputas sobre las cualidades y el sentido de la acción de sus actores. La estructura interna del código de la esfera civil conceptualiza el mundo, a decir de Alexander, entre aquellos que son merecedores de inclusión y aquellos que no lo son, de la misma manera que no existe religión que no divida el mundo entre lo sagrado y lo profano.

A veces a los actores se les considera buenos o malos, otras, amigos o enemigos, y otras más, ciudadanos o no ciudadanos. En la medida en que se les imputan estas categorías, sus acciones son valoradas de manera moralmente distinta. Actos de corrupción o violencia, de disculpa y perdón, manifestaciones de apoyo y protesta frente a problemas como la pobreza o el uso de la tecnología, son juzgadas de manera diferencial en la esfera civil. Para Alexander esta forma de tipificar la acción de personas y grupos se construye a partir de narrativas binarias.

Esto permite comprender la razón por la que en una misma sociedad se pueden encontrar posiciones opuestas sobre un mismo tema: dichas posiciones expresan la confrontación de mundos morales distintos, pero que comparten un marco de patrones, normas y códigos culturales, que provee a los grupos en conflicto de un medio común de comunicación, más allá de sus demandas diferenciadas y de sus decisiones estratégicas (Alexander, 2018). Así, los intereses particulares están enmarcados en un conjunto de códigos democráticos que proporcionan un lenguaje común a los grupos en pugna. Al respecto Kivisto y Sciortino (2015) han señalado que este es el punto más relevante del concepto de Alexander, ya que incluso en contextos de profunda desigualdad y opresión radical, hay una paradójica adherencia a los códigos y significados de la vida civil, no sólo para los oprimidos, sino por los opresores: “Todos los grupos en la esfera civil poseen la capacidad moral de reconocimiento, y los conflictos sobre los recursos y la adscripción son siempre conflictos sobre la interpretación” (Kivisto y Sciortino, 2015, p. 13).

Estos conflictos sobre la interpretación si bien tiene relevancia por lo que ponen en juego en términos discursivos y morales, lo son aún más por las consecuencias que tiene al generar procesos de solidaridad social en términos concretos. La esfera civil se institucionaliza por y a través de organizaciones que conectan los procesos emocionales, las aspiraciones y capacidades de solidaridad en categorías interpretativas en el tiempo y el espacio. La esfera civil no es, por tanto, sólo un campo de subjetividad y moralidad, sino un complejo conjunto de instituciones comunicativas –medios de comunicación, la opinión pública y los movimientos sociales– y regulativas –partidos políticos, elecciones, cargos públicos y los sistemas de justicia–, que traducen las disputas en la esfera civil en acciones gubernamentales, reformas legislativas o en procesos de inclusión o exclusión social. En otras palabras, estas instituciones cristalizan de alguna manera la solidaridad, los derechos colectivos y las obligaciones morales. Transforman las concepciones acerca de la pureza e impureza de los motivos y las relaciones sociales en mecanismos normativos de las relaciones sociales. Articulan las demandas de reparación civil, libertad y represión de manera concreta. Instituciones como la ley, la función pública, los partidos políticos, las organizaciones de la sociedad civil, los medios de comunicación proporcionan a la solidaridad medios institucionales específicos a través de sanciones y reconocimientos.

El planteamiento que se hace de la sociología cultural de una teoría de la esfera civil ha permitido desarrollar un conjunto de perspectivas analíticas de alcance medio orientadas a comprender de manera fina cómo los grupos y actores sociales movilizan códigos para representar sus demandas sociales en momentos y espacios determinados. Por un lado, la sociología cultural ha recuperado los conceptos de performance, drama social y teatralidad —que se retoman de los trabajos de Turner (1998) y Schechner (2012)—, para entender cómo se construyen las disputas en la

esfera civil, a partir de la manera en la que los actores, individual o colectivamente, despliegan hacia otros, de manera consciente o inconsciente, un sentido o significado de su situación social de vulnerabilidad, exclusión o agravio, así como la exigencia de reparación civil. Por otro lado, y siguiendo el trabajo sobre totemismo que realizó Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*, el programa fuerte dio recientemente un giro al examen de los íconos con el fin de dar cuenta de la materialidad del mundo moral en las sociedades contemporáneas. Los íconos son condensaciones simbólicas de sentido social que se cristalizan en formas materiales (Alexander, 2010). Dichas cristalizaciones hacen visibles una serie de abstracciones morales a través de las cuales se conocen y clasifican ciertos aspectos del mundo social. La fuerza del ícono no tiene que ver con la materialidad del objeto, sino con los atributos y juicios que se le imputan. De esta forma, la sociología cultural abre un campo de análisis para comprender la constitución de nuevos tótems modernos -figuras del espectáculo, la política, monumentos, vestimentas, alimentos, bebidas, máscaras, entre otros- que de alguna manera regulan las disputas morales de nuestras sociedades. La sociología cultural y su programa fuerte han logrado durante las últimas tres décadas consolidarse no sólo como una perspectiva con plena carta de ciudadanía en la sociología, sino que han contribuido a ampliar el propio campo de espectros y temas de la disciplina. De ser un proyecto en constitución hace apenas algunos años, hoy se presenta como un proyecto sólido de comprensión de lo social más allá del contexto social donde emergió. Un ejemplo de esto es el reciente libro editado por Alexander y Tognato (2018) titulado *The Civil Sphere in Latin America*, en el que se desarrollan trabajos que permiten observar las dinámicas de la sociedad latinoamericana desde la teoría de la esfera civil. Un texto que plantea no sólo cómo abordar los problemas de la sociedad latinoamericana desde esta perspectiva, sino que sugiere desafíos teóricos y metodológicos

relevantes para esta aproximación teórica.

Referencias bibliográficas

Alexander, J., & Tognato, C. (2018). *The Civil Sphere in Latin America*. Cambridge University Press.

Alexander, J. (2018). *La esfera civil*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Alexander, J., y Mast, J. (2017). La pragmática cultural de la acción simbólica. En *Poder y performance* (pp. 7-24). Centro de Investigaciones Sociológicas.

Alexander, J. (2010). "Iconic Consciousness: The Material Feeling of Meaning", *Thesis Eleven*, 103(1), 10-25.

Alexander, J. (1998). *Neofunctionalism and After: Collected Readings*. Wiley-Blackwell.

Alexander, J. (1992). Recent Sociological Theory Between Agency and Social Structure. *Schweizerische Zeitschrift für Soziologie. Revue Suisse de Sociologie*, 18(1), 7-11.

Arteaga, N., y Arzuaga, J. (2016). Del neofuncionalismo a la conciencia icónica: ensayo crítico para pensar la sociología cultural de Jeffrey Alexander. *Sociológica*, 31(87), 9-41.

Arteaga Botello, N. (2010). *Rituales, dispositivos y performatividad. Un ensayo de sociología posclásica*. Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma del Estado de México.

Burke, K. (1941). *The Philosophy of Literary Form. Studies in Symbolic Action*. Louisiana State University Press.

Geertz, C. (2003). *La interpretación*

de las culturas. Gedisa.

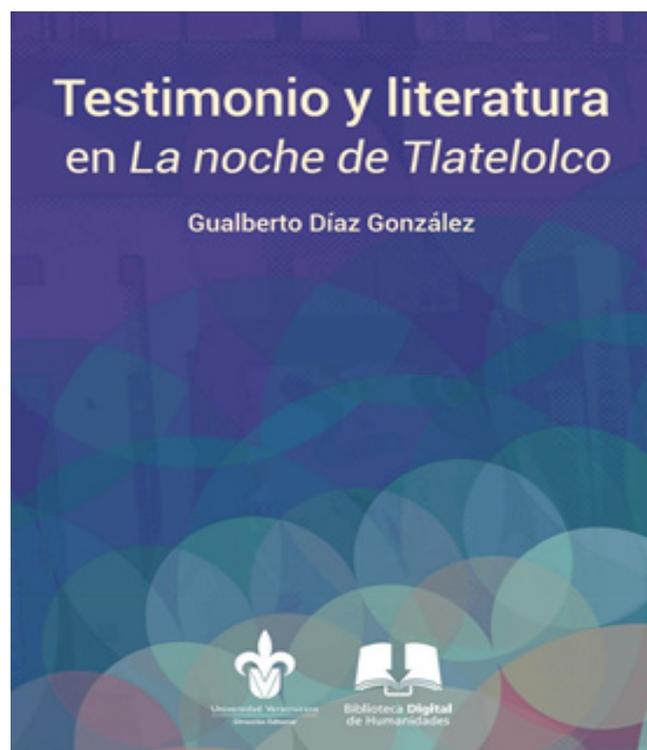
Kivisto, P., & Sciortino, G. (2015). Introduction: Thinking through the Civil Sphere. En P. Kivisto & G. Sciortino (Eds.), *Solidarity, Justice, and Incorporation: Thinking through the Civil Sphere* (pp. 1-31). Oxford University Press.

Ricoeur, P. (1971). The Model of the Text: Meaningful Action Considered as a Text. *Social Research*, 38(1), 529-562.

Schechner, R. (2012). *Estudios de la representación: una introducción*. Fondo de Cultura Económica.

Turner, V. (1998). *The Anthropology of Performance*. PAJ Publications.

Reseña



Díaz González, G. (2022). *Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco*. BHD. <https://www.uv.mx/bdh/files/2022/07/Testimonio-y-literatura.pdf>

Reseña del libro “Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco de Gualberto Díaz González (2022)

Daniela Rodríguez Contreras*

Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco de Gualberto Díaz González es producto de un análisis en torno a la lectura de la crónica que la periodista Elena Poniatowska publicó en 1972 bajo el título de *La noche de Tlatelolco: Testimonios de historia oral*. Es decir, Díaz González nos muestra la manera en la cual la fotografía y los testimonios se convierten en una plataforma procedimental que nos permite tener representaciones gráficas de lo narrado con base en una polifonía de voces y un caleidoscopio de imágenes que reflejan un contexto histórico situado en un tiempo, espacio y lugar específico: la plaza de las tres culturas en Tlatelolco como receptáculo de la acción colectiva, la protesta, el movimiento estudiantil y la represión política del sistema mexicano en los años 60.

Palabras clave

Análisis

Tlatelolco

Testimonio

*Licenciada en Geografía por la Universidad de Guadalajara (UdeG). Maestra en Geografía Humana por el Colegio de Michoacán (COLMICH). Estudia las relaciones ilegales desde una perspectiva de la geografía crítica. *Colaboró como coautora y autora en las obras Jóvenes y violencia en Jalisco: un enfoque multidisciplinario* (2017), *Ordenamientos y demarcaciones territoriales: viejas y nuevas geografías* (2018) y *Salud, drogas, violencia y narcotráfico. Una observación desde el occidente* (2022). Tiene una *Plaquette literaria que hace referencia a su última investigación titulada Vivo o sobrevivo: una trayectoria hacia mi libertad* (2021). dani.roco1594@gmail.com

Después de la segunda mitad del siglo XX pueden identificarse, sin especificar, las diversas directrices y perspectivas que salen de ellos incluidas sus contradicciones, me refiero, a los dos paradigmas que condicionaron, en gran medida, los estudios elaborados desde las ciencias sociales, es decir, el positivismo y el posmodernismo. Ambos proponen una forma específica de entender la realidad, por ejemplo: el primero se rige por una filosofía de lo general para su entendimiento (Creswell y Creswell, 2007) y el segundo posiciona a la diferencia mediante la especificidad de un hecho per se como el motivo de la investigación (Ramírez, 2003). En esta dicotomía, se establece lo que Díaz expresa como “la disyuntiva epistemológica, referencia versus ficción” (2022, p.13) que es una forma de reducir la mirada del investigador.

Por ello, el positivismo establece que sólo se hace ciencia (social) una vez que se recolecta información suficiente a través de métodos que validan que el problema estudiado existe más allá de nuestro pensamiento. Por otro lado, el posmodernismo considera que es mediante el análisis del discurso de la representación del hecho lo que propondría una forma de investigar 1) opuesta a la hegemonía positivista y 2) con la intención de integrar al proceso investigativo nuevas herramientas a considerar.

Aquí el lector o la lectora se preguntará ¿qué tiene que ver lo anterior con el texto que nos reúne el día de hoy? Nada más sencillo, existe una primicia que nos han hecho creer las ciencias sociales al momento de practicarlas (o querer hacerlo) y esto es que existe una pluralidad de perspectivas por las cuales se puede abarcar un objeto/sujeto de investigación. Lo anterior, cae en una contradicción al momento en el que las y los investigadores se ven enmarcados por todavía prácticas y métodos rígidos que, directa o indirectamente, se proponen desde los centros de formación. Esto trae como consecuencia que las investigaciones se encuadren

en formatos y lenguajes que son poco entendibles si no se forma parte de un grupo científico selecto, por lo cual, en el camino se pierden herramientas de análisis tan fundamentales como lo son el testimonio a través de la oralidad o las fotografías, ambas herramientas que nos propone el autor en su texto.

Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco de Gualberto Díaz González construye un análisis a través de un texto que expone lo que vivió la sociedad del centro de México después de los hechos ocurridos en 1968 en la capital del país, donde estudiantes fueron asesinados por medio de una represión política después de distintas manifestaciones, cuyo colofón, sucedió el 2 de octubre de ese año. Dicha conjunción de testimonios a través del relato y la fotografía fue integrada por la periodista Elena Poniatowska, convirtiéndolo así, en un libro de referencia a nivel internacional.

El antes mencionado sirve como excusa, y permítase aquí el término en su connotación positiva, para que Díaz (2022) proponga la existencia de dos herramientas de representación que nos permiten encontrar formas de obtener información y comunicar lo que ocurre en los múltiples territorios que coexisten en el quehacer investigativo, estas son el discurso testimonio y la fotografía como el paratexto que hace testigo de lo que sucede en las diversas realidades que nos entrecruzan.

En un análisis interconectado compuesto por una introducción, 5 capítulos y conclusión, el autor expone la forma en que, en un primer momento, el testimonio se rige como una herramienta utilizada en Latinoamérica incluso antes de la época de la conquista para dejar evidencia de los distintos contextos históricos que le dieron forma a esta región, pero no sólo ello, sino que el autor se posiciona políticamente al definir que el testimonio, a través de la oralidad, se plantea como una forma en la que

“[...] los que no tienen voz” dan su perspectiva de los hechos que vivieron, es decir, “[...] se asocia con lo subalterno” (Díaz, 2022, p. 29). Veremos entonces, que al reenfocar la importancia de esta técnica parece ser capaz de completar la historia contada desde los centros de poder, y al mismo tiempo, contradecirla con las otras realidades vividas por quienes no forman parte de ellos, lo que a su vez, la reconoce como una forma en la que un agente particular puede comenzar a analizar su contexto social.

Por otro lado, presenta a la fotografía como herramienta que no está ahí sólo para aumentar las cuartillas de nuestros textos, ni para hacerlos más estéticos, sino como un documento por sí mismo, cargado de intención, que permite a) obtener información de los procesos que investigamos y b) ser el portavoz de lo que queremos comunicar sobre nuestras investigaciones. A su vez, Díaz se posiciona de nuevo ante el uso de la misma al decir que la “[...] fotografía estaría confinada a significar junto con un texto” (2022, p. 44) y aunque confinar nos invita a pensarlo como un hecho determinado -y además triste- esto significa una nueva forma de escribir que nutre la manera en que comunicamos. Es lo que Massey (2008), desde su crítica al dualismo dicotómico de tiempo-espacio, invita a reconsiderar como dos entes distintos pero definidos en su relación: la fotografía se construye con el texto y viceversa.

En geografía siempre se plantean análisis desde distintas escalas siendo discursivamente extremos opuestos lo global y lo local, en este texto, se plantea la necesidad de dar opción a aquellas que luchan día a día, de darles un eco, esa voz de narradora como una vía para que el espacio-tiempo local tenga proyección internacional a través de medios que permitan su representación y un mejor entendimiento. Defiende el autor así no sólo la estética bella del texto, que a veces, nos consta, es vacua y poco poderosa, sino que lo posiciona como un medio político para entender lo que sucede en Latinoamérica; es así que el testimonio

es a la periferia lo que la historia oral al primer mundo, es el medio de comunicación de la otredad y, si Daniela Rea (2020) dice que el dolor nos une, el dolor que nos atraviesa por un sistema neoliberal que busca explotarnos también se escribe, también se representa.

Con lo anterior, el autor no busca caer en la simplificación posmoderna, la cual, sostiene que la representación es porque existe y que, en su afán de deslindarse de otros posicionamientos teórico-metodológicos, también se deslinda de la necesidad de contextos para entender un hecho local. Díaz (2022) es consciente que lo que busca explicar a través del testimonio y la fotografía son el resultado de procesos sociales que tienen vida y están en constante cambio y que además están entrecruzados no sólo por relaciones locales que sucedieron en ese lugar y momento, sino que las atraviesan diferentes escalas que configuran los episodios históricos.

En este contexto, *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska, es el mejor ejemplo para ver cómo ambas herramientas desempeñan su papel, pues en su quehacer periodístico, ella presenta una visión que conjunta diversos testimonios con múltiples perspectivas de lo que se vivió aquel 2 de octubre de 1968 cuando el Estado Mexicano accionó en contra de la sociedad estudiantil. No importa lo bello, ni lo que informa, tampoco cuáles fueron las perspectivas de los altos mandos y las excusas que puedan darse de por qué actuaron como actuaron, sino las violencias de aquellas y aquellos que los encararon.

En este texto, bien lo analiza el autor, se utiliza el testimonio y la fotografía para nombrar lo innombrable. Quizá Poniatowska tuvo razón en quitarse la voz y ser el medio de quienes padecieron esa masacre, pero que no se confunda el no tener voz con que no importa que tan objetivo queramos construir un texto, ya que siempre se hará mediante nuestra propia intención y esto va a tener sesgos. Es además una buena muestra de lo

que estas herramientas pueden hacer, al final, este testimonio construido de muchos tiene resonancia internacional, espacial y extra temporal; nos muestra las voces de aquellas vencidas y las refuerza de poder posicionándolas porque al final no estamos lejos de ese espacio-tiempo, si lo analizamos detenidamente, pareciera que estamos allí, repitiendo a su vez, lo que nos recuerdan las y los historiadores: quien sabe de historia no está condenado a repetirla.

Concluyo esta reseña planteando algunas dudas que el análisis del autor me genera en el quehacer investigativo relacionado a estas dos técnicas. Como investigadora soy parte de lo que investigo y esa es una relación recíproca que a ambos agentes nos cambia, involuntariamente (o no). Por ello, Díaz (2022) nos dice que no podemos alcanzar la supuesta neutralidad valorativa, puesto que las y los que no dedicamos a la investigación tendemos a relatar o editar bajo la lógica del narrador o testigo.

Pero además de ello me pregunto a partir de los ejemplos que da para entender el testimonio: ¿cómo los aterrizamos a una herramienta que va más allá de estas grandes obras literarias y periodísticas que exponen sucesos políticos que ocurrieron en América Latina en el siglo pasado? Porque muchas veces es sólo a través de estos contextos históricos que se nos permite hablar del testimonio como una técnica válida, ¿es tanto el poder del mismo que sólo se permite hablar en pasado porque los hechos de la actualidad recrudecerían lo que vivimos en contextos de violencia como el mexicano?

Por último, Díaz (2022) nos da opciones que hay que tomar con cuidado y determinar sus limitaciones, ya que no hay que hacer énfasis en las entrevistas estructuradas que a veces poco podemos aplicar porque ni terminamos de entender o nuestras investigaciones no nos dan para ello. Existe la posibilidad de analizar las historias de vida, ese testimonio, la posición de las sujetas y los sujetos en su cotidianidad a mayor profundidad,

de utilizar eso que la ciencia nos ha dicho que no es ciencia (las artes, la fotografía, pintura, la música, la poesía) para darle sentido a eso que se percibe como otredad maligna y que resulta ser una parte constitutiva de nuestro territorio.

Referencias bibliográficas

Creswell, J. W., y N. Poth, Ch. (2007). *Qualitative inquiry & research design: choosing among five approaches*. Sage Publications.

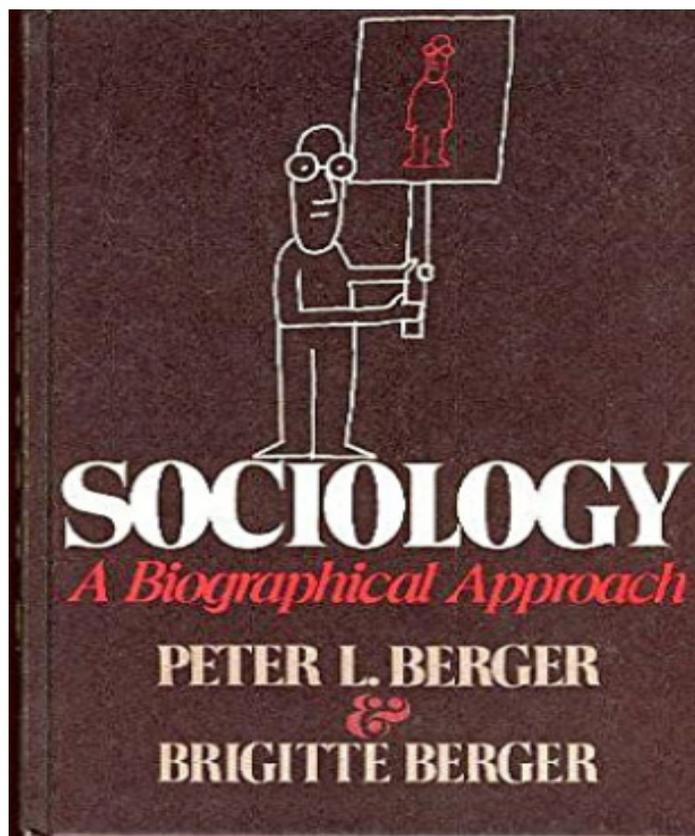
Díaz González, G. (2022). *Testimonio y literatura en La noche de Tlatelolco*. BDH. <https://www.uv.mx/bdh/files/2022/07/Testimonio-y-literatura.pdf>

Massey, D. (2008). *Politics and Space/Time*. Routledge.

Ramírez Velázquez, B. R. (2003). *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio. Un recorrido por los campos de las teorías*. Universidad Autónoma Metropolitana.

Rea, D. (2020). *Ya No Somos Las Mismas. Y Aquí Sigue La Guerra*. Grijalbo.

Traducción



Berger, P. L., y Berger, B. (1972). *Sociology, A Biographical Approach*. New York London: Basic Books, INC.

CHAPTER 7: THE STRATIFIED COMMUNITY
CAPÍTULO 7: LA COMUNIDAD ESTRATIFICADA

Miguel Ángel Vásquez Montano*

Introducción y Filosofía en el seminario Regional de Veracruz, en Xalapa, Veracruz. Bachiller en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma, Italia. Maestría en Sociología en la Universidad Iberoamericana. Doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad Iberoamericana. mavmontano@gmail.com

Meeting different types of people: social differentiation

To grow up in society is to learn more and more about how very different people are from each other. Little boys are different from little girls; all children have something in common against adults; there are old people and young people; there are Protestants and Catholics; there are people who speak with an accent; there are doctors, teachers, babysitters, mailmen, policemen and handymen. All these people are not just different as individuals, but they are different as social types. That is exactly the point: differences are made in society between people not only because of their individual characteristics but because of the larger groups to which they belong.

Broadly speaking, it is this experience which underlies what sociologists commonly call social differentiation. A very basic question for the sociological analysis of any society is the manner in which it is differentiated, that is, the social typology which is operative in that society for the classification of its members. Learning this typology is one of the basic tasks of socialization. However, hand in hand with the experience of social differentiation goes another experience. People are not only different from each other in terms of their assignment to a certain typology but they are ranked differently in accordance with these assignments. The doctor is not only different from the handyman but he is deemed to occupy a higher position in society. This, of course, is not so with all cases of social differentiation. The doctor is generally deemed to be on the same level as the lawyer. Some differences, then, have a kind of altimeter attached to them - as soon as we know which social type an individual belongs to, we are in a position to say how high up he is in the ranking scale of society. This phenomenon of ranking is what sociologists call social stratification, and the various ranks are called strata.

Little Johnny is the son of a doctor. Little Jimmy is the

son of a handyman. Their meetings (say, in a public school or public playground) are occasions of mutual wonder and, quite possibly, terror. Not only is it very clear that little Johnny has more money invested in him than little Jimmy, and not only does this particular difference have all sorts of obvious consequences - from the size of the family residence to the quality of Johnny's dental care - but there are many other differences not so readily translated into money terms. Johnny has been taught a whole set of "good manners" which, to Jimmy, just look plain sissy. Jimmy, on the other hand, appears to Johnny as frighteningly prone to violence. In situations of conflict in which Johnny has recourse to verbal argument, Jimmy is ready to fight with his fists. But if Johnny is frightened by Jimmy's physical aggressiveness, he is also fascinated by Jimmy's independence. At an age when Jimmy is free to roam not only the playground but the whole neighborhood, Johnny is still accompanied everywhere he goes by mother, mother's helper, babysitter or other irritating adults. The language of the two boys differs, too. Jimmy probably has a more colorful repertoire of obscenities, but Johnny is much more free to use whatever obscenities he knows, even at home. Music that Johnny has learned to appreciate as beautiful is just dull noise to Jimmy - and quite possibly, vice versa. Moral judgments differ as well. Thus little Jimmy may find it perfectly natural for a black child to be chased from the playground, while Johnny may develop acute guilt feelings about this act of persecution.

In all of this, for both boys there takes place a process by which the essentials of stratification are learned. Needless to say, the full implications of what is learned become clear only much later. This learning process not only conveys information about the world but provides measurements to place others on a ranking scale. Much more basically, because of the fundamental dynamics of socialization that we have discussed earlier, the same learning process leads to a definition of self. The child learns to identify himself within a ranking scale. And normally, the social patterns, manners, tastes and values that go with his particular rank become important ingredients of his

identity. To be sure, he may later rebel against these, but they will nevertheless have played a very important part in the shaping of his biography in society.

The sharpness of the experience: geographic differences

Such a learning process will take place regardless of the type of community a child happens to be born in. But clearly there are differences in the experience of stratification between types of community. Thus there would be considerable differences in the relationship between little Johnny and little Jimmy depending upon whether they are growing up in a large city, a small town or a suburb. Very probably, it is in the small town that the experiences of stratification are sharpest and most clearly perceived. In the large city, to be sure, there are many more different types of people and a much more complex order of stratification, but also different groups of people are more segregated from each other so that the movements of confrontation are fewer. The suburban situation is generally characterized by considerable homogeneity of strata. Thus, in many suburbs in which people like Johnny's parents live, it is quite possible that he would go right through childhood without ever meeting anyone like Jimmy in a situation of close contact.

Class, race and ethnicity

The phenomena of stratification that we have just alluded to are those which are commonly called (not only by sociologists but in ordinary usage) phenomena of class. Just what this term may mean we will discuss presently; for the moment, suffice it to say that all the differences between Johnny and Jimmy that we have just talked about are those deriving from the different class positions of their respective families. In American society, however, the experience of stratification is further complicated by two other factors, namely, those of race and ethnicity. The latter is a term coined by American sociologists and peculiarly applicable to American society only. It refers to those cultural traits

retained by immigrant groups to this country from their original home culture. If, for example, Johnny's parents are the grandchildren of Yiddish-speaking Jewish immigrants from Eastern Europe, while Jimmy's father was born in Greece, there is likely to be a strong ethnic component to their mutual bewilderment that will be added to the experience of class differences. It is quite clear that if Jimmy's father should be black rather than of Greek origin, the sharpness of the experience of difference will be very much increased. Both race and ethnicity are intertwined with class in America, making for an extremely complex and often hard-to-analyze stratification system.

Sociological excavation: what criteria?

As we shall see, sociologists differ considerably in the manner in which they understand and study stratification. What practically all sociologists agree upon, though, is the universality of the phenomenon. All known societies have some system of ranking their members in terms of higher and lower positions. The term stratification quite deliberately arouses geological imagery. It suggests a mountain in which one can locate different strata of rock and soil, one located on top of another. This is precisely the image which the sociological term wishes to suggest. There is an additional suggestion, which is that one has to break open the surface in order to discover the precise organization of strata. Mountains are very rarely cut open in such a way that one can, in one glance, discover what their geological stratification is. The same is true of societies. Any sociological inquiry into stratification, therefore, commonly requires a good deal of digging and of eliminating surface materials that hide from view what is really going on underneath. What is more, sociologists, like geologists, frequently do not have confidence in each other's excavation projects.

All human societies are stratified. But they differ greatly from each other in the criteria of stratification. Thus

members of a society may be ranked

In accordance with age, with physical prowess, with learning and so on. There are many human societies in which old age, even taken as a factor by itself, is a quality that bestows high rank upon the individual possessing it. Traditional China is a classic example. In many primitive societies, in which people live close to the subsistence line and must constantly struggle for survival both against nature and against other men, physical prowess is very frequently an index of rank. The same, curiously enough, is the case with many groups of children and young people in our own society. Thus, it is quite possible that little Jimmy's high rank on the playground derives exclusively from his ability to beat up anyone in sight. Possessions have very commonly been an important element of rank, but learning has been the same in many societies. In some, learning has been more important than possessions. For example, in the traditional Jewish world of Eastern Europe (from which we assumed Johnny's family to derive), it was very common for a well-to-do merchant looking for a suitable husband for his daughter to give preference to a completely impoverished rabbinical student whose only claim to fame was his Talmudic erudition. Some of this, incidentally, may very well have rubbed off on our little Johnny, who might look upon the acquisition of a Ph.D. as something much more significant than the acquisition of an impressive portfolio of stocks.

Criteria for ranking: objective, subjective or majority vote

A conceptual problem suggests itself as soon as we talk about ranking. It can be expressed in the form of a one-word question - whose? Are we talking about the ranking being undertaken by an outside observer such as the sociologist? Are we talking about the rank that the individual being ranked gives to himself? Or are we talking about the ranking engaged in by others in the individual's situation? These three possibilities already suggest three quite

distinct approaches to the study of stratification.

First, stratification can be analyzed in terms of objective criteria set by the sociologist. Take the matter of possessions and learning. Even a cursory study of stratification in American society will reveal that both income and education are important factors by which people's rank is determined. Thus, middle-class individuals have more income and more education than working-class individuals. The sociologist, based on whatever reasoning of his own, might now draw dividing lines between the middle class and the working class on the basis of these two factors. Thus, anyone having more than x amount of income would be defined as middle class, while anyone having less than y amount of education would be assigned to the working class; more precisely, a scale would be worked out in which the factors of income and education taken together would decide where an individual is placed in terms of the class system. Needless to say, other criteria could be used in the construction of such a scale.

Second, stratification could be analyzed in terms of the subjective consciousness of the people in question. Most simply, individuals can be asked how they view themselves in terms of class. In America, incidentally, it has been found that when asked this question the great majority of people reply that they consider themselves to be middle class (which, taken at face value, would create utter havoc with the neat differentiating scheme concocted by our first sociologist above).

And third, stratification can be studied in terms of the way in which people see each other. Thus, if one wants to locate a particular individual in terms of stratification, one can ask a variety of people where they would locate him, and then make his assignment on the basis of some kind of majority vote. The same method, obviously in a more complicated way, can be used to stratify an entire community. Now, quite clearly there can, and will be, considerable discrepancies between the results achieved by these three methods. The sociologist using objective criteria

may place individual A in the working class. Individual A, informed of this assignment through some mismanagement of research, will fly into a rage and denounce the research project as a Communist plot. A, of course, has always thought of himself as middle class. But there may be equal disagreement between his self-ranking and the way in which others (not counting the sociologist) rank him. Nor is there any assurance that a careful matching of all the others' rankings will, in the end, have much relationship to objective criteria worked out by the sociologist. One should not draw hasty conclusions from these discrepancies. It is, of course, possible that the sociologist is an armchair philosopher who thinks up criteria that have nothing to do with the social reality he is investigating.

It is also quite possible, however, that people living in a particular situation are quite ignorant of the real forces that determine their lives. Indeed, it is quite possible that the very rage with which our individual A responds to his classification by the sociologist derives from his own lingering suspicion that he may be living in a great illusion as to his own position in the world. Put simply: sociologists can be very wrong about the reality of other people's lives, but people can also be quite wrong about the reality of their own lives. Being in a situation is no guarantee whatever that one understands it. (If this were not so, sociology would be a waste of time.)

¿Which criteria are causes and which are consequences?

A further conceptual problem that arises from the beginning is this: Which criteria are to be taken as basic causal factors for stratification, and which are only to be seen as consequences? In other words, what is it that basically determines stratification? Again, the relationship of income and education in our own society illustrates the point. Increasingly, it is clear that education is an extremely important factor in the position which an individual can hold or acquire in American society. Quite logically, therefore,

a number of sociologists have given education and income equal weight in determining an individual's class position. A moment's reflection, however, will lead to the thought that, after all, education can be bought. An individual who greatly increases his income over a period of years can buy education as a purchasable commodity on the market, if not for himself then, most certainly, for his children. Thus, other sociologists, with equally plausible logic, have argued that education is really only a consequence of income, and that it is income rather than education which is the basic factor determining the position of an individual in the American stratification scheme.

+
So far in this book we have tried to transmit a broad consensus existing among sociologists on the various topics that we have discussed. Unfortunately, we cannot do this in connection with the topic of stratification. There are far-reaching differences of approach between different sociologists and sociological schools in this area, and we cannot proceed without paying attention to these differences. The purpose of this book is a general introduction to sociology and not a propagation of our own position on controversial subjects in the field. Therefore, it cannot be our purpose here to distribute merit or demerit badges among the different approaches to the study of stratification. In other words, it cannot be our purpose to arbitrate these disputes. What we must do, however, is to indicate where the disagreements lie and (equally important) what difference it makes in terms of the understanding of the phenomenon if one decides on this or that approach.

Karl marx: the concept of class

The most influential approach to the study of stratification has been that of Marxism. This is so not only in terms of direct influence but also in terms of having been the provocation for alternative approaches to the phenomenon. Conventionally, Karl Marx (1818-1883) has not been regarded as a sociologist (of course he himself did not call himself that), but his

own work and that of the Marxist tradition that has emerged from it have been regarded as an alternative method for the study of social phenomena - which, in the course of its history, has had quite varied relationships with the tradition of sociology that is conventionally regarded as beginning with Auguste Comte (1789-1857). In our discussion of the history of the discipline, we have followed this convention.

This, however, does not change the fact that it is Marx who brought about a fundamental transformation in the way in which scholars of various disciplines have looked upon human affairs, a transformation that has left a fundamental impact on every scientific discipline dealing with man. (A comparable influence was exerted later by Sigmund Freud, 1856-1939, and the various psychological approaches emanating from his works.) Nowhere is this more evident than in the area of stratification. It was Marx who made the concept of class a central one for the sciences of man. Everyone who followed him (be it historian, economist or social scientist) had to confront Marx's ideas about class. Indeed, the greater part of studies on stratification taking place within the sociological tradition proper has been a result of this confrontation with the Marxist approach.

The keepers and the takers: the struggle over scarce resources

For Marx, class is determined by the relationship of a group to the means of production. He understood this relationship rather narrowly in terms of the ownership of the means of production. Thus, classes are defined by how much or how little their members own not only of the wealth of a society but of the means by which this wealth is produced. Some later Marxist scholars have modified this definition by placing less emphasis on the legal matter of ownership, instead stressing the element of control over the means of production. They have insisted that the really important determinant of class position is not so much

what an individual can legally call his own but over what resources he has effective command. Be this as it may, the Marxist approach to stratification, and its concept of class itself, is basically an economic one. This is very much related to the basic Marxist conception of society as such. What society is essentially all about is a struggle over the scarce resources that human beings want or need. Different groups of people, for various historical reasons, have differential access to these resources. History is the story of the struggle between groups over this control. In other words, history is the story of the struggle between classes. In the Marxist approach, therefore, class is not only an important but the central category for any analysis of society.

In different historical situations, the class struggle can be quite complex and involve a number of groups with different characteristics. Fundamentally, however, the Marxist approach sees the struggle as between two fairly clearly defined groups, the haves and the have-nots. In terms of the society of his day (that is, early nineteenth-century capitalist society in Europe), Marx saw the fundamental struggle as taking place between the bourgeoisie and the proletariat. By Marx's time, the old upper class - the aristocracy - had pretty much been eliminated as an important social group in most European societies. It was the old middle class - the bourgeoisie - which had taken effective control, at least since the French Revolution. This bourgeoisie was the capitalist class which both owned and controlled the economic machinery of these societies. The proletariat, on the other hand, is defined in terms of its lack of ownership and control.

The relationship between bourgeoisie and proletariat is seen as a relationship of exploitation and oppression. Political disputes (such as the revolutionary turmoils of nineteenth-century France and Germany that Marx wrote about) are only the surface manifestations of the underlying conflict between classes. For reasons that we cannot go into here, Marx thought that

the inevitable outcome of this struggle would be a victorious proletarian revolution. While Marx's economic approach stresses the objective factors that determine stratification, he was also very much aware of the subjective dimension, which he called that of class consciousness. Very often, he insisted, there is a discrepancy between the objective circumstances of class and the subjective awareness that people have of their position in the class system. Quite often, people may delude themselves about their real position in society, in which case Marx speaks of false consciousness. One of the important preconditions of successful revolution by an exploited class is precisely the growth of class consciousness, that is, of the awareness of people that they are indeed an oppressed group that has a common destiny. A Marxist approach to stratification has been, and still is today, of obvious attractiveness to those who would like to radically transform society. Marx himself, of course, deliberately constructed his theory with that purpose in mind. There is also, however, an intellectual attraction to the Marxist approach that is quite independent of its political uses. However, complex the Marxist analysis of a particular situation might become, its fundamental intellectual thrust is toward simplification. When all is said and done, every social situation resolves itself into a struggle between those who want to hold

onto their prerogatives and those who want to take these away. This approach thus has a way of seeming to cut through irrelevant details to the essentials of any situation.

Class, status, power: weber's three-fold approach

Next to the Marxist approach, the most influential approach to the topic of stratification has been that initiated by Max Weber. As we have previously pointed out, Weber's entire approach to sociology was, in many ways, a long-lasting confrontation with Marx. This was very much the case with his approach

to stratification. Weber felt that Marx's approach to these matters was far too simple and was, for this reason, likely to lead to a distorted view of stratification phenomena. To counteract this alleged simplicity of Marxism, Weber proposed a three-fold conceptual scheme. More precisely, he suggested that there were three quite different types of stratification.

First, there were the phenomena which, like Marx, he called class. Although Weber placed less emphasis on ownership of property than Marx did, he agreed with Marx that in this type of stratification the fundamental dynamic was economic. A class is understood by Weber as a group of people with similar life chances. This means that, because of a certain commonality of access to scarce resources, there exists the strong probability that people within one class will have similar biographies in terms of what they will actually achieve in this particular society.

Second, there is a quite different type of stratification based on status. Status simply refers to the degree of social esteem that is bestowed on an individual or a group. Needless to say, there is very frequently a close relationship between class and status. But this is not a necessary or universal relationship. Thus, there are cases in which people occupy a high position in the class system but do not attain comparable status. A simple example of this would be a wealthy parvenu trying to crash an aristocratic society. Conversely, there may be people, or groups, with high status that occupy relatively low positions in the class system. An example of this is the military in many societies. Closely related to the concept of status is Weber's concept of the estate as a stratum. An estate (the word here is, of course, used not in the sense of real estate but as, for example, when people spoke of the bourgeoisie as the third estate at the time of the French Revolution) is understood by Weber as a social group into which an individual is born and in which he remains by virtue of adherence to what Weber calls a code of honor. It follows

that moving up in an estate system is considerably more difficult than moving upward in a class system. In the latter, the main mechanism of mobility is the acquisition of economic means. That, of course, is not enough in an estate system; one can buy any number of things, but one cannot buy the accident of one's birth - no matter how much money one has, one remains stuck with that. Actually, in a perfect estate system, it would not be possible for anyone to move up, although, because of breaches of the code of honor, it might be possible for some people to move down. In actual fact, there are possibilities of movement in an estate system, one of the most important ones being marriage. By marrying the right person, one can, as it were, correct the accident of birth.

And third, according to Weber, there is stratification based on power. Again, this may or may not be related to either class or status. Power is defined by Weber, rather simply, as the capacity to carry through one's intentions in society even against resistance. In discussing stratification based on power, Weber also uses such terms as political class or party. Other sociologists have preferred to use the term elite. Whatever term is used, it is quite clear that societies are stratified not only in terms of people's access to scarce resources, and to status, but also to power. Some groups are more powerful than others. The third type of stratification, then, is political.

The Weberian approach to stratification has been very influential in non-Marxist sociology, both in Europe and in this country. Its attraction lies in the fact that it provides a much more complex and calibrated conceptual scheme than the Marxist one. No attempt is made here to reduce the varieties of stratification phenomena to some one underlying force (though Weber would agree with Marx to the extent that he also regards modern society as primarily a class society and thus as primarily

determined by economic forces). Weber, like Marx, was very much aware of the possible discrepancies between objective and subjective location in the stratification order. However, unlike Marx, Weber did not reduce this dimension to the question of class consciousness. Class, status and power here serve as a system of coordinates within which just about any question of stratification can be investigated.

The structural-functionalists: motivating individuals to keep the system functioning

The structural-functionalist school in American sociology has produced its own approach to stratification. This was very influential for a while, though it is probably fair to say that it has been in decline in recent years. Whatever criteria may be used to determine location in the stratification system (and some sociologists of this school have been influenced more by Weber), the emphasis here is on stratification as maintaining the functioning of society by providing motivation and rewards for the members of society. It is necessary that certain tasks in society be carried on, and it is further necessary that people expend effort in performing these tasks. In order for people to do this, they must be motivated, and the best motivation comes from rewards being attached to successful performance of these tasks. In other words, stratification functions as a carrot-and-stick system. It is as if society were saying to people: "Do what you are expected to do and you will attain or maintain a rank that has certain privileges. Refuse to do what you are expected to do and you will either never get such rank or, if you now hold it, you will be thrown out of it." Unlike the Marxist emphasis on struggle, the emphasis here is on the integration and stability of society. In terms of Weber's trilogy, status is emphasized much more strongly than either class or power. Critiques of the David-Moore hypothesis

In its sharpest way, as formulated above, the structural-

functionalist approach to stratification has been associated with two American sociologists, Kingsley Davis and Wilbert Moore, and has consequently come to be known as the “Davis-Moore Hypothesis.” This has not only been criticized by sociologists of different orientations but within the camp of structural-functionalists themselves. Melvin Tumin has pointed out that attainment of the “rewards” of the stratification system is dependent on the previous development of the attitudes and habits conducive to such attainment, and that these are available only to a limited number of people. In other words, Tumin has tried to show that the Davis-Moore view exaggerates the “openness” of the class system (presumably following general American ideology in this respect).

Talcott Parsons has also modified the structural-functionalist approach to stratification, having started out with a position very close to the Davis-Moore Hypothesis and subsequently moving further away from it. Parsons particularly emphasized the necessity of understanding values and norms as they operate in stratification. It is not enough to understand the concrete, material “rewards” of the system, but the subtle network of normative judgments that people make both about the “rewards” and the means to attain them. What all structural-functionalist positions have in common is their perspective on stratification as part of a functioning social system, though they differ in how they look upon the complexity and the specific character of these functions. Indeed, values and norms (such as those motivating people to achieve) can themselves be viewed as “functional” for the maintenance of the social system.

The structural-functionalist approach has been attractive to many American sociologists because, in accordance with widely held American values, it emphasizes achievement and its rewards as against the much nastier imagery that both the Marxist and the Weberian approaches suggest. The major assumption of this approach is that the de facto

system of stratification actually does function so as to maintain the integration and stability of society as a whole. This, many critics have argued, is quite an assumption and one that has very little support from the empirical evidence. Marxist critics, indeed, would maintain that the structural-functionalist approach to stratification is nothing but the theoretical elaboration of a widely prevalent form of false consciousness in American society. The major ingredient of this false consciousness is the illusion that people can make it to the top if only they will do what is expected of them. Structural-functionalists might reply to such critics that even illusion may be functional in maintaining the integration and the stability of a society. To say that a society is functioning is not necessarily to say that its order is an expression of either truth or justice.

The caste system and American racial strata

Despite these overall differences in approach, there is general concurrence in American sociology on the usage of the two terms, class and status. Whatever the differences in general approach, almost everyone agrees that the former term refers to economically based and the latter to non-economically based forms of ranking. Because of the peculiar racial situation in America, the additional concept of caste has been added to the general terminology regarding stratification. The term originally derives from India, but it has been given a much more general significance by American sociologists. By caste is meant a stratum into which one is born, within which one must marry and out of which (at least theoretically) there is no exit. In a continuum of rigidity, one might thus place the concept of class at one end, this concept of caste at the other, and Weber’s concept of estate in the middle.

The concept can, of course, be applied quite successfully to racial stratification in America, and, indeed, it was specifically coined for such application. Needless to say, the addition of this concept makes the analysis of stratification even more complex. This

is especially so because everyone familiar with the situation realizes that caste and class are very much related in the American situation. Thus, while it is true that, generally speaking, it is impossible for a black person to move into the white stratum (except by “passing,” that is, by pretending not to be black), there are very wide class differences within the black group and these class differences have a lot to do with the way in which the racial situation is experienced. What is more, if one applies objective class criteria, a great part of the black group would fall below the middle class in American society. Some Marxist analysts of the American situation have used this latter fact to arrive at the conclusion that the conflict between the races in America is simply another manifestation of class struggle. Rather few non-Marxist sociologists would go along with this position, but it is quite clear that the American stratification system cannot be understood unless both caste and class are taken into consideration.

Life-style: differences between classes

Another key concept in American studies of stratification is that of life-style. This concept, originally coined by Weber, refers to the overall culture or way of life of different groups in the society. The differences we have pointed out at the beginning of this chapter between the worlds of little Johnny and little Jimmy are expressions of different classes' life-style. Some American sociologists have emphasized life-style in lieu of economic factors, and have thought thereby to provide an unambiguously non-Marxist way of studying stratification. This has been particularly true of the studies of stratification in America stimulated by the work of Lloyd Warner. This approach began with an intensive study of the community of Newburyport, Massachusetts, by Warner and his associates (following the usual convention of anonymity in the field, Warner called the community “Yankee City”). Warner's work has stimulated many further investigations into the phenomena of class in America, especially in terms of the differential life-styles of different classes. Critics of

this approach, however, have maintained that life-style is a result of class position and not, in itself, a determining factor of the latter. Everyone, though, will agree on the reality of the phenomenon of life-style and the fact that there are, indeed, significant differences between the life-styles of different classes. In other words, different strata live in different worlds.

Elmtown's youth, “the elite,” “the good kids” and “the grubby gang”

Some of the foregoing considerations might have struck some readers as excessively abstract, as theories having nothing to do with the real lives of people outside of whatever sanctuaries sociologists sit in. Such an impression would be quite erroneous. Ordinary people living in ordinary American communities experience the reality of stratification every day of their lives. What is more, this experience begins very early. A very influential study of the impact of class on adolescents in a Midwestern town was August Hollingshead's *Elmtown's Youth*, published in 1949. Hollingshead's book had a considerable impact beyond sociology proper because it so radically challenged what many Americans then (and some still today) like to believe so strongly, namely, that in some fashion American society is classless, is a society in which no fundamental differences are made between people, and also that the primary locale for training individuals in this kind of democracy is the public school. All these assumptions were blown sky high by Hollingshead's data. Hollingshead divided the population of Elmtown into five classes (the details of his criteria need not concern us here), ranging from an upper class 1 to a quite depressed lower class 5. He then was able to show in great detail how class position determined just about every aspect of the adolescent's life in this community. Success or failure in school was directly related to class level. For example, in the Elmtown high school, 2.9 percent of children from class 1 failed to pass from one grade to another; the

corresponding figure for class 5 was 23.1 percent.

To some extent, no doubt, these differences are to be explained in terms of teachers' prejudices. But much more important, the underlying factor is a difference in lifestyle between classes and the simple fact that the school itself is geared to the life-style of the higher classes and not to that of the lower ones. The private lives of the adolescents, however, are equally dominated by class. For example, Hollingshead found that 61 percent of dates in the Elmtown high school take place between people of the same class, 35 percent between people in adjacent classes and only 4 percent between people whose class position is farther apart than that.

One hundred percent of the adolescents in classes 1 and 2 participated in some extracurricular activity of the school; 73 percent of those in class 5 did not participate in anything. The facts of class, while of course not expressed in sociological jargon, were well known to the children and expressed by them in their own terms. Thus, Hollingshead found that the adolescents in this high school stratified themselves in three overall categories: "the elite," "the Good kids" and "the grubby gang." To a large extent these, as it were, inner stratification categories were related to the class system in the larger community.

The quiet life, trying hard and immediate enjoyment: classes in New England

We have already mentioned the work of Lloyd Warner and his collaborators which was published at about the same time as Hollingshead's book. Warner divided the community he was studying into six classes, ranging from an upper-upper class descended from old New England families) to a lower-lower class (a kind of sub-proletariat). He tried to show how each one of these classes had a distinctive life-style that went far beyond the obvious differences in economic resources available. For example, he distinguished between the

aforementioned upper-upper class and the lower-upper class, which consisted of much more recent arrivals on that social level. In some instances, lower-upper-class individuals had far more money than upper-upper-class people, yet they tried to emulate as far as they could the life-style of the latter. The best adjective with which to describe that life-style would be "quiet." This is quite different from the life-style of the upper-middle class from which most of the lower-upper individuals had recently come. In the upper-middle class, with whatever measure of taste, the fruits of one's economic endeavor are displayed openly and sometimes with a measure of aggressiveness. By contrast, the upper-class style dictates that wealth be hidden as much as possible.

Corresponding to this, there is also a difference in ethos. Put very simply: the overall middle-class ethos is a pushing one. The same values which, in the middle class, are looked upon as showing healthy ambition are regarded as pushiness and vulgarity in the upper class. Similar differences in ethos exist further down in the social scale. Thus, Warner showed that the dividing line between what he called the upper-lower and the lower-lower classes is primarily one of morality. The upper-lower class (what most other sociologists would now call the working class) is poor, in some instances perhaps as poor as members of the stratum below it, but it is animated by an ethos of hard work, discipline and ambition.

By contrast, the lower-lower class has no such virtues at all. The prevailing ethos there is one of immediate enjoyment, and there is mainly disdain for the rewards which people in the other strata strive for. In one respect there is actually a curious similarity between the uppermost and the lowest strata in Warner's scheme, and that is in the contempt for the middle-class ethos of driving ambition. That ethos dominates the greatest part of the class system as analyzed by Warner (thus, in a very real way, verifying

at least the symbolic significance of the American belief that this is a middle-class society). Going from top to bottom, the middle-class ethos extends from the lower-upper class through the upper-lower. In these strata, everyone is trying hard. All this frenetic activity is viewed with sardonic detachment by people on the two extreme poles of the system, from the very top and from the very bottom.

The Kinsey reports: “social level” and sex life

During the same period, namely, in 1948, the first results of Alfred Kinsey's studies of sexual behavior in America were published. Some of Kinsey's material showed, in the most graphic way possible, how far even the most intimate aspects of personal life were influenced by class. Kinsey, of course, was no sociologist, and, indeed, his works show a remarkable absence of sociological perspective. However, he did introduce indicators of what he called “social level” into the analysis of his data. The results were very striking indeed. For example, he found that the higher up one goes in the class system, the later do men begin to have sexual intercourse. Instead, he found a great variety of sexual practices (generally subsumed under the category of petting) which provided the satisfaction which, on the lower levels, is provided by actual intercourse. Generally speaking, the higher levels have a much more variegated and imaginative sex life, many aspects of which are regarded as perverse on the lower levels. Kinsey's later findings on American women followed the same pattern. There have probably been considerable changes in American sexual practices since Kinsey's first results were published. These details, however, need not concern us here. Now, as then, there are considerable differences between classes in this area of life as well. It is thus possible to go through literature of quite different kinds and produce what could be called an ethnography of class in American society. Classes, far from simply being economic brackets, constitute

cultural universes which, to a very large extent, dominate the lives of their members. As society changes (for example, in its sexual practices), the contents of each of these worlds changes, and sometimes the dividing lines between classes on specific matters are blurred or shifted. What continues through this change, however, is the underlying fact of class differentiation. The practical result of this can be put very simply in terms of prediction: if we know the class location of an individual, we can predict a large variety of the details in his life. Of course, we cannot be absolutely sure in each instance. Prediction is a statement of probability; there are always exceptions.

All the same, if, for example, we are able to assign an individual to the upper middle class, we can (knowing nothing else about this particular individual, and possibly never having seen him) predict with considerable assurance the distribution of several items in his family budget, the number of his children, the geographical location of his home and the manner in which he spends his vacation. But that is not all. We can also predict his political position on a variety of issues, his religious affiliation and the number and type of books he is reading. We can even predict whether he has intercourse with his wife with the light on or off (if we are talking about an upper-middle-class individual, chances are that the light will be on).

Caste and class: status compensation

As we move from stratification by class to stratification by caste (that is, in American terms, as we cross the race line between white and black), we shall continue to encounter this basic phenomenon of differentiated life-styles. However, the phenomenon becomes more complex. The black community itself is divided along class lines. Here too we find distinctive class-bound life-styles, some of which are quite similar to the differences existing between classes in the white community, while others are distinctive to

the culture of the black community as such. We also find, however, sharp dividing lines between the two racial communities as a whole - as a result of which there are overall life-styles that are distinctively black, irrespective of class divisions. An early and very influential study of the relationship of class and caste in an American community was John Dollard's *Caste and Class in a Southern Town*, originally published in 1937. Dollard showed very clearly how the dynamics of caste and class are combined in the everyday life of people in this Southern community.

For example, he was particularly interested in the oft-noted fact that lower-class whites show much more intense hostility toward blacks than upper-class whites. One element in this is undoubtedly that there is sharper economic competition at those levels of the social system. There is, however, another very important dimension, which has to do with status as distinct from economic level. In the traditional Southern stratification system, the black community as a whole was ranked below the white community as a whole. Within the white community, however, there were quite sharp class antagonisms and resentments. Caste served as a status compensation mechanism for the lower-class white. Put quite simply: whatever the lowliness of his class position, the lower-class white is irrevocably ranked above the black within the caste system. What is more, the etiquette of relations between the races in the traditional South makes this fact unambiguously clear every time a white and a black meet.

Being black

This was an intricate system of regulating every single encounter between white and black in everyday life. Its basic rule was very simple: the black partner in the interaction was to constantly express, by word and gesture, that the status of the white partner was superior to his own. In other words, the racial

etiquette was a systematic self-demeaning by the black who was, at the same time, of course, demeaned by the white partner in the interaction. For example, the proper mode of address of the white by the black was by the white's last name prefixed by a "Mr.," or by such honorific titles as "sir" or "boss." Conversely, the black was commonly addressed by his first name or by such non-honorific titles as "boy." This etiquette was consistently performed by whites of all classes, although upper-class whites generally put a more benign attitude into it than lower-class whites.

That this placed a very strong emotional burden upon the black and that its overall effect was one of depersonalization hardly need any emphasis. It also produced, however, another consequence of considerable importance, namely, the social existence of the black took on a strange double quality. There was, as it were, the official façade of his life which had to be constantly exhibited in relations with whites. This façade, for example, included the qualities of childlike and irresponsible cheerfulness that whites liked to ascribe to blacks. Behind this façade, however, an entirely different lifestyle could exist. This, of course, was the life-style engaged in by blacks when they were among themselves. Here, the masks could be dropped and quite different roles could be performed. This doubleness of black existence in the traditional South shows up the ironic quality of a very common notion of white Southerners, that they "knew Negroes very well." What, in fact, they did know was the public façade of Negro life.

They were abysmally ignorant of whatever took place behind that façade. The blacks themselves, on the other hand, had a much more accurate perception of the white world since whites had no motive to engage in this kind of dissimulation in their dealings with blacks. Since Dollard's work, of course, there have been far-reaching changes in the racial system,

both in the South and in other parts of the country. Many features of this type of caste stratification still remain, however. What is perhaps even more important, the emotional consequences of this caste system continue to play an important part in the attitudes of both whites and blacks toward each other.

Getting ahead means becoming white?

More recent studies of black communities in America, whatever other changes have taken place, show that one fundamental aspect of the situation has remained very similar, namely, that the higher up a black individual is located on the class scale, the closer he is to the white community in terms of his life-style. Again, of course, there is an economic aspect to this. Middle-class blacks quite simply have the economic resources to participate in a much wider range of activities in the overall white-dominated community than is the case with lower-class blacks. Beyond this obvious fact, however, there are much subtler dynamics of opinion, values, tastes and manners. A middle-class white will much more readily feel at ease with a middle-class black than either he or a working-class white would feel in encountering blacks of lower levels in terms of class. Putting the same observation in terms of the black community itself, it can be said that it has been the lower-class black who has retained a much more distinctively black life-style as against the middle-class black. It is quite possible that the recent upsurge of black nationalism, in its various manifestations, will change this in the direction of producing a much more distinctive black culture that will embrace all classes within the black community. At this time it would be hazardous to make sociological predictions about this.

Different lifestyles: ¿cutting through class lines?

The mention of black culture raises a considerably broader question, namely, whether in American society today there may be life-styles with different statuses that cut right across the class system. Thus it

has been suggested that religious affiliation plays an important part in establishing status in a situation in which ethnicity has become of doubtful value in determining personal identity and in which there is very high movement between classes. It is also possible, however, that quite different types of life-style may be significant. The most important of these on the contemporary American scene, to which we shall return in a later chapter, is the youth culture. To be sure, there are class differences in the way in which young people relate to this culture. Nevertheless, as a whole, it seems to cut considerably through major class lines. Similarly, there are other lifestyles (usually associated with certain patterns of consumption and leisure-time activity) which have gained importance in recent years in the determination of an individual's status. For example, on different class and age levels, one might mention the life-style which has been so very successfully symbolized by Playboy magazine and the life-style revolving around the motorcycle as a symbol.

Tom Wolfe, a writer with a keen eye on the changing American scene (for which most sociologists might well be envious of him), has called this phenomenon by the apt name of status spheres. If Wolfe is correct, then in the world of these status spheres the old criteria of class and class-bound life-style have lost importance to a great degree. What now provides status are objects and activities that are obtainable by a broad spectrum of people in the society. Thus, the young people of quite different class backgrounds may adopt the activities, dress, language and group patterns of the motorcycle culture - and, what is most important, derive status from this fact. Again, it is too early to predict with any degree of assurance whether status spheres of this kind may eventually become more important than class in the stratification order of American society. If they do, many sociological statements in the area of stratification will have to be drastically revised.

CAPÍTULO 7

La comunidad estratificada

Conociendo a diferentes tipos de personas: diferenciación social

Creer en sociedad es aprender cada vez más lo diferentes que son las personas entre sí. Los niños son diferentes de las niñas; todos los niños tienen algo en común frente a los adultos; hay ancianos y jóvenes; hay protestantes y católicos; hay personas que hablan con acento; hay médicos, profesores, niñeras, carteros, policías y trabajadores. Todas estas personas no sólo son diferentes como individuos, sino que son diferentes como tipos sociales. Ésa es exactamente la cuestión: en la sociedad se establecen diferencias entre las personas no sólo por sus características individuales, sino por los grupos más amplios a los que pertenecen.

En términos generales, es esta experiencia la que subyace a lo que los sociólogos denominan comúnmente diferenciación social. Una cuestión muy básica para el análisis sociológico de cualquier sociedad es la forma en que está diferenciada, es decir, la tipología social que opera en esa sociedad para la clasificación de sus miembros. El aprendizaje de esta tipología es una de las tareas básicas de la socialización. Sin embargo, la experiencia de la diferenciación social va acompañada de otra experiencia. Las personas no sólo son diferentes entre sí en cuanto a su asignación a una determinada tipología, sino que se clasifican de forma diferente de acuerdo con estas asignaciones.

El médico no sólo es diferente del trabajador, sino que se considera que ocupa una posición más elevada en la sociedad. Esto, por supuesto, no es así en todos los casos de la diferenciación social. Por lo general, se considera que el médico está al mismo nivel que el abogado. Así pues, algunas diferencias tienen una especie de altímetro: en cuanto sabemos a qué tipo social pertenece un individuo, estamos en condiciones de decir a qué nivel se encuentra en

la escala de clasificación de El pequeño Juanito es hijo de un médico. El pequeño Jaime es hijo de un trabajador. Sus encuentros (por ejemplo, en una escuela pública o en un patio de recreo público) son ocasiones de asombro mutuo y, muy posiblemente, de terror. No sólo está muy claro que el pequeño Juanito tiene más dinero invertido en él que el pequeño Jaime, y no sólo esta diferencia particular tiene todo tipo de consecuencias obvias -desde el tamaño de la residencia familiar hasta la calidad de la atención dental de Juanito-, sino que hay muchas otras diferencias que no se traducen tan fácilmente en términos monetarios. A Juanito le han enseñado toda una serie de “buenos modales” que, a Jaime, le parecen una mariconada. En cambio, a Juanito Jaime le parece terriblemente propenso a la violencia. En la sociedad. Este fenómeno de clasificación es lo que los sociólogos llaman estratificación social, y los distintos rangos se denominan estratos.

situaciones de conflicto en las que Juanito recurre a la argumentación verbal, Jaime está dispuesto a pelear con los puños. Pero si a Juanito le asusta la agresividad física de Jaime, también le fascina su independencia. A una edad en la que Jaime es libre de deambular no sólo por el patio de recreo sino por todo el vecindario, Juanito sigue estando acompañado a todas partes por su madre, su ayudante, su niñera u otros adultos fastidiosos. El lenguaje de los dos niños también difiere. Jaime tiene probablemente un repertorio más colorido de obscenidades, pero Juanito es mucho más libre de utilizar las obscenidades que conoce, incluso en casa. La música que Juanito ha aprendido a apreciar como hermosa es sólo ruido sordo para Jaime - y muy posiblemente, viceversa. Los juicios morales también difieren. Así, el pequeño Jaime puede encontrar perfectamente natural que un niño negro sea expulsado del patio de recreo, mientras que Juanito puede desarrollar agudos sentimientos de culpa por este acto de persecución.

En todo esto, para ambos niños tiene lugar un proceso mediante el cual se aprende lo esencial de la estratificación. Huelga decir que las implicaciones de todo lo aprendido no se ponen de manifiesto hasta mucho más tarde. Este proceso de aprendizaje no sólo transmite información sobre el mundo, sino que proporciona medidas para situar a los demás en una escala de clasificación. Mucho más básicamente, debido a la dinámica fundamental de socialización que hemos discutido antes, el mismo proceso de aprendizaje conduce a una definición del yo. El niño aprende a identificarse dentro de una escala de clasificación. Y normalmente, las pautas sociales, los modales, los gustos y los valores que van con su rango particular se convierten en ingredientes importantes de su identidad. Puede que más tarde se rebele contra ellos, pero habrán desempeñado un papel muy importante en la configuración de su biografía en la sociedad.

La incidencia de la experiencia diferencias geográficas

Este proceso de aprendizaje tendrá lugar independientemente del tipo de comunidad en la que nazca el niño. Pero es evidente que existen diferencias en la experiencia de la estratificación entre los distintos tipos de comunidad. Así, habrá diferencias considerables en la relación entre el pequeño Juanito y el pequeño Jaimito dependiendo de si crecen en una gran ciudad, en un pueblo pequeño o en un suburbio. Muy probablemente, es en la ciudad pequeña donde las experiencias de estratificación son más agudas y más claramente percibidas. En la gran ciudad, sin duda, hay muchos más tipos diferentes de personas y un orden de estratificación mucho más complejo, pero también los distintos grupos de personas están más segregados entre sí, de modo que los movimientos de confrontación son menores.

La situación suburbana se caracteriza generalmente por una considerable homogeneidad de los estratos. Así, en muchos suburbios en los que viven personas como los padres de Juanito, es muy posible que éste

pase toda su infancia sin conocer nunca a nadie como Jaime en una situación de estrecho contacto.

Clase social, raza y etnia

Los fenómenos de estratificación a los que acabamos de aludir son los que comúnmente se denominan (no sólo por los sociólogos, sino en el uso corriente) fenómenos de clase. De momento, baste decir que todas las diferencias entre Juan y Jaime de las que acabamos de hablar se derivan de las diferentes posiciones de clase de sus respectivas familias.

En la sociedad estadounidense, sin embargo, la experiencia de la estratificación se complica aún más por otros dos factores, a saber, los de raza y etnia. Este último es un término acuñado por sociólogos estadounidenses y aplicable únicamente a la sociedad estadounidense. Se refiere a los rasgos culturales que los grupos de inmigrantes conservan de su cultura de origen. Si, por ejemplo, los padres de Juan son nietos de inmigrantes judíos de habla yiddish procedentes de Europa del Este, mientras que el padre de Jaime nació en Grecia, es probable que haya un fuerte componente étnico en su desconcierto mutuo que se añadirá a la experiencia de las diferencias de clase. Está claro que si el padre de Jaime es negro y no de origen griego, la experiencia de la diferencia será mucho más aguda. Tanto la raza como la etnia están entrelazadas con la clase social en Estados Unidos, lo que da lugar a un sistema de estratificación extremadamente complejo y a menudo difícil de analizar.

Investigación sociológica: ¿qué criterios?

Como veremos, los sociólogos difieren considerablemente en la forma de entender y estudiar la estratificación. Sin embargo, prácticamente todos los sociólogos están de acuerdo en la universalidad del fenómeno. Todas las sociedades conocidas tienen algún sistema de clasificación de sus miembros en términos de posiciones superiores e inferiores. El término estratificación evoca deliberadamente

imágenes geológicas. Sugiere una montaña en la que se pueden localizar diferentes estratos de roca y suelo, unos situados encima de otros. Esta es precisamente la imagen que el término sociológico quiere sugerir. Hay una sugerencia adicional, y es que hay que abrir la superficie para descubrir la organización precisa de los estratos.

Las montañas rara vez se abren de tal manera que, de un solo vistazo, se pueda descubrir cuál es su estratificación geológica. Lo mismo ocurre con las sociedades. Por lo tanto, cualquier investigación sociológica sobre la estratificación suele requerir una buena cantidad de excavaciones y la eliminación de los materiales superficiales que ocultan a la vista lo que realmente ocurre debajo. Además, los sociólogos, al igual que los geólogos, no suelen confiar en los proyectos de excavación de los demás.

Todas las sociedades humanas están estratificadas. Pero difieren mucho entre sí en los criterios de estratificación. Así, los miembros de una sociedad pueden clasificarse en función de la edad, la destreza física, la formación, etcétera. Hay muchas sociedades humanas en las que la vejez, incluso tomada como un factor en sí mismo, es una cualidad que otorga un alto rango al individuo que la posee. La China tradicional es un ejemplo clásico. En muchas sociedades primitivas, en las que la gente vive cerca de la línea de subsistencia y debe luchar constantemente por la supervivencia tanto contra la naturaleza como contra otros seres humanos, la destreza física es con mucha frecuencia un índice de rango. Lo mismo ocurre, curiosamente, con muchos grupos de niños y jóvenes en nuestra propia sociedad. Así, es muy posible que el alto rango del pequeño Jaime en el patio de recreo se derive exclusivamente de su habilidad para golpear a cualquiera que se le ponga al alcance de la vista.

Las posesiones han sido muy comúnmente un elemento importante del rango, pero el aprendizaje ha sido igual en muchas sociedades. En algunas, el aprendizaje ha sido más importante que las posesiones.

Por ejemplo, en el mundo judío tradicional de Europa del Este (de donde suponemos que procede la familia de Juanito), era muy común que un comerciante acomodado que buscaba un marido adecuado para su hija diera preferencia a un estudiante rabínico completamente empobrecido cuyo único reclamo para la fama era su erudición talmúdica. Algo de esto, dicho sea de paso, puede muy bien haberse contagiado a nuestro pequeño Juanito, que podría considerar la adquisición de un doctorado como algo mucho más significativo que la adquisición de una impresionante cartera de acciones.

Criterios de clasificación: objetivos, subjetivos o votación por mayoría

En cuanto hablamos de clasificación se nos plantea un problema conceptual. Puede expresarse en forma de pregunta de una sola palabra: ¿de quién? ¿Se trata de la clasificación realizada por un observador externo, como el sociólogo? ¿Hablamos de la clasificación que se da a sí mismo el individuo clasificado? ¿O se trata de la clasificación que hacen los demás en la situación del individuo? Estas tres posibilidades sugieren ya tres enfoques bastante distintos del estudio de la estratificación.

En primer lugar, la estratificación puede analizarse en función de criterios objetivos establecidos por el sociólogo. Tomemos el caso de las posesiones y el aprendizaje. Incluso un estudio superficial de la estratificación en la sociedad estadounidense revelará que tanto los ingresos como la educación son factores importantes por los que se determina el rango de las personas. Así, los individuos de clase media tienen más ingresos y más educación que los de clase trabajadora. El sociólogo, basándose en cualquier razonamiento propio, podría ahora trazar líneas divisorias entre la clase media y la clase trabajadora sobre la base de estos dos factores. Así, quien tuviera más de x ingresos se definiría como clase media, mientras que quien tuviera menos de y ingresos y educación se

asignaría a la clase trabajadora; más exactamente, se elaboraría una escala en la que los factores de ingresos y educación, tomados conjuntamente, decidirían dónde se sitúa un individuo en términos de sistema de clases. Ni que decir tiene que en la construcción de dicha escala podrían utilizarse otros criterios.

En segundo lugar, la estratificación podría analizarse en función de la conciencia subjetiva de las personas en cuestión. Lo más sencillo es preguntar a los individuos cómo se ven a sí mismos en términos de clase. En Estados Unidos, por cierto, se ha comprobado que a esta pregunta la gran mayoría de las personas responden que se consideran de clase media (lo que, tomado al pie de la letra, causaría estragos en el ordenado esquema de diferenciación urdido por nuestro primer sociólogo más arriba).

Y en tercer lugar, la estratificación puede estudiarse en función de la forma en que las personas se ven unas a otras. Así, si se quiere ubicar a un individuo concreto en términos de estratificación, se puede preguntar a diversas personas dónde lo ubicarían, y luego hacer su asignación sobre la base de algún tipo de votación mayoritaria. El mismo método, obviamente de forma más complicada, puede utilizarse para estratificar a toda una comunidad.

Ahora bien, es evidente que puede haber, y habrá, discrepancias considerables entre los resultados obtenidos por estos tres métodos. El sociólogo que utilice criterios objetivos puede situar al individuo A en la clase trabajadora. El individuo A, informado de esta asignación por alguna mala gestión de la investigación, montará en cólera y denunciará el proyecto de investigación como un complot comunista. A, por supuesto, siempre se ha considerado de clase media. Pero puede haber igual desacuerdo entre su autclasificación y la forma en que otros (sin contar al sociólogo) lo clasifican. Tampoco hay ninguna garantía de que una cuidadosa combinación de las clasificaciones

de los demás guarde, al final, mucha relación con los criterios objetivos elaborados por el sociólogo. No hay que sacar conclusiones precipitadas de estas discrepancias. Por supuesto, es posible que el sociólogo sea un filósofo de sillón que elabora criterios que no tienen nada que ver con la realidad social que está investigando. Sin embargo, también es muy posible que las personas que viven en una situación determinada ignoren por completo las fuerzas reales que determinan sus vidas. De hecho, es muy posible que el propio enfado con el que nuestro individuo A responde a su clasificación por parte del sociólogo derive de su propia sospecha persistente de que puede estar viviendo en una gran ilusión en cuanto a su propia posición en el mundo.

En pocas palabras: los sociólogos pueden estar muy equivocados sobre la realidad de las vidas de otras personas, pero las personas también pueden estar muy equivocadas sobre la realidad de sus propias vidas. Estar en una situación no garantiza en absoluto que uno la entienda. (Si no fuera así, la sociología sería una pérdida de tiempo).

¿Qué criterios son causas y cuáles consecuencias?

Otro problema conceptual que se plantea desde el principio es el siguiente: ¿Qué criterios deben tomarse como factores causales básicos de la estratificación y cuáles sólo como consecuencias? En otras palabras, ¿qué es lo que determina básicamente la estratificación? Una vez más, la relación entre ingresos y educación en nuestra propia sociedad ilustra la cuestión. Cada vez está más claro que la educación es un factor extremadamente importante en la posición que un individuo puede ocupar o adquirir en la sociedad estadounidense.

Por lo tanto, es lógico que algunos sociólogos hayan dado la misma importancia a la educación y a los ingresos a la hora de determinar la posición de clase de un individuo. Sin embargo, un momento

de reflexión lleva a pensar que, después de todo, la educación se puede comprar. Un individuo que aumenta enormemente sus ingresos durante un periodo de años puede comprar la educación como un bien adquirible en el mercado, si no para sí mismo, sí, con toda seguridad, para sus hijos. Así, otros sociólogos, con una lógica igualmente plausible, han argumentado que la educación es en realidad sólo una consecuencia de los ingresos, y que son los ingresos y no la educación el factor básico que determina la posición de un individuo en el esquema de estratificación estadounidense.

Hasta ahora en este libro hemos intentado transmitir un amplio consenso existente entre los sociólogos sobre los diversos temas que hemos tratado. Lamentablemente, no podemos hacerlo en relación con el tema de la estratificación. Existen profundas diferencias de enfoque entre los distintos sociólogos y escuelas sociológicas en este ámbito, y no podemos seguir adelante sin prestar atención a estas diferencias. El propósito de este libro es una introducción general a la sociología y no una divulgación de nuestra propia posición sobre temas controvertidos en este campo. Por lo tanto, no puede ser nuestro propósito distribuir insignias de mérito o demérito entre los diferentes enfoques del estudio de la estratificación. En otras palabras, no puede ser nuestro propósito arbitrar estas disputas. Lo que sí debemos hacer, en cambio, es indicar dónde radican los desacuerdos y (lo que es igualmente importante) qué diferencia supone para la comprensión del fenómeno el que uno se decida por uno u otro enfoque.

Karl Marx: el concepto de clase

El enfoque más influyente en el estudio de la estratificación ha sido el marxista. Esto es así no sólo por su influencia directa, sino también por haber sido la provocación de enfoques alternativos del fenómeno. Convencionalmente, Karl Marx

(1818-1883) no ha sido considerado un sociólogo (por supuesto, él mismo no se llamaba así), pero su propia obra y la de la tradición marxista que ha surgido de ella han sido consideradas como un método alternativo para el estudio de los fenómenos sociales - que, en el curso de su historia, ha tenido relaciones muy variadas con la tradición de la sociología que convencionalmente se considera que comienza con Auguste Comte (1789-1857). En nuestro análisis de la historia de la disciplina, hemos seguido esta convención.

Esto, sin embargo, no cambia el hecho de que fue Marx quien provocó una transformación fundamental en la forma en que los estudiosos de diversas disciplinas han visto los asuntos humanos, una transformación que ha dejado un impacto fundamental en todas las disciplinas científicas que se ocupan del ser humano. (Una influencia comparable ejercieron más tarde Sigmund Freud, 1856-1939, y los diversos enfoques psicológicos emanados de sus obras). En ninguna parte es esto más evidente que en el ámbito de la estratificación. Fue Marx quien hizo del concepto de clase un concepto central para las ciencias del ser humano.

Todos los que le siguieron (ya fueran historiadores, economistas o científicos sociales) tuvieron que enfrentarse a las ideas de Marx sobre la clase. De hecho, la mayor parte de los estudios sobre la estratificación que se llevan a cabo dentro de la tradición sociológica propiamente dicha han sido resultado de esta confrontación con el planteamiento marxista.

Los que guardan y los que toman: la lucha por los escasos recursos

Para Marx, la clase está determinada por la relación de un grupo con los medios de producción. Entendía esta relación de forma bastante estrecha en términos de propiedad de los medios de producción. Así, las clases se definen por lo mucho o poco que sus miembros poseen no sólo de la riqueza de una sociedad, sino de

los medios por los que se produce esta riqueza. Algunos estudiosos marxistas posteriores han modificado esta definición haciendo menos hincapié en la cuestión jurídica de la propiedad y subrayando, en cambio, el elemento del control sobre los medios de producción. Han insistido en que el determinante realmente importante de la posición de clase no es tanto lo que un individuo puede llamar legalmente suyo como los recursos sobre los que tiene un dominio efectivo. Sea como fuere, el enfoque marxista de la estratificación, y su concepto de clase en sí, es básicamente económico. Esto está muy relacionado con la concepción marxista básica de la sociedad como tal. En esencia, la sociedad es una lucha por los escasos recursos que los seres humanos desean o necesitan. Diferentes grupos de personas, por diversas razones históricas, tienen un acceso diferencial a estos recursos. La historia es la historia de la lucha entre grupos por este control. En otras palabras, la historia es la historia de la lucha entre clases. En el enfoque marxista, por tanto, la clase no es sólo una categoría importante, sino la categoría central para cualquier análisis de la sociedad.

En distintas situaciones históricas, la lucha de clases puede ser bastante compleja e implicar a varios grupos con características diferentes. Sin embargo, fundamentalmente, el enfoque marxista considera que la lucha es entre dos grupos bastante claramente definidos, los que tienen y los que no tienen. En términos de la sociedad de su época (es decir, la sociedad capitalista europea de principios del siglo XIX), Marx consideraba que la lucha fundamental tenía lugar entre la burguesía y el proletariado. En la época de Marx, la antigua clase alta -la aristocracia- había sido prácticamente eliminada como grupo social importante en la mayoría de las sociedades europeas. Era la vieja clase media -la burguesía- la que había tomado el control efectivo, al menos desde la Revolución Francesa. Esta burguesía era la clase capitalista

que poseía y controlaba la maquinaria económica de estas sociedades. El proletariado, en cambio, se define por su falta de propiedad y control.

La relación entre burguesía y proletariado se considera una relación de explotación y opresión. Las disputas políticas (como los disturbios revolucionarios de la Francia y la Alemania del siglo XIX sobre los que escribió Marx) son sólo manifestaciones superficiales del conflicto subyacente entre clases. Por razones en las que no podemos entrar aquí, Marx pensaba que el resultado inevitable de esta lucha sería una revolución proletaria victoriosa.

Aunque el planteamiento económico de Marx hace hincapié en los factores objetivos que determinan la estratificación, también era muy consciente de la dimensión subjetiva, que él denominó conciencia de clase. Muy a menudo, insistía, existe una discrepancia entre las circunstancias objetivas de clase y la conciencia subjetiva que la gente tiene de su posición en el sistema de clases. Muy a menudo, las personas pueden engañarse a sí mismas sobre su posición real en la sociedad, en cuyo caso Marx habla de falsa conciencia. Una de las condiciones previas importantes para el éxito de la revolución de una clase explotada es precisamente el crecimiento de la conciencia de clase, es decir, de la conciencia de las personas de que son realmente un grupo oprimido que tiene un destino común.

Un enfoque marxista de la estratificación ha sido, y sigue siendo hoy, de evidente atractivo para quienes desearían transformar radicalmente la sociedad. El propio Marx, por supuesto, construyó deliberadamente su teoría con ese propósito. Sin embargo, el enfoque marxista también ejerce una atracción intelectual que es bastante independiente de sus usos políticos. Por complejo que pueda llegar a ser el análisis marxista de una situación concreta, su impulso intelectual fundamental es hacia la simplificación. Al fin y al cabo, toda situación social se resuelve en una lucha entre los

que quieren conservar sus prerrogativas y los que quieren arrebatárselas. Así pues, este planteamiento tiene la capacidad de llegar a lo esencial de cualquier situación a través de detalles irrelevantes.

Clase, estatus, poder: el triple enfoque de weber

Junto al enfoque marxista, el enfoque más influyente del tema de la estratificación ha sido el iniciado por Max Weber. Como hemos señalado anteriormente, todo el enfoque de Weber sobre la sociología fue, en muchos sentidos, una larga confrontación con Marx. Este fue en gran medida el caso de su enfoque de la estratificación. Weber consideraba que el enfoque de Marx sobre estas cuestiones era demasiado simple y que, por esta razón, era probable que condujera a una visión distorsionada de los fenómenos de estratificación. Para contrarrestar esta supuesta simplicidad del marxismo, Weber propuso un esquema conceptual triple. Más concretamente, sugirió que existían tres tipos de estratificación bastante diferentes.

En primer lugar, los fenómenos que, al igual que Marx, denominó de clase. Aunque Weber hacía menos hincapié que Marx en la propiedad de los bienes, coincidía con Marx en que en este tipo de estratificación la dinámica fundamental era económica. Una clase es entendida por Weber como un grupo de personas con oportunidades vitales similares. Esto significa que, debido a una cierta homogeneidad en el acceso a recursos escasos, existe una gran probabilidad de que las personas de una misma clase tengan biografías similares en términos de lo que realmente lograrán en esta sociedad concreta.

En segundo lugar, existe otro tipo de estratificación basada en el estatus. El estatus se refiere simplemente al grado de estima social que se concede a un individuo o a un grupo. Ni que decir tiene que, con mucha frecuencia, existe una estrecha

relación entre clase y estatus. Pero no es una relación necesaria ni universal. Así, hay casos en los que las personas ocupan una posición elevada en el sistema de clases pero no alcanzan un estatus comparable. Un ejemplo sencillo sería el de un hombre rico que intenta colarse en una sociedad aristocrática.

A la inversa, puede haber personas, o grupos, con un estatus elevado que ocupen posiciones relativamente bajas en el sistema de clases. Un ejemplo de ello son los militares en muchas sociedades. Estrechamente relacionado con el concepto de estatus está el concepto de Weber de estamento como estrato. Weber entiende por estamento (la palabra se utiliza aquí, por supuesto, no en el sentido de propiedad inmobiliaria, sino como, por ejemplo, cuando se hablaba de la burguesía como tercer estamento en la época de la Revolución Francesa) un grupo social en el que nace un individuo y en el que permanece en virtud de la adhesión a lo que Weber denomina un código de honor.

De ello se deduce que ascender en un sistema de estamentos es considerablemente más difícil que ascender en un sistema de clases. En este último, el principal mecanismo de movilidad es la adquisición de medios económicos. Eso, por supuesto, no es suficiente en un sistema de estamentos; uno puede comprar cualquier cantidad de cosas, pero no puede comprar el accidente de su nacimiento: no importa cuánto dinero tenga, se queda atascado con eso. En realidad, en un sistema patrimonial perfecto, nadie podría ascender, aunque, debido a infracciones del código de honor, algunas personas podrían descender. En realidad, en un sistema de estamentos hay posibilidades de movimiento, y una de las más importantes es el matrimonio. Al casarse con la persona adecuada, uno puede, por así decirlo, corregir el accidente de nacimiento.

Y en tercer lugar, según Weber, existe una estratificación basada en el poder. De nuevo, esto puede o no estar relacionado con la clase o el

estamento. Weber define el poder, de forma bastante simple, como la capacidad de llevar a cabo las intenciones de uno en la sociedad incluso contra la resistencia. Al hablar de la estratificación basada en el poder, Weber también utiliza términos como clase política o partido. Otros sociólogos han preferido utilizar el término élite. Sea cual sea el término utilizado, está bastante claro que las sociedades están estratificadas no sólo en términos de acceso de las personas a los escasos recursos y al estatus, sino también al poder. Algunos grupos son más poderosos que otros. El tercer tipo de estratificación es la política.

El enfoque weberiano de la estratificación ha sido muy influyente en la sociología no marxista, tanto en Europa como en este país. Su atractivo reside en que proporciona un esquema conceptual mucho más complejo y calibrado que el marxista. Aquí no se intenta reducir las variedades de los fenómenos de estratificación a alguna fuerza subyacente (aunque Weber estaría de acuerdo con Marx en la medida en que también considera que la sociedad moderna es principalmente una sociedad de clases y, por tanto, está determinada principalmente por las fuerzas económicas). Weber, al igual que Marx, era muy consciente de las posibles discrepancias entre la ubicación objetiva y subjetiva en el orden de estratificación. Sin embargo, a diferencia de Marx, Weber no redujo esta dimensión a la cuestión de la conciencia de clase. La clase, el estatus y el poder sirven aquí como un sistema de coordenadas dentro del cual se puede investigar casi cualquier cuestión de estratificación.

Los estructural-funcionalistas: motivando a los individuos para que el sistema siga funcionando

La escuela estructural-funcionalista de la sociología estadounidense ha elaborado su propio enfoque de la estratificación. Fue muy influyente durante un tiempo, aunque probablemente sea justo decir que ha ido en declive en los últimos años. Independientemente

de los criterios que se utilicen para determinar la ubicación en el sistema de estratificación (y algunos sociólogos de esta escuela se han visto más influidos por Weber), aquí se hace hincapié en que la estratificación mantiene el funcionamiento de la sociedad proporcionando motivación y recompensas a sus miembros. Es necesario que se lleven a cabo determinadas tareas en la sociedad y, además, es necesario que las personas se esfuercen en realizarlas.

Para que las personas hagan esto, deben estar motivadas, y la mejor motivación proviene de las recompensas vinculadas a la realización satisfactoria de estas tareas. En otras palabras, la estratificación funciona como un sistema de palo y zanahoria. Es como si la sociedad dijera a la gente: "Haz lo que se espera de ti y alcanzarás o mantendrás un rango con ciertos privilegios. Niégate a hacer lo que se espera de ti y nunca conseguirás ese rango o, si ahora lo tienes, te expulsarán de él". A diferencia del énfasis marxista en la lucha, aquí se hace hincapié en la integración y la estabilidad de la sociedad. En términos de la trilogía de Weber, el estatus se enfatiza mucho más que la clase o el poder.

Críticas a la hipótesis de David-Moore

En su forma más nítida, tal como se ha formulado más arriba, el enfoque estructural-funcionalista de la estratificación se ha asociado a dos sociólogos estadounidenses, Kingsley Davis y Wilbert Moore, y en consecuencia ha pasado a conocerse como la "hipótesis Davis-Moore". Esto no sólo ha sido criticado por sociólogos de diferentes orientaciones, sino dentro del propio campo de los estructural-funcionalistas. Melvin Tumin ha señalado que la consecución de las "recompensas" del sistema de estratificación depende del desarrollo previo de las actitudes y hábitos conducentes a dicha consecución, y que éstos sólo están al alcance de un número limitado de personas.

En otras palabras, Tumin ha intentado demostrar

que el punto de vista de Davis-Moore exagera la “apertura” del sistema de clases (presumiblemente siguiendo la ideología general estadounidense a este respecto). Talcott Parsons también ha modificado el enfoque estructural- funcionalista de la estratificación, tras haber partido de una posición muy próxima a la hipótesis Davis-Moore y haberse alejado posteriormente de ella. Parsons hizo especial hincapié en la necesidad de comprender los valores y las normas tal y como operan en la estratificación.

No basta con entender las “recompensas” concretas y materiales del sistema, sino la sutil red de juicios normativos que la gente hace tanto sobre las “recompensas” como sobre los medios para alcanzarlas. Lo que todas las posturas estructural- funcionalistas tienen en común es su perspectiva de la estratificación como parte de un sistema social que funciona, aunque difieren en cómo consideran la complejidad y el carácter específico de estas funciones. De hecho, los valores y las normas (como los que motivan a las personas a alcanzar logros) pueden considerarse “funcionales” para el mantenimiento del sistema social.

El enfoque estructural- funcionalista ha resultado atractivo para muchos sociólogos estadounidenses porque, de acuerdo con los valores estadounidenses más extendidos, hace hincapié en los logros y sus recompensas frente a las imágenes mucho más desagradables que sugieren los enfoques marxista y weberiano. El principal supuesto de este enfoque es que el sistema de estratificación de facto funciona realmente para mantener la integración y la estabilidad de la sociedad en su conjunto. Muchos críticos sostienen que se trata de una suposición que apenas se sustenta en pruebas empíricas.

De hecho, los críticos marxistas sostienen que el enfoque estructural- funcionalista de la estratificación no es más que la elaboración teórica de una forma de falsa

conciencia ampliamente extendida en la sociedad estadounidense. El principal ingrediente de esta falsa conciencia es la ilusión de que la gente puede llegar a la cima si hace lo que se espera de ella.

Los estructural- funcionalistas podrían responder a estos críticos que incluso la ilusión puede ser funcional para mantener la integración y la estabilidad de una sociedad. Decir que una sociedad funciona no significa necesariamente que su orden sea expresión de la verdad o la justicia.

El sistema de castas y los estratos raciales americanos

A pesar de estas diferencias generales de enfoque, existe una coincidencia general en la sociología estadounidense sobre el uso de los dos términos, clase y estatus. Cualesquiera que sean las diferencias en el enfoque general, casi todo el mundo está de acuerdo en que el primer término se refiere a formas de clasificación basadas en la economía y el segundo a formas de clasificación no basadas en la economía. Debido a la peculiar situación racial de América, se ha añadido el concepto adicional de casta a la terminología general relativa a la estratificación. El término procede originalmente de la India, pero los sociólogos estadounidenses le han dado un significado mucho más general. Por casta se entiende un estrato en el que se nace, dentro del cual hay que casarse y del que (al menos teóricamente) no se puede salir. En un continuo de rigidez, se podría situar el concepto de clase en un extremo, este concepto de casta en el otro y el concepto de estamento de Weber en el medio.

Por supuesto, el concepto puede aplicarse con bastante éxito a la estratificación racial en Estados Unidos y, de hecho, se acuñó específicamente para tal aplicación. Huelga decir que la incorporación de este concepto hace aún más complejo el análisis de la estratificación. Sobre todo porque todo el mundo familiarizado con la situación se da cuenta de que casta y clase están muy

relacionadas en la situación estadounidense. Así, si bien es cierto que, en términos generales, es imposible que una persona negra pase al estrato de los blancos (excepto “pasando”, es decir, fingiendo no ser negro), existen diferencias de clase muy amplias dentro del grupo negro y estas diferencias de clase tienen mucho que ver con la forma en que se vive la situación racial.

Es más, si se aplican criterios objetivos de clase, una gran parte del grupo negro se situaría por debajo de la clase media de la sociedad estadounidense. Algunos analistas marxistas de la situación americana han utilizado este último hecho para llegar a la conclusión de que el conflicto entre las razas en América es simplemente otra manifestación de la lucha de clases. Muy pocos sociólogos no marxistas estarían de acuerdo con esta postura, pero está bastante claro que el sistema de estratificación estadounidense no puede entenderse a menos que se tengan en cuenta tanto la casta como la clase.

Estilos de vida: diferencias entre clases

Otro concepto clave en los estudios estadounidenses sobre la estratificación es el de estilo de vida. Este concepto, acuñado originalmente por Weber, se refiere a la cultura general o modo de vida de los distintos grupos de la sociedad. Las diferencias que hemos señalado al principio de este capítulo entre los mundos del pequeño Juanito y del pequeño Jaime son expresiones del estilo de vida de las distintas clases. Algunos sociólogos norteamericanos han hecho hincapié en el estilo de vida en lugar de en los factores económicos, y han creído que con ello proporcionaban una forma inequívocamente no marxista de estudiar la estratificación. Este ha sido el caso, en particular, de los estudios sobre la estratificación en Estados Unidos estimulados por la obra de Lloyd Warner. Este enfoque comenzó con un estudio intensivo de la comunidad de Newburyport, Massachusetts, por Warner y sus asociados (siguiendo la convención habitual de anonimato en el campo, Warner llamó a

la comunidad “Yankee City”). El trabajo de Warner ha estimulado muchas otras investigaciones sobre el fenómeno de las clases en Estados Unidos, especialmente en lo que se refiere a los diferentes estilos de vida de las distintas clases. Los críticos de este enfoque, sin embargo, han sostenido que el estilo de vida es el resultado de la posición de clase y no, en sí mismo, un factor determinante de esta última. Sin embargo, todo el mundo estará de acuerdo en la realidad del fenómeno del estilo de vida y en el hecho de que, efectivamente, existen diferencias significativas entre los estilos de vida de las distintas clases. En otras palabras, los distintos estratos viven en mundos diferentes.

La juventud de Elmtown, “la élite”, “los chicos buenos” y “la pandilla mugrienta”

Algunas de las consideraciones anteriores podrían haber parecido a algunos lectores excesivamente abstractas, como teorías que no tienen nada que ver con la vida real de las personas fuera de los santuarios en los que se sientan los sociólogos. Tal impresión sería bastante errónea. La gente corriente que vive en comunidades estadounidenses corrientes experimenta la realidad de la estratificación todos los días de su vida. Es más, esta experiencia comienza muy pronto. Un estudio muy influyente sobre el impacto de la clase social en los adolescentes de una ciudad del Medio Oeste fue La juventud de Elmtown, de August Hollingshead, publicado en 1949. El libro de Hollingshead tuvo un impacto considerable más allá de la sociología propiamente dicha porque cuestionaba radicalmente lo que a muchos estadounidenses de entonces (y a algunos todavía hoy) les gustaba creer tan firmemente, a saber, que de alguna manera la sociedad estadounidense no tiene clases, es una sociedad en la que no se establecen diferencias fundamentales entre las personas, y también que el principal lugar para formar a los individuos en este tipo de democracia es la escuela pública. Todas estas suposiciones saltaron por los aires con los datos de Hollingshead.

Hollingshead dividió a la población de Elmtown en cinco clases (los detalles de sus criterios no tienen por qué preocuparnos aquí), que iban desde una clase alta 1 hasta una clase baja 5 bastante deprimida. A continuación, pudo mostrar con gran detalle cómo la posición de clase determinaba casi todos los aspectos de la vida del adolescente en esta comunidad.

El éxito o el fracaso escolar estaban directamente relacionados con el nivel de clase. Por ejemplo, en el instituto de Elmtown, el 2,9% de los niños de la clase 1 no pasaban de curso; la cifra correspondiente a la clase 5 era del 23,1%. Hasta cierto punto, sin duda, estas diferencias se explican por los prejuicios de los profesores. Pero, lo que es mucho más importante, el factor subyacente es una diferencia de estilo de vida entre las clases y el simple hecho de que la propia escuela está orientada al estilo de vida de las clases superiores y no al de las inferiores. La vida privada de los adolescentes, sin embargo, está igualmente dominada por la clase.

Por ejemplo, Hollingshead descubrió que el 61 por ciento de las citas en el instituto de Elmtown tienen lugar entre personas de la misma clase, el 35 por ciento entre personas de clases adyacentes y sólo el 4 por ciento entre personas cuya posición de clase está más alejada que aquéllas. El cien por cien de los adolescentes de las clases 1 y 2 participaron en alguna actividad extraescolar del instituto; el 73 por ciento de los de la clase 5 no participaron en nada. Los hechos de la clase, aunque por supuesto no se expresaban en jerga sociológica, eran bien conocidos por los niños y expresados por ellos en sus propios términos.

Así, Hollingshead descubrió que los adolescentes de este instituto se estratificaban en tres categorías generales: “la élite”, “los chicos buenos” y “la pandilla mugrienta”. En gran medida, estas categorías de estratificación interna estaban relacionadas con el sistema de clases de la comunidad en general.

La vida tranquila, el esfuerzo y el disfrute inmediato: clases en Nueva Inglaterra

Ya hemos mencionado el trabajo de Lloyd Warner y sus colaboradores, que se publicó casi al mismo tiempo que el libro de Hollingshead. Warner dividió la comunidad que estaba estudiando en seis clases, que iban desde una clase alta-alta descendiente de antiguas familias de Nueva Inglaterra) hasta una clase baja-baja (una especie de subproletariado). Intentó mostrar cómo cada una de estas clases tenía un estilo de vida distintivo que iba mucho más allá de las diferencias obvias en los recursos económicos disponibles.

Por ejemplo, distinguía entre la ya mencionada clase alta y la clase baja-alta, formada por personas llegadas mucho más recientemente a ese nivel social. En algunos casos, los individuos de clase baja-alta disponían de mucho más dinero que los de clase alta-alta y, sin embargo, intentaban emular en la medida de lo posible el estilo de vida de estos últimos. El mejor adjetivo para describir ese estilo de vida sería “tranquilo”. Es muy diferente del estilo de vida de la clase media-alta, de la que procedían la mayoría de los individuos de la clase alta-baja. En la clase media-alta, sea cual sea el gusto, los frutos del esfuerzo económico se exhiben abiertamente y a veces con cierta agresividad. Por el contrario, el estilo de la clase alta dicta que la riqueza se oculte en la medida de lo posible.

En correspondencia con esto, también hay una diferencia en el ethos. En pocas palabras: el ethos general de la clase media es un ethos de empuje. Los mismos valores que en la clase media se consideran una sana ambición, en la clase alta se consideran prepotencia y vulgaridad. Existen diferencias similares en la escala social.

De este modo, Warner demostró que la línea divisoria entre lo que él llamaba las clases alta-baja y baja-baja es principalmente una cuestión de moralidad. La

clase alta-baja (lo que la mayoría de los sociólogos llamarían ahora la clase trabajadora) es pobre, en algunos casos quizás tan pobre como los miembros del estrato inferior, pero está animada por una ética de trabajo duro, disciplina y ambición. Por el contrario, la clase baja no tiene ninguna de estas virtudes.

El espíritu que predomina en ella es el del disfrute inmediato, y desprecia principalmente las recompensas por las que luchan los miembros de los otros estratos. En un aspecto hay una curiosa similitud entre los estratos más altos y los más bajos en el esquema de Warner, y es en el desprecio por el ethos de la clase media de impulsar la ambición. Ese ethos domina la mayor parte del sistema de clases analizado por Warner (verificando así, de forma muy real, al menos el significado simbólico de la creencia estadounidense de que ésta es una sociedad de clase media).

Yendo de arriba abajo, el ethos de la clase media se extiende desde la clase baja-alta hasta la alta-baja. En estos estratos, todo el mundo se esfuerza. Toda esta frenética actividad es contemplada con sardónico distanciamiento por las personas situadas en los dos polos extremos del sistema, desde lo más alto y desde lo más bajo.

Los informes Kinsey: “nivel social” y vida sexual

Durante el mismo período, es decir, en 1948, se publicaron los primeros resultados de los estudios de Alfred Kinsey sobre el comportamiento sexual en América. Parte del material de Kinsey mostraba, de la forma más gráfica posible, hasta qué punto los aspectos más íntimos de la vida personal estaban influidos por la clase social. Kinsey, por supuesto, no era sociólogo y, de hecho, sus trabajos muestran una notable ausencia de perspectiva sociológica. Sin embargo, introdujo indicadores de lo que denominó “nivel social” en el análisis de sus datos. Los resultados fueron muy sorprendentes.

Por ejemplo, descubrió que cuanto más se asciende en el sistema de clases, más tarde comienzan los seres humanos a mantener relaciones sexuales. En su lugar, encontró una gran variedad de prácticas sexuales (generalmente englobadas en la categoría de caricias) que proporcionaban la satisfacción que, en los niveles inferiores, proporciona el coito real. En general, los niveles superiores tienen una

Por ejemplo, descubrió que cuanto más se asciende en el sistema de clases, más tarde comienzan los seres humanos a mantener relaciones sexuales. En su lugar, encontró una gran variedad de prácticas sexuales (generalmente englobadas en la categoría de caricias) que proporcionaban la satisfacción que, en los niveles inferiores, proporciona el coito real. En general, los niveles superiores tienen una vida sexual mucho más variada e imaginativa, muchos de cuyos aspectos se consideran perversos en los niveles inferiores.

Las conclusiones posteriores de Kinsey sobre las mujeres estadounidenses siguieron el mismo patrón. Probablemente se han producido cambios considerables en las prácticas sexuales americanas desde que se publicaron los primeros resultados de Kinsey. Estos detalles, sin embargo, no necesitan preocuparnos aquí. Ahora, como entonces, también hay diferencias considerables entre las clases en este ámbito de la vida.

Así pues, es posible recorrer literatura de muy diversa índole y elaborar lo que podría denominarse una etnografía de la clase en la sociedad estadounidense. Las clases, lejos de ser simples tramos económicos, constituyen universos culturales que, en gran medida, dominan la vida de sus miembros. A medida que la sociedad cambia (por ejemplo, en sus prácticas sexuales), cambia el contenido de cada uno de estos universos y, a veces, las líneas divisorias entre clases en cuestiones concretas se difuminan o se desplazan. Sin embargo, lo que se mantiene a través de este cambio es el hecho subyacente de la diferenciación de clases.

El resultado práctico de esto puede expresarse de forma muy sencilla en términos de predicción: si conocemos la ubicación de clase de un individuo, podemos predecir una gran variedad de detalles de su vida. Por supuesto, no podemos estar absolutamente seguros en cada caso. La predicción es una declaración de probabilidad; siempre hay excepciones.

De todos modos, si, por ejemplo, somos capaces de asignar a un individuo a la clase media alta, podemos (sin saber nada más sobre este individuo en particular, y posiblemente sin haberlo visto nunca) predecir con bastante seguridad la distribución de varias partidas de su presupuesto familiar, el número de sus hijos, la ubicación geográfica de su casa y la forma en que pasa sus vacaciones. Pero eso no es todo. También podemos predecir su posición política sobre diversos temas, su afiliación religiosa y el número y tipo de libros que lee. Incluso podemos predecir si mantiene relaciones sexuales con su mujer con la luz encendida o apagada (si hablamos de un individuo de clase media alta, lo más probable es que la luz esté encendida).

Casta y clase: compensación de estatus

A medida que pasemos de la estratificación por clases a la estratificación por castas (es decir, en términos estadounidenses, a medida que crucemos la línea racial entre blancos y negros), seguiremos encontrándonos con este fenómeno básico de estilos de vida diferenciados. Sin embargo, el fenómeno se vuelve más complejo.

La propia comunidad negra está dividida por clases. Aquí también encontramos estilos de vida diferenciados por clases, algunos de los cuales son bastante similares a las diferencias existentes entre las clases de la comunidad blanca, mientras que otros son distintivos de la cultura de la comunidad negra como tal. Sin embargo, también encontramos marcadas líneas divisorias entre las dos comunidades raciales en su conjunto, como resultado de lo cual hay estilos

de vida generales que son distintivos de los negros, independientemente de las divisiones de clase.

Un estudio temprano y muy influyente sobre la relación de clase y casta en una comunidad estadounidense fue *Castas y clases en un pueblo del sur*, de John Dollard, publicado originalmente en 1937. Dollard mostraba muy claramente cómo se combinan las dinámicas de casta y clase en la vida cotidiana de los habitantes de esta comunidad sureña.

Por ejemplo, le interesaba especialmente el hecho, tantas veces señalado, de que los blancos de clase baja muestran una hostilidad mucho más intensa hacia los negros que los blancos de clase alta. Sin duda, uno de los elementos de este hecho es que existe una competencia económica más aguda en esos niveles del sistema social. Sin embargo, existe otra dimensión muy importante, que tiene que ver con el estatus, distinto del nivel económico.

En el sistema tradicional de estratificación del Sur, la comunidad negra en su conjunto se situaba por debajo de la comunidad blanca en su conjunto. Sin embargo, dentro de la comunidad blanca existían antagonismos y resentimientos de clase bastante agudos. La casta servía como mecanismo de compensación de estatus para los blancos de clase baja. En pocas palabras: independientemente de lo baja que sea su posición de clase, el blanco de clase baja está irrevocablemente por encima del negro dentro del sistema de castas. Es más, la etiqueta de las relaciones entre las razas en el Sur tradicional deja claro este hecho de forma inequívoca cada vez que un blanco y un negro se encuentran.

El ser negro

Este era un complicado sistema de regulación de todos y cada uno de los encuentros entre blancos y negros en la vida cotidiana. Su regla básica era muy simple: el interlocutor negro en la interacción debía expresar constantemente, con palabras y gestos,

que el estatus del interlocutor blanco era superior al suyo. En otras palabras, la etiqueta racial consistía en una autodesvalorización sistemática por parte del negro que, al mismo tiempo, por supuesto, era degradado por el interlocutor blanco en la interacción. Por ejemplo, el modo apropiado de dirigirse al blanco por parte del negro era con el apellido del blanco precedido de un “señor”, o con títulos honoríficos como “señor” o “jefe”. Por el contrario, al negro se le solía llamar por su nombre de pila o por títulos no honoríficos como “chico”. Esta etiqueta era aplicada sistemáticamente por los blancos de todas las clases, aunque los de clase alta solían adoptar una actitud más benigna que los de clase baja.

El hecho de que esto supusiera una carga emocional muy fuerte para el negro y que su efecto general fuera el de la despersonalización apenas necesita ser enfatizado. Sin embargo, también produjo otra consecuencia de considerable importancia, a saber, que la existencia social del negro adquirió una extraña doble cualidad. Estaba, por así decirlo, la fachada oficial de su vida que tenía que exhibir constantemente en las relaciones con los blancos.

Esta fachada, por ejemplo, incluía las cualidades de alegría infantil e irresponsable que a los blancos les gustaba atribuir a los negros. Detrás de esta fachada, sin embargo, podía existir un estilo de vida totalmente distinto. Este era, por supuesto, el estilo de vida que llevaban los negros cuando estaban entre ellos. En ese caso, podían quitarse las máscaras e interpretar papeles muy diferentes. Esta doble existencia de los negros en el Sur tradicional pone de manifiesto la cualidad irónica de una noción muy común de los sureños blancos: que “conocían muy bien a los negros”. Lo que, de hecho, conocían era la fachada pública de la vida de los negros.

Ignoraban abismalmente lo que ocurría detrás de esa fachada. Los propios negros, en cambio, tenían una percepción mucho más exacta del mundo blanco, ya

que los blancos no tenían motivos para incurrir en este tipo de disimulo en su trato con los negros. Desde la obra de Dollard, por supuesto, se han producido cambios de gran alcance en el sistema racial, tanto en el Sur como en otras partes del país. Sin embargo, aún persisten muchos rasgos de este tipo de estratificación de castas. Y lo que quizá sea aún más importante, las consecuencias emocionales de este sistema de castas siguen desempeñando un papel importante en las actitudes de blancos y negros entre sí.

¿Salir adelante significa volverse blanco?

Estudios más recientes sobre las comunidades negras en América, independientemente de los cambios que se hayan producido, muestran que un aspecto fundamental de la situación se ha mantenido muy similar, a saber, que cuanto más arriba se sitúa un individuo negro en la escala de clases, más cerca está de la comunidad blanca en cuanto a su estilo de vida. También en este caso, por supuesto, hay un aspecto económico. Los negros de clase media simplemente tienen los recursos económicos para participar en una gama mucho más amplia de actividades en la comunidad dominada por los blancos que los negros de clase baja. Más allá de este hecho obvio, sin embargo, hay dinámicas mucho más sutiles de opinión, valores, gustos y modales.

Un blanco de clase media se sentirá mucho más a gusto con un negro de clase media de lo que se sentiría él o un blanco de clase trabajadora al encontrarse con negros de niveles inferiores en términos de clase. Haciendo la misma observación en términos de la propia comunidad negra, se puede decir que ha sido el negro de clase baja el que ha conservado un estilo de vida mucho más distintivamente negro frente al negro de clase media. Es muy posible que el reciente auge del nacionalismo negro, en sus diversas manifestaciones, cambie esta situación en el sentido de producir una cultura negra mucho más distintiva que abarque a todas las clases dentro de la

comunidad negra. En este momento sería arriesgado hacer predicciones sociológicas al respecto.

Diferentes estilos de vida: ¿superar las diferencias de clase?

La mención de la cultura negra plantea una cuestión considerablemente más amplia, a saber, si en la sociedad estadounidense actual pueden existir estilos de vida con diferentes estatus que atraviesen el sistema de clases. Así, se ha sugerido que la afiliación religiosa desempeña un papel importante a la hora de establecer el estatus en una situación en la que el origen étnico ha pasado a tener un valor dudoso a la hora de determinar la identidad personal y en la que existe un movimiento muy elevado entre clases. Sin embargo, también es posible que sean significativos estilos de vida muy diferentes.

El más importante de ellos en la escena estadounidense contemporánea, al que volveremos en un capítulo posterior, es la cultura juvenil. No cabe duda de que existen diferencias de clase en la forma en que los jóvenes se relacionan con esta cultura. Sin embargo, en su conjunto, parece atravesar considerablemente las principales líneas de clase. Del mismo modo, hay otros estilos de vida (normalmente asociados a determinados patrones de consumo y actividades de ocio) que han ganado importancia en los últimos años a la hora de determinar el estatus de un individuo. Por ejemplo, a diferentes niveles de clase y edad, cabe mencionar el estilo de vida que con tanto éxito ha simbolizado la revista *Playboy* y el estilo de vida que gira en torno a la motocicleta como símbolo.

Tom Wolfe, un escritor con una aguda visión del cambiante panorama estadounidense (por lo que la mayoría de los sociólogos bien podrían envidiarle), ha bautizado este fenómeno con el acertado nombre de esferas de estatus. Si Wolfe está en lo cierto, en el mundo de estas esferas de estatus los antiguos criterios de clase y estilo de vida clasista han perdido

gran importancia. Lo que ahora proporciona estatus son objetos y actividades que pueden obtener un amplio espectro de personas de la sociedad. Así, los jóvenes de clases muy diferentes pueden adoptar las actividades, la vestimenta, el lenguaje y los patrones de grupo de la cultura de la motocicleta y, lo que es más importante, obtener estatus por este hecho. De nuevo, es demasiado pronto para predecir con cierto grado de seguridad si este tipo de esferas de estatus pueden llegar a ser más importantes que la clase en el orden de estratificación de la sociedad estadounidense. De ser así, muchas afirmaciones sociológicas en el ámbito de la estratificación tendrán que revisarse drásticamente.

READINGS

The reader might at this point choose one of two tracks - further readings that will help clarify the basic concepts of stratification, or further readings that will bring out the everyday realities of stratification in American society. The following are suggested for the first track:

Bendix, Reinhard, and Seymour Lipset (eds.), *Class, Status and Power* (New York, Free Press, 1966).

Dahrendorf, Ralf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*

(Stanford, Calif., Stanford University Press, 1959), available in paperback.

Tumin, Melvin, *Social Stratification* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice - Hall, 1967).

The reader wishing to pursue the second track may turn to the following:

Dollard, John, *Caste and Class in a Southern Town* (New York, Harper, 1937), available in paperback.

Hollingshead, August, *Elmtown's Youth* (New York, Wiley, 1949), available in paperback.

Mills, C. Wright, *White Collar* (New York, Oxford University Press, 1951), available in paperback.

Warner, Lloyd, and Paul Lunt, *The Social Life of a Modern Community* (New Haven, Conn., Yale University Press, 1941).

University Press, 1951), disponible en rústica.
Warner, Lloyd y Paul Lunt, *La Vida Social de una Comunidad Moderna* (New Haven, Conn., Yale University Press, 1941).

LECTURAS

En este punto, el lector puede optar por una de las dos vías siguientes: lecturas complementarias que le ayuden a aclarar los conceptos básicos de la estratificación, o lecturas complementarias que pongan de manifiesto las realidades cotidianas de la estratificación en la sociedad estadounidense. Para la primera vía se sugieren las siguientes:

Bendix, Reinhard, y Seymour Lipset (eds.), *Clase, Estatus y Poder* (Nueva York, Free Press, 1966).

Dahrendorf, Ralf, *Clase y conflicto de clases en la sociedad industrial* (Stanford, Calif., Stanford University Press, 1959), disponible en edición de bolsillo.

Tumin, Melvin, *Estratificación Social* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice - Hall, 1967).

El lector que desee seguir la segunda vía puede dirigirse a los siguientes:

Dollard, John, *Castas y Clases en un Pueblo del Sur* (Nueva York, Harper, 1937), disponible en edición de bolsillo.

Hollingshead, August, *La Juventud de Elmtown* (Nueva York, Wiley, 1949), disponible en edición de bolsillo.

Mills, C. Wright, *El collar blanco* (Nueva York, Oxford

Sobre los autores/as

Julio César Urbina Bustamante

Mtro. en Geografía Humana por el Colegio de Michoacán (COLMICH). Asistente del Rector de la Universidad Veracruzana (UV). juliurbina@uv.mx

David Pablo Cruz Daza

Mtro. en Artes visuales por la Universidad Autónoma de México (UNAM). Doctorando en Artes y Diseño por la Universidad Autónoma de México (UNAM). dcruzdaza@fad.unam.mx

María Elena Roca Guzmán

Doctora en Historia Regional por el Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana (UV). Maestra en Sociología Política por el Instituto Mora. Licenciada en Antropología Social por la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV). Docente de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV). mitosycountos45@gmail.com

Lluvia del Cielo Palacios Guatzoón

Estudiante de tercer semestre de la Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana (UV). El pasado 10 de octubre de 2023, durante la Semana de la Sociología, participó como moderadora en la presentación del libro *Misceláneas Pandémicas. Ensayos sobre la COVID-19*, en el Salón Azul de la Unidad de Humanidades de la Universidad Veracruzana (UV). cielopalaciosguatzozon@gmail.com

Amira Salvador Avendaño

Licenciada en Educación Preescolar. Maestra en Ciencias de la Educación. Profesora de Tiempo Completo de la Escuela Normal Urbana de Balancán, Tabasco (ENUB). Docente frente a grupo en el trayecto formativo psicopedagógico. Coordinadora del trayecto formativo de práctica profesional. Responsable de la Comisión de Seguimiento y Evaluación e integrante del CAF-3 de la ENUB *Planeación didáctica y evaluación de la práctica docente*. amira-sagitario@hotmail.com

Emma Montuy Jiménez

Licenciada en Educación Preescolar por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Maestra en Ciencias de la Educación por el Instituto de Estudios Universitarios con especialidad en Formación de Formadores (CREFAL). Profesora de Tiempo Completo de la Escuela Normal Urbana de Balancán, Tabasco (ENUB). Coordinadora del trayecto formativo de práctica profesional. Integrante de la Comisión de Titulación. Representante del CAF-3 de la ENUB. emj1209@hotmail.com

Laura Rubio Hernández

Licenciada en Ciencias Sociales por la Escuela Superior de Ciudad Madero, Tamaulipas. Maestra en Ciencias de la Educación por el Instituto de Estudios Universitarios. Profesora de Tiempo Completo de la Escuela Normal Urbana de Balancán, Tabasco (en adelante ENUB). Integrante de la Comisión de Titulación y responsable de la Comisión de Seguimiento y Evaluación. Integrante del CAF-3 de la ENUB *Planeación didáctica y evaluación de la práctica docente*. laurarubio2214@gmail.com

Nelson Arteaga Botello

Profesor investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-México). Doctor en Sociología por la Universidad de Alicante. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel III. Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias desde el 2011. Colaborador en el Centro de Sociología Cultural de la Universidad de Yale. Entre sus publicaciones más recientes está el libro *Semántica de la violencia: revuelta y asesinato político en México*, publicado por Palgrave-Macmillan en la colección Cultural Sociology. nelson.arteaga@flacso.edu.mx

Daniela Rodríguez Contreras

Licenciada en Geografía por la Universidad de Guadalajara (UdeG). Maestra en Geografía Humana por el Colegio de Michoacán (COLMICH). Estudia las relaciones ilegales desde una perspectiva de la geografía crítica. *Colaboró como coautora y autora en las obras Jóvenes y violencia en Jalisco: un enfoque multidisciplinario (2017), Ordenamientos y demarcaciones territoriales: viejas y nuevas geografías (2018) y Salud, drogas, violencia y narcotráfico. Una observación desde el occidente (2022). Tiene una Plaquette literaria que hace referencia a su última investigación titulada Vivo o sobrevivo: una trayectoria hacia mi libertad (2021).* dani.roco1594@gmail.com

Miguel Ángel Vásquez Montano

Introdutorio y Filosofía en el seminario Regional de Xalapa, Veracruz. Bachiller en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma, Italia. Maestría en Sociología en la Universidad Iberoamericana. Doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad Iberoamericana. mavmontano@gmail.com



Universidad Veracruzana



Francisco Moreno, Esq. Ezequiel Alatríste, C.P. 91026,
Colonia Francisco Ferrer Guardia, Xalapa, Veracruz.
Teléfono (228) 8 152412 , 8152490
Correo electrónico: sociogenesis@uv.mx